6269

LOS FUNDAMENTOS

DE LA

JURISPRUDENCIA NATURAL

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS,

considerablemente aumentada, y precedida de un plan de unas instituciones de filosofía moral, en las cuales se reunan la religion, la moral y la política,

POR

EL DOCTOR DON MIGUÉL RUIZ DE CELADA,
ANTIGUO PROFESOR DE DICHAS CIENCIAS.

TOMO I.

LEON:
IMPRENTA DE *D. PABLO MIÑON*: 1821.

LOS FUNDAMENTOS

DE LA

JURISPRUDENCIA NATURAL,

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS,

considerablemente aumentada, y precedida de un plan de unas instituciones de filosofía moral, en las cuales se reunan la religion, la moral y la política,

POR

EL DOCTOR DON MIGUEL RUIZ DE CELADA,
ANTIGUO PROFESOR DE DICHAS CIENCIAS.

TOMO I.

LEON:
IMPRENTA DE D. PABLO MIÑON: 1821.

PLAN

DE UNAS INSTITUCIONES

DE FILOSOFÍA MORAL,

EN LAS CUALES SE REUNAN LA RELIGION, LA MORAL Y LA POLÍTICA,

DEDICADO

Á LA JUVENTUD ESPAÑOLA

POR

D. MIGUÉL RUIZ DE CELADA.

Cogito quam sit magnum dare aliquid in manus hominum. *Plinius.*

ADVERTENCIA.

Esta obra se publica y pone en circulacion precedidas todas las solemnidades de censura, y demas espresamente ordenadas en las recientes ordenes y resoluciones de S. M.; en cuya virtud se concedió la licencia para su publicacion en 12 *de Agosto de* 1825.

A LA JUVENTUD ESPAÑOLA.

En tu favor, naciente juventud española, dirijo hoy mis votos al Eterno por la felicidad de mi desgraciada patria. Acaso tu serás la destinada por la inescrutable providencia para proporcionar á tu pais el bienestar que merece, y que ni aún á lo léjos descubre. Pero jamás serás acreedora á tan particular predilecion, sino te preparas á merecerla por medio de una sólida y bien dirigida instruccion en cuanto para la felicidad social tiene bien de antè-

mano establecido la inmutable naturaleza, confirmado la religion siempre augusta, y sancionado todo sistema político rectamente establecido. Con este fin te dedico el plan de unas instituciones capaces de formarte social, moral, y religiosa, segun la voluntad del autor de la sociedad.

Empieza pues á adornar tu espíritu de nociones justas en materias que tanto te interesan, mientras que yo te preparo su cabal inteligencia en la obra, cuyo diseño te presento.

Que en la mas remota posteridad y en los climas mas distantes resuene siempre tu nombre, recordando la época feliz, sobre todas las felices, en que la familia española ha-

lló el secreto, para no pocos increible, de hermanar la religion tan necesaria como consoladora, la moral tan inmutable como su divino autor, y la política, hija legítima de entrambas.

Leon y Octubre 31 de 1821.

Miguel Ruiz de Celada.

INTRODUCCION.

El hombre siente, percibe, reflexiona, compara, juzga. El resultado de todas las operaciones de su espíritu es, que ciertas impresiones dulces cesan bien pronto; que no pocas veces se convierten en otras dolorosas y desagradables; que una série continuada de impresiones suaves y tranquilas es preferible á otros goces mas vivos, pero acompañados de turbacion y de inquietud: últimamente, que uno de estos estados conserva su ser, y el otro le destruye y aniquila.

Asi llega el hombre á conocer por sí mismo la verdadera esencia de la felicidad que naturalmente desea, y así descubre tambien serle necesaria una regla de las impresiones que esperimenta, la cual le proporcione un hábito de decidirse solo por aquellas que sean á propósito para perfeccionarle, y constituirle en el

estado mas constantemente feliz.

El hombre naturalmente desea: el hombre necesita dirigir sus deseos hácia su felicidad. Luego existe esta regla, á menos que sea inconsiguiente el autor de la naturaleza.

Dicha regla se llama moral. Su antigüedad necesariamente es la misma del género humano; su naturaleza una, sencilla, uniforme, y perpetua; su causa tan noble como la del hombre. El hombre es la criatura de Dios, sobre quien no es posible imaginar otro ser. Luego la moral es obra de la divinidad.

Es quimérico un estado natural del ser racional é inteligente fuera de la sociedad: el destino del hombre á ella entró en el plan de la providencia cuando le formó. Luego la moral debe gobernarnos en la sociedad.

La multiplicacion de los séres sociales, y la complicacion de sus relaciones estuvo presente á la prevision omniscía

del autor de la mas sencilla, y primitiva. Luego, del mismo modo que á esta, dió á todas las futuras una regla de conducta, cuya esencia siempre será la misma que la de las sociedades mas antiguas, supuesto que es igual la naturaleza de los que por ella deben ser dirigidos. La moral pues será la regla cierta de la conducta humana en la sociedad civil, no menos que en la paterna y en la dómestica.

El conjunto ó coleccion de preceptos humanos que aplica y dá una cierta extension á las máximas fundamentales de la moral segun las circunstancias ocurrentes de la sociedad, se llama política. Luego la política es consecuencia necesaria de la moral, deducida de ella en los casos ocurrentes. Luego uno mismo es el orígen de la moral y de la política. Luego deben unirse indispensablemente para la felicidad social.

El hombre siente que existe, pero no necesariamente; hace un uso natural para

su propia conservacion de todos los seres que le rodean, y no halla en sí mismo la causa de la superioridad que sobre ellos ejerce. Si una soberbia difícil de concebir le sube por un breve momento sobre su esfera, la mas mínima ley de la naturaleza le obliga bien pronto á confesar su dependencia. Conoce en sus padres la causa inmediata de su existencia; pero no la de los goces y satisfaccion de necesidades de que disfruta: los vé ligados con la mismas leyes á que él se reconoce sugeto, y que comprende dictadas por un ser omniscio, omnipotente y benévolo. Este objeto, pues, ocupa su espíritu, confunde su reflexion, excita sus deseos, y pone en movimiento su gratitud y su amor. Tales son las ideas que ocupan al hombre, tanto mas cuanto mas á propósito es su situacion para reflexionar sobre sí mismo, y sobre los objetos que primero deben interesarle. Si la religion pues consiste en el complexo de nociones

acerca de la divinidad, y de sus atributos, junto con las disposiciones efectivas de tributarla todos los oficios debidos, no será difícil comprender como la religion debe acompañar al hombre, sea cual fuere su situacion sobre la tierra.

Si el solo aspecto de los séres que le rodean, si la natural é indispensable dependencia en que se vé de algunos de ellos, y la superioridad que ejerce sobre todos los otros elevan dulcemente al hombre á la confesion natural, libre y lisonjera de una divinidad, ¿cuál será el efecto que cause en su interior la mas mínima reflexion sobre las leyes del órden social, tan encontradas al parecer, é ininteligibles las mas veces, sino se nivelan por la voluntad de la providencia? La naturaleza de los deberes cuya observancia es necesaria para mantener la armonía de la sociedad civil; las tentaciones frecuentes de quebrantarlos, y los medios ocultos, y variados de conseguirlo; la in-

suficiencia de las penas y premios que proponen las leyes humanas para apartar del mal y excitar al bien por sí solas; la imposibilidad que de aquí resulta de poder emplear con un éxito seguro los dos únicos resortes de nuestra conducta; una multitud, en fin, de consecuencias defectuosas, irremediables en la sociedad, hace confesar al hombre, ó que hay un ente al cual solo es conocido todo este aparente desórden, y el cual solo tambien puede remediarle, ó que el órden del universo, y sus leyes son efectos del acaso y del hado. Cualesquier espíritu racional se avergonzará en detenerse un solo momento para la eleccion de uno de estos dos extremos. La religion pues será necesaria al hombre en la sociedad civil.

Si la religion es natural al hombre; si le es igualmente natural la regla de su conducta, á que llamamos moral; si esta es obra de la divinidad; si lo es tambien el hombre y todo lo que le es esen-

cial: uno mismo será el orígen de la religion y de la moral, las cuales reunidas en el hombre deberán contribuir igualmente á su felicidad segun las miras del supremo hacedor. Luego la religion y la moral no podrán separarse, cuando se trate de dar al hombre una regla cierta de su conducta.

Ahora, si la moral es la regla cierta de la conducta de los hombres en la sociedad civil, no menos que en la paterna y en la doméstica; si ella y la religion tienen un mismo objeto; si la política en fin no es otra cosa que la aplicacion de las máximas fundamentales de la moral á las circunstancias de las sociedades civiles: es claro que la religion debe acompañar á la política, y una y otra á la moral para la direccion de las acciones humanas.

Esta union íntima de la religion, de la moral, y de la política, y el orígen sagrado de todas tres hacen ver la teme-

ridad de los que han intentado separarlas. A estos entes, extraños por cierto, somos deudores de esas producciones tan encontradas que se nos han querido proponer osadamente con el adorable nombre de moral. Unos han ideado sistemas aéreos y extravagantes, segun los cuales el hombre, prescindiendo de su naturaleza y constitucion, ó adoptando acerca de ellas ideas muy alagüeñas, en nada mas tiene que arreglar su conducta que en las relaciones sociales; el decantado amor á nuestros semejantes, único axioma de moral tan mal entendido por algunos, ha sido y será manantial abundante de la pérdida de no pocos talentos infelizmente desgraciados. Otros han imaginado que el hombre debe dejar de tener cuerpo, y abandonar todo lo que no es espíritu, contra las mismas intenciones divinas. El zelo de los mas es disimulable; pero se hallan entre ellos sistemas que hubieran minado la religion y la moral, si fuera da-

do á los mortales, y opiniones que se han atraido la mas justa é incesante atencion de las legítimas potestades.

Causa admiracion por cierto, que en el mayor transcurso posible de los tiempos no se haya cesado un punto de escribir de moral, y que hasta ahora no se hallen unas instituciones que realmente merezcan tal nombre. La única ciencia práctica del género humano se ha reducido por muchos á una metafísica sutil: las leyes físicas han decidido entre no pocos enteramente de las acciones morales: las investigaciones menos ciertas de los principios de estas han ocupado un gran número de talentos: las voces móvil de las acciones, temperamento, juez interior, sentido íntimo, sensibilidad física, instinto, razon, *y otras semejantes han sido el único asunto de las discusiones filosóficas: se ha usado ademas de ellas sin definirlas, ó se ha variado tanto en su definicion que jamás puede haberse convenido en las ideas que*

debieran representar: se ha reducido el estudio de la filosofía moral al exámen de las operaciones interiores del espíritu, y parece haberse descuidado en un todo el de las reglas prácticas de nuestra conducta.

Es cierto que en estos últimos tiempos han salido á luz brillantes producciones tituladas: moral práctica, moral en accion; *pero no sé si son mas perjudiciales, ó menos conducentes que aquellas que tanto hé censurado. Ellas, en la mayor parte, no son mas que reproduccion de extravios de los talentos antiguos, en la que se echan de ver ademas defectos propios del genio que domina en el dia al orbe literario.*

Tales obstáculos hallaba el recto estudio de ciencia tan necesaria, cuando un monarca que conocia la base de la felicidad social, me mandó la formacion de unas instituciones de filosofía moral práctica, en las cuales se reuniesen la reli-

gion, la moral, y la política.

Una obediencia gustosa me puso en la precision de formar el presente plan que, ya aprobado por la superioridad, debia haber salido á luz en el para siempre memorable año de 1808. *Sepultado desde entonces á causa de los conocidos acontecimientos posteriores, y de ocurrencias particulares de mi persona, me resuelvo hoy á publicarle, movido por las circunstancias, y mas aun por los amigos de la comun prosperidad y del órden.*

Habia resuelto presentar á mis lectores un catálogo de los muchos diferentes escritos que hé tenido presentes para su formacion y la de la obra que con arreglo á él mismo tengo ya comenzada; pero, temeroso de ser acusado de pedantería ridícula ó de ostentacion reprensible, me limito á asegurar con toda ingenuidad haber puesto todo el cuidado posible en la eleccion de máximas y doctrinas, registrando prolijamente el tortuoso labe-

rinto del espíritu humano en sus distintas, y aun del todo opuestas producciones. Hé tenido la verdad por objeto, la utilidad de la juventud por fin, y por enemigos las preocupaciones infinitamente variadas, casi en todas las materias y por todos los extremos. Hé creido hallar aquella, proporcionar la segunda, y salir victorioso de los últimos, llevado de mis buenos deseos. Dichoso yo mil veces, si hé llegado á conseguirlo.

PLAN

DE UNAS INSTITUCIONES

DE FILOSOFÍA MORAL,

EN LAS CUALES SE REUNAN LA RELIGION, LA MORAL Y LA POLÍTICA,

LIBRO PRIMERO.

NOCIONES PRELIMINARES.

1. El hombre ántes debe ser considerado sensible que racional. La idea que primero ocupa su espíritu es la de su existencia: él se siente desde luego á sí mismo, y siempre se tiene presente: evidencia que afectadamente negaron los Pirrónicos. El orígen, pues, y la causa de su existencia son los primeros conocimientos

que por sí mismo buscará el hombre.

CAPÍTULO I.

De los conocimientos que primero busca el hombre.

2. Todos los séres sucesivos y variados provienen necesariamente de algun principio: por una ilacion siempre é interminablemente progresiva de los animados racionales, se llega á concebir la necesidad de su creacion, y á esta obra de un ser omnipotente y universal.

CAPÍTULO II.

De la necesidad de la creacion del hombre.

3. Estos conceptos estimulan á indagar el verdadero móvil que tendría un ser tan superior para semejante determinacion. No se halla en él causa alguna que á ella le obligase por su propia utilidad: de donde se infiere claramente que una bondad incomprensible, parte necesaria de su perfeccion, determinó su voluntad á la crea-

cion, por amor á lo mismo criado.

CAPÍTULO III.

De la causa de la creacion del hombre.

4. Es consiguiente al amor el deseo de la felicidad del objeto amado, y la inquisicion de cuantos medios puedan proporcionarla. El ser supremo, que cria solo por amor (3.) y cuya felicidad no puede recibir el menor aumento en manera alguna, (2. 3.) no pudo proponerse en la creacion otro fin que la felicidad de lo mismo criado.

CAPÍTULO IV.

Del fin de la creacion del hombre.

5. Es esencial al amor el deseo de la presencia, y posesion (si puede ser) del objeto amado. El hombre en su creacion es efecto del mayor amor; (3.) su fin pues, que es su felicidad (4.), consistirá en su

presencia y reunion con aquel ser tan admirable.

CAPÍTULO V.

De la esencia de la felicidad del hombre.

6. La inquisicion de los medios que proporcionen la felicidad del objeto amado halla entre los hombres no pocos obstáculos por su defecto de poder; pero su criador es tan poderoso para obrar como bondadoso para amar: nuestra creacion, por otra parte, no sería obra suya, sí, omnipotente y amoroso con perfeccion, quisiese nuestra felicidad (4.), y no nos proporcionase medios seguros de conseguirla.

CAPÍTULO VI.

De la efectiva existencia de los medios para conseguir nuestra felicidad.

7. Si la bondad incomprensible del ser supremo nos dá medios seguros de conseguir nuestra felicidad (6.), aquel sin duda será el mas principal que mas se

acerque á dicha bondad. Siendo pues el efecto mas grande de esta el amor (3.), sin duda el amor es el medio principal de conseguir nuestra felicidad.

CAPÍTULO VII.

De la efectiva existencia de un modo principal de conseguir nuestra felicidad.

8. Un amor, capaz de producir la felicidad del amado y del mismo que ama, no puede concebirse en el hombre respecto de su criador. (4.) Pero la ley perpetua de la propagacion, el exámen de las facultades intelectuales del ser racional, la reflexion detenida sobre todos cuantos le rodean, y hasta la misma creacion, demuestran la existencia del hombre inconcebible sin la de la sociedad, y la felicidad de aquel, cifrada en gran parte en la felicidad de esta. El amor pues á nuestros semejantes podría acaso ser el medio que

buscamos para conseguir nuestra felicidad.

CAPITULO VIII.

Del amor á nuestros semejantes, medio de conseguir nuestra felicidad.

9. Pero este amor necesariamente debe estar acompañado de otro mucho mas puro. La perfeccion y la bondad del criador no se manifestarían en todo su brillo, si no exigiesen de la criatura todo lo que contribuye á demostrarlas, puesto que él mismo está obligado (por decirlo así) á amarse, por ser el único ser perfecto en quien está reconcentrado aquel amor incomprensible que constituye su esencia, y con el que debe estar reunido (5.), como modelo de todos los séres. Su obra por otra parte no sería digna, ni completa, si no confesase por medio de un amor puro, su dependencia necesaria, y su reconocimiento absoluto. Por eso el hombre debe al ser supremo un amor mucho mas perfecto, y absolutamente distinto del

que debe á sus semejantes por la comun utilidad (8.), el cual solo será el medio primero y principal de conseguir su felicidad.

CAPÍTULO IX.

Del amor al ser supremo, medio principal de conseguir nuestra felicidad.

10. El hombre, obligado á amar á un mismo tiempo á su criador con un amor puro (9.), y á sus semejantes por la comun utilidad (8.); no puede menos de amarse á sí mismo, y desear su existencia y su conservacion para desempeñar perpetuamente aquellos dos amores.

CAPÍTULO X.

Del amor de nosotros mismos, medio de conseguir nuestra felicidad.

11. El amor pues al criador, á nuestros semejantes, y á nosotros mismos, segun sus distintos respectos, son los únicos

medios fundamentales de conseguir nuestra felicidad.

Los actos que demuestran estas tres especies de amor se llaman oficios ó deberes: su conocimiento nos es indispensable; á él casi se reduce el estudio de la moral; pero ántes de emprenderle, es preciso profundizar el orígen y fundamentos de aquellos para penetrar su verdadera esencia, persuadirnos de su correlacion, y de su eterna obligacion, y convencernos de que la complicacion que á las veces nos presentan es del todo aparente.

CAPÍTULO XI.

De la naturaleza de nuestros oficios, y deberes, de su mútua relacion, y de su complicacion aparente.

12. Son muchos los obstáculos que se encuentran comunmente para poder elegir medios oportunos á la consecucion de un fin, á causa de no proponernos una regla fija por donde nivelarlos: los de nues-

tra felicidad no pueden estar privados de ella, siendo obra de la omnipotencia (6 y siguientes.) Luego tenemos una regla cierta para dirigirlos, la cual precisamente dimana del ser único perfecto, y se halla en una voluntad movida solo por amor y libre de todo interes. Tal es la voluntad del criador (3.), única regla de nuestros oficios, ó deberes.

CAPÍTULO XII.

De la regla única de nuestros oficios ó deberes.

13. Es de absoluta necesidad que esta voluntad sea conocida y entendida por el hombre: en efecto se nos demuestra claramente en todo cuanto dice relacion á nuestra felicidad, por sus efectos, cuyo conjunto en esta materia forma las leyes inmutables del órden.

CAPÍTULO XIII.

De las leyes del órden.

14. El hombre fué criado para su propia felicidad (4.), cuya consecucion está en el desempeño de sus oficios (11.) conforme con la regla infalible por la cual debe nivelarlos (12.); existe pues una ciencia práctica destinada á dirigirle con seguridad por semejante camino, sea cual fuere su situacion sobre la tierra. Su estudio debe ser sencillo, y tan libre de cuestiones inútiles, como de investigaciones ridículas é impertinentes.

CAPÍTULO XIV.

Moral práctica.

LIBRO SEGUNDO.

MORAL SOCIAL Y RELIGIOSA.

15. Puesto qne el orígen del hombre está en la creacion (2.), es claro no puede ser otro el estado natural del hombre,

si no el de sociedad en la que se le advierte casi desde el primer momento de aquella.

CAPÍTULO I.

Del estado natural del hombre.

16. Puesto que la felicidad del hombre es el fin de su existencia sobre la tierra (4.) y que el amor á sus semejantes es parte del amor necesario para producirla (8.), es precisamente conforme á su último fin la hipótesis de la sociedad universal.

CAPÍTULO II.

De la sociedad universal.

17 Los puntos extremos de nuestros deberes sociales se hallan en la sociedad primitiva y en esta sociedad universal hipotética: los intermedios son resultado necesario y progresivo de aquella hasta la última. Procedamos por órden desde lo menos compuesto hasta lo mas complicado.

18. El ser supremo que crió al pri-

mer hombre, pudo del mismo modo producir todos los seres animados que en la actualidad pueblan el universo; pero como en aquel echó el cimiento del amor á nuestros semejantes, su impenetrable sabiduría halló un medio eficaz para la existencia perpetua del género humano en un vivísimo deseo de la reproduccion propia, ley eterna de la naturaleza, sobre cuya observancia vela una providencia incomprensible por medio de la mútua y casi irresistible propension de los sexos.

CAPÍTULO III.

De la ley natural de la propagacion.

19. El órden constante de la naturaleza para formarnos demuestra la necesidad de un hombre y una muger para la existencia de la union conyugal; pero el modo equivocado de emplear la mútua propension de los sexos quisiera abusar á un tiempo del número mayor posible de

individuos hasta su total extenuacion.

CAPÍTULO IV.

De la sociedad conyugal: de su unidad: de la poligamia.

20. La sociedad primitiva es demasiado sencilla é inmediata á su autor para que sea necesario en ella un código formal de leyes: la transgresion de las pocas que conoce, por pequeña que sea, debe siempre reputarse como un directo atentado contra la obra é intenciones del ser supremo.

CAPÍTULO V.

De las leyes de la union conyugal.

21. Es efecto natural de la sociedad conyugal la reproduccion de la cual proviene la sociedad paterna.

22. El amor de los padres á los hijos está demonstrado por una experiencia constante y por la observacion mas escrupulosa sobre todos los séres animados: es

preciso, pues, convenir en qué hay una causa de este amor producido por la naturaleza misma: en el hombre se advierte ser aquel mas extenso, mas solícito, y de mayor entidad, de donde se infiere existir en él ademas otro resorte del amor paterno, el cual se hallará irresistible en el amor á sus semejantes (8.), y en el que se debe á sí mismo (9.), y aún desempeñado por la observancia de la ley interior de la la propagacion.

CAPITULO VI.

Del orígen del amor paterno.

23. Los oficios debidos en general á nuestros semejantes son de igualdad, porque todos somos exactamente iguales en cuanto á su observancia: en la infancia de los hijos advertimos una absoluta debilidad é impotencia para desempeñarlos: por otra parte consideramos en ellos una obra nuestra conforme á las miras de la naturaleza. Aquellas pues, nos dan una auto-

ridad sobre ellos, esta les constituye en nuestra dependencia, y nuestro amor (22.) nos obliga á procurar solo su felicidad.

CAPÍTULO VII.

Del fundamento de la potestad de los padres.

24. La naturaleza pues dá á los padres sobre sus hijos una potestad, cuyo resorte es el amor, y que se propone por objeto la felicidad de estos (23.) de la cual depende la de los padres en virtud de las leyes fundamentales del amor (8.)

CAPÍTULO VIII.

Del objeto de la autoridad de los padres.

25. La sociedad procreativa, por decirlo así, de los irracionales parece durar entre ellos á proporcion de las necesidades físicas de los hijos que van produciendo: inferir de aquí la pronta disolubilidad del lazo conyugal entre los hombres es una consecuencia tan vaga como impropia; es-

tos llegan sin duda á satisfacer sus necesidades físicas con facilidad y acierto; pero las morales suelen hacerseles tanto mas difíciles cuanto mayor es el número de sus años; solo la experiencia acompañada de una guia poco sospechosa puede mostrarles las que de este género deben y pueden llenar sin un efectivo perjuicio. Este es el termómetro de la potestad paterna en la especie humana.

CAPÍTULO IX.

De la duracion de la potestad de los padres.

26. Los fundamentos dados de la potestad de los padres, (23.) y las nuevas relaciones que de dia en dia adquiere el hombre á proporcion de sus años, persuaden la diminucion de aquella en razon de la mayor independencia que necesariamente resulta de progresivo desenrollo del las

facultades tanto físicas como morales del ser racional é inteligente.

CAPÍLULO X.

De los diversos grados de la potestad de los padres, y de sus deberes para con los hijos.

27. La autoridad de los padres exige necesariamente de los hijos una dependencia proporcionada: en la primera edad es indispensable la absoluta; en adelante se ven todos los oficios de sumision y de reconocimiento: hasta mas allá del sepulcro acompañarán á los padres el respeto y la piedad filial, sumo de los deberes.

CAPÍTULO XI.

De los oficios de los hijos, segun sus distintas edades.

28. La armonía y el buen órden indispensables en toda sociedad exigen haya en ella un gefe que dirija sus operaciones, y que decida sus incertidumbres

en los casos dudosos. Una falsa galantería quisiera dar en la sociedad paterna á las mugeres esta autoridad, que siempre ejercerán los hombres favorecidos y aun acaso á ella destinados por la misma naturaleza.

CAPÍTULO XII.

Del poder marital.

29. Una sociedad, cuyos principales son dirigidos por amor, y cuyos inferiores tienen por perpetua obligacion el sumo de los deberes, bien establecida no puede menos de ser envidiablemente feliz. La sociedad conyugal es la única que reune tan inapreciables cualidades, y la que mas interesa á todos los individuos de la especie. Justo pues será dedicar un capítulo de estas instituciones á la felicidad de la union conyugal. Asi lo exige tambien el estado actual de nuestras costumbres.

CAPÍTULO XIII.

De la felicidad conyugal.

30. Pero la sociedad paterna es inconcebible compuesta solo de padres é hijos: estos necesariamente han de reproducirse, y su reproduccion ha de ocasionar relaciones tan considerables como variadas; puesto que la union conyugal no procedería conforme á las miras de la naturaleza si solo se propusiese la produccion de un determinado número de individuos. Los hermanos pues, los tios y demas parientes forman la sociedad paterna latamente entendida.

CAPÍTULO XIV.

De los deberes de los hermanos, de los de los tios, y demas parientes.

31. El hombre, destinado á concurrir á las operaciones de la naturaleza, multiplicó su especie al paso mismo que se olvidó de que, igualmente que la de la propagacion, es ley eterna la del trabajo, del que proviene la subsistencia, y con el que debe ir á nivel esta segun

las leyes de la naturaleza. Hubo algunos individuos que se dejaron dominar de la inclinacion al reposo (creida por algunos natural en el hombre), al tiempo mismo que otros se privaban aun de los goces presentes en favor de las producciones futuras. Justo era pues que aquellos prestasen á estos ciertos oficios que los indemnizasen de las fatigas que habian esperimentado mientras ellos habian permanecido ociosos, si querían disfrutar de las subsistencias que debian haberse proporcionado por sí mismos. Asi el orígen de la servidumbre, propiamente entendido nada tiene que repugne á las leyes de la naturaleza.

CAPÍTULO XV.

Del orígen de la servidumbre.

32. La subsistencia es debida á los criados quienes obligan en cambio el empleo racional de sus fuerzas: ellos deben tener presente este pacto mas que solem-

ne, y sus amos deben no olvidarse de la feliz casualidad que los ha constituido en clase superior, siendo todos en último resultado de tan igual como comun orígen.

CAPÍTULO XVI.

De los oficios de los amos y de los criados.

33. Pero no confundamos un solo momento la infame esclavitud con esta racional dependencia. Tendamos ademas un velo impenetrable sobre ese comercio que coloca á desgraciados séres de nuestra misma naturaleza en la clase de los géneros permutables. Las leyes de la guerra se apartaron infinito de los humanos principios á que deben referirse, cuando proclamaron la esclavitud, y la política se degradó hasta merecer la execracion de sus gobernados en el ínterin por razones horrorosas sostuvo el tráfico de ciertos individuos de la especie, permitiendo bárba-

ramente fuesen considerados como un ramo de riqueza.

CAPÍTULO XVII.

De la esclavitud. Del comercio de los negros.

34. Desempeñados todos estos oficios en la sociedad doméstica, latamente entendida, queda satisfecho en ella el amor á nuestros semejantes relativo á la felicidad comun (8.); pero como este amor dependa en un todo del amor puro á la divinidad (9.), es consiguiente que en dicha sociedad deban cumplirse los oficios debidos al ser supremo, no para aumentar su felicidad incomparable, sí para demonstrar nuestra absoluta dependencia, y eterno reconocimiento.

CAPÍTULO XVIII.

De la necesidad de la religion en la sociedad doméstica.

35. Las ideas de un ser criador, om-

nipotente, y benéfico ocasionan en el interior del hombre todo el contraste placentero y terrible que nace de la tal cual comprension de un ser igualmente bueno y justo con absoluta perfeccion. Si aquel no puede suponerle bueno sin ser justo, tampoco puede creer que su bondad perjudique en lo mas mínimo á su justicia. Si le considera omnipotente, y uno, es preciso que por lo mismo le adore incomprensible, y cuando contempla que su voluntad infinita crió por solo amor á lo criado, (3.) no puede menos de amarle, y esperar de él su felicidad verdadera. Asi se agolpan naturalmente en el hombre los mas tiernos sentimientos religiosos, cuyo conjunto constituye el culto meramente interno.

CAPÍTULO XIX.

Del culto interno.

36. Pero el hombre, conmovido en sus sentidos exteriores, manifiesta y mantiene

con su recto uso la armonía de la sociedad para que fué criado, y no conserva jamás su interior tranquilo, una vez privado de comunicar á sus semejantes los afectos vivos que le agitan. Así es quimérica y demasiadamente gratuita la hipótesis de una religion meramente interna, la cual se sostiene sin duda por algunos á consecuencia de su equivocado modo de concebir el estado natural del hombre.

CAPÍTULO XX.

Del culto externo, del Deismo.

37. El culto externo por su naturaleza nada tiene de vicioso; pero en cuanto al objeto puede ser muy mal dirigido. Los extravios de la razon han hecho que el hombre se haya cegado hasta el extremo de atribuir á la mas vil criatura perfecciones que únicamente pueden suponerse en el criador *universal*, y de dividir entre varios los atributos que solo reunidos en uno pueden constituir la esencia incomprensi-

ble del ser supremo, causa necesaria de todos los séres. Tal es la naturaleza y orígen de la idolatría, zoolatria y politeismo.

CAPÍTULO XXI.

De la idolatría, zoolatria y politeismo.

38. Siendo tales los delirios del entendimiento humano con respecto á los sentimientos naturales de religion que debieran ser unos, sencillos y universales; fáciles son de concebir los extravios de su imaginacion para manifestar estos mismos sentimientos por medio del culto externo. Es irremediable que hayan existido desde muy luego abusos, aun monstruosos, en él, provenientes yá en un principio de los mismos errores del espíritu, yá en lo sucesivo de las circunstancias políticas y particulares de las distintas sociedades. Mas adelante examinarémos estas, como constitutivas del culto público; en el libro de la moral social y religiosa debemos limitar-

nos á descubrir las causas de los errores en el culto externo meramente.

CAPITULO XXII.

De las causas de errores en el culto externo.

39. El hombre no puede satisfacer á su criador con demostraciones correspondientes al menor de los beneficios que de él ha recibido; pero el ser supremo faltaría á su misma perfeccion si no exigiese de nosotros los tales cuales oficios de dependencia y reconocimiento que podemos prestarle por medio de las alabanzas incesantes de su bondad y la entera consagracion de todas nuestras acciones en su obsequio.

CAPITULO XXIII.

De los primeros y mas efectivos actos de culto externo.

40. El hombre espera únicamente de su criador su felicidad verdadera: de él tiene los medios para conseguirla (6. y siguientes); es pues indispensable que le pi-

da estos, con arreglo á la perfeccion y bondad del que los dispensa y casi olvido de los defectos y desproporcion del que los recibe. Tal es la esencia de las oraciones y súplicas que voluntariamente dirigirá el hombre al ser supremo, al tiempo mismo que alabe su benevolencia y que le consagre todas sus acciones.

CAPITULO XXIV.

De las oraciones y súplicas.

41. Todo ser benéfico puede aumentar su felicidad con las demostraciones de reconocimiento de aquellos entre quienes ha repartido sus beneficios: solo el ser supremo no puede admitir aumento en la que goza desde la eternidad (2. 3. y 4.); pero se complace en que sus criaturas obren con arreglo, y con una cierta imitacion de su bondad, y como la gran prueba de esta sea el amor (3.), es claro que este será el acto de nuestro reconocimiento mas grato para él y que desempeñarémos con arre-

glo á sus miras, á proporcion que mas y mas extendamos el amor desinteresado á nuestros semejantes. Tan sagrado es el orígen, y tan hermosa la naturaleza de la humanidad, y de la beneficencia, actos efectivamente religiosos á pesar de arbitrarias interpretaciones.

CAPÍTULO XXV.

De la humanidad y de la beneficencia.

42. No podría decirse con verdad que amabamos á nuestros semejantes si no procurasemos su felicidad, ni procuraríamos esta del modo debido sino procurasemos excitar en ellos unos sentimientos vivos de religion. Asi el celo religioso, bien entendido, es un acto de culto externo, tan grato al ser supremo como que es efecto del amor á él mismo y á nuestros semejantes: asi es tambien la consecuencia de nuestra humanidad, y de nuestra beneficencia.

CAPÍTULO XXVI.

Del celo religioso.

43. Pero la ignorancia y la falta de prudencia pueden ofuscarnos en términos que intentemos presentar al criador esclavos sin voluntad en lugar de hijos solo por amor. El zelo indiscreto de la religion no solo no es conforme, sino que puede ocasionar efectos muy contrarios al verdadero culto externo.

CAPÍTULO XXVII.

Del zelo indiscreto de la religion.

44. Si el culto externo es consecuencia necesaria del interno (36.), si este es natural al hombre (35.), si todo lo que es esencialmente natural al hombre es obra de la divinidad; últimamente si esta crió solo para la felicidad de lo criado (4.); no deberá tenerse por parte de culto externo grato á nuestro criador ningun acto que choque con nuestra felicidad, ni con la de nuestros semejantes; antes bien por el contrario se observará que contribuye direc-

ta ó indirectamente á ella todo el que merece tal nombre.

CAPÍTULO XXVIII.

El culto externo bien entendido de ningun modo puede chocar con la felicidad social, ni atacar sus intereses.

LIBRO TERCERO.

POLÍTICA MORAL Y RELIGIOSA.

45. El omnipotente que hace esperimentar al hombre las ventajas de la sociedad para que fué criado, á proporcion que en ella satisface sus necesidades con arreglo á la razon, y que no le permite satisfaga aquellos sino á la par de las complicaciones sociales hasta un cierto punto, se declara autor de la sociedad política no menos que de la primitiva, y justifica la vida civil contra los insultos y quejas de

ciertos espíritus mas altaneros que reflexivos.

CAPÍTULO I.

De la necesidad de las sociedades políticas.

46. Si la sociedad es el estado natural del hombre, y la civil estuvo presente á la prevision del autor de la mas antigua; casi del mismo modo que hemos concebido la formacion natural y progresiva de la paterna y de la doméstica, vendrémos tambien en conocimiento de la necesidad de reunirse algunas ó muchas de aquellas para dar el resultado de la civil ó política bajo pocas y sencillas condiciones. Asi evitamos mendigar pactos contradictorios, ni asociaciones casuales que choquen acaso con aquella regla de nuestras acciones (12.) que debe seguir toda sociedad, sea cual fuere el número de sus individuos.

CAPÍTULO II.

De la formacion natural de las sociedades civiles. Del pacto social.

47. Si el ser supremo crió al hombre para la felicidad (4.) y si la sociedad civil le reconoce por autor suyo (45), es claro que el cuidado de esta por procurarse su verdadero bienestar político es conforme á las miras del criador. A proporcion pues que hemos sido dirigidos á la felicidad doméstica por el debido cumplimiento de los oficios sencillos de familia, serémos tambien conducidos á la política si adquirimos nociones sólidas acerca de todos los deberes sociales.

CAPÍTULO III.

Punto de comparacion entre los oficios de familia, y los de la sociedad política. Obligacion igual que unos y otros imponen en todas las relaciones sociales, bien entendidas.

48. La union de los dos sexos hecha con absoluta libertad no es la union conyugal considerada políticamente: en la

esencia de la sociedad civil entran en casi igual proporcion las ventajas de los goces y los inconvenientes de las complicaciones: asi la autoridad en ella establecida debe tener á su cuidado el exámen y sancion de unos enlaces de cuyo feliz éxito depende casi esclusivamente la felicidad social.

CAPÍTULO IV.

Del matrimonio considerado políticamente.

49. El abuso de la ley de la propagacion, no menos que á las leyes naturales, es contrario á la nobleza y á los intereses de la sociedad civil: solo los nombres de algunos crímenes que esta ha visto nacer dentro de sí misma contrarios á la naturaleza horrorizan aún el instinto animal, y acaso acaso culpan á la política que debió prevenirlos muy desde luego con la vigilancia mas cautelosa para evitar verse ahora precisada á castigarlos

sin una efectiva utilidad.

CAPÍTULO V.

De los delitos contra el matrimonio, considerado políticamente.

50. Excesos tan monstruosos han desordenado nuestro sistema físico en unos términos que ya sorprende á los mas escrupulosos observadores: sus consecuencias se propagan con tanta rapidez, que ya no debe mirarlas con indiferencia la política, si quiere cumplir con su primer objeto de atender á la existencia de sus individuos en la actualidad, y evitar algun tanto el contagio de todas las generaciones futuras. Los abusos, las opiniones, la indiferencia, el desaliento, y hasta la religion y la moral equivocadamente interpretadas, han producido directa, ó indirectamente nuestra degeneracion actual, y amenazan la de nuestros descendientes, si continua tan horroroso descuido.

CAPÍTULO VI.

De la venus política, y de los lupanares.

51. En todos tiempos dispensó maravillosamente la naturaleza á ciertos singulares temperamentos de la gran ley de la propagacion. Esto hizo creer á no pocos hombres podrian dispensarse de su observancia, si la omitian solo por no contemplarse bastantemente animosos para cumplir á un tiempo con las relaciones paternas, y algunas sociales complicadas que á aquellas primitivas parecian oponerse. En lo sucesivo el gusto, la razon de estado y hasta el libertinaje mismo han producido no pocos celibatos en todo opuestos á aquella reducida porcion de entes, obra privilegiada de la providencia, tan digna del aprecio de todos los hombres, como detestable la otra especie á los ojos de la política.

CAPÍTULO VII.

Del celibato político.

52. La ley de la propagacion es demasiado interior y fuerte para que los hom-

bres necesiten ser estimulados á su observancia. Si ellos tuviesen evidencia de poder conservar la existencia física y moral de cuantos séres produgesen, todos sin duda buscarian el lazo conyugal; pero los males irremediables en la sociedad, y mas que todo el modo eficaz y violento con que los entienden las imaginaciones acaloradas, apartan á los ciudadanos del matrimonio, si la política no les desimpresiona, y les excita ademas á lo que les inclina casi irresistiblemente la naturaleza.

CAPÍTULO VIII.

De los medios políticos de promover la multiplicacion de la especie.

53. Pero á pesar de los medios que tiene la política de conseguir este fin, siempre se encontrará en la sociedad no corta porcion de individuos, dominados de un criminal egoismo, ó de aquellos móviles viciados del celibato detestable, (31.) los cuales, siendo capaces de violar con

la mayor impudencia el sagrado de la naturaleza y de la moral, darán por fruto menos doloroso de sus estravios la reproduccion de unos entes miserables, naturalmente nacidos, mas que irracionalmente abandonados, víctimas de un atentado horroroso que no cometieron, y oprobio de la humanidad; pero por lo mismo objeto muy principal de la atencion política.

CAPÍTULO IX.

De los expósitos.

54- La existencia del hombre es nula sin los medios para subsistir, y estos incomprensibles sin el concurso del ser inteligente, conforme á la ley eterna del trabajo, el cual le proporciona todas las producciones que para su sola utilidad contienen los elementos, siendo en último resultado la principal la de la agricultura.

CAPÍTULO X.

De los medios de subsistencia en general, y en particular de la agricultura.

55. La mayor parte de las producciones naturales para servirnos de ellas necesitan ser preparadas y modificadas por medios que forman la ocupacion de no pocos individuos en las artes y oficios, necesarios no solo para aquellas preparaciones, sino tambien para obligar en cierto modo á la misma naturaleza á ser mas productiva.

CAPÍTULO XI.

De las artes y oficios.

56. Si los hombres se hubieran conducido siempre rudamente en el trabajo, nunca habrian conseguido frutos demasiado abundantes, ni aún acaso los suficientes, atendida la no interrumpida propagacion de la especie; ni el órden progresivo moral por otra parte hubiera caminado en la proporcion debida con el físico, si no se hubieran encontrado medios de facilitar la entrada al inagotable tesoro de la naturaleza, oculto en sus tres

distintos reynos, apartándose de una ciega rutina, y evidenciando su estudio, ocupacion harto digna del ser racional é inteligente.

CAPÍTULO XII.

De la industria.

57. Las producciones variadas de la tierra, las distintas calidades de esta, y las diferentes clases de invenciones, artefactos, y máquinas existentes segun la multiplicacion del género humano, jamas se hallaban reunidas en una misma porcion de terreno. La economía admirable de la naturaleza dispuso á los hombres á la comun felicidad si daban recíprocamente su propio superfluo por lo superfluo de los demas que á ellos era necesario. Tal es la esencia del comercio, segun la cual dice relacion con todos los objetos de la agricultura, de las artes, de los oficios, y de una industria rectamente entendida.

CAPÍTULO XIII.

Del comercio.

58. El comercio incurriria en el principal inconveniente que se habia propuesto evitar, si los que le egercen se vieran en la precision de reunirse en un mismo sitio para la permuta de sus bienes: la demasiada distancia les haría abandonar con frecuencia sus riquezas, y ocasionaría la incesante diminucion, cuando no la falta absoluta de aquel superfluo respectivo, único objeto de su ocupacion. Ha sido preciso pues que algunos miembros del cuerpo político se dedicasen únicamente á facilitar el comercio entre los que se hallaban á considerables distancias, á fin de no distraer á los que le egercian de las faenas necesarias para proporcionar la abundancia de objetos comerciables.

CAPÍTULO XIV.

Del tráfico y de la negociacion.

59. Pero las mismas necesidades acometian á una porcion considerable de personas á un mismo tiempo, de modo que

en no pocas ocasiones todas ansiaban por un mismo supérfluo el cual no podian adquirirse por ninguno de sus bienes y propiedades. Este conflicto, y la casi imposibilidad de las permutas que él mismo ocasionaba obligó á inventar un representante universal de todo bien y riqueza, al que se dió el nombre que aun conserva de moneda, la que ha consistido en varias materias segun las distintas épocas y sociedades hasta haberse decidido todas por los metales preciosos.

CAPÍTULO XV.

De la moneda.

60. Las particulares propiedades físicas de estos (á que se ha convenido en llamar su nobleza) ocasionaba grandes gastos para su uso, y la facilidad de ocultarlos y adulterarlos no pequeños inconvenientes por la avaricia de los hombres. Fue preciso, pues tomar precauciones para conservarlos puros, y valerse sobre

todo del cambio, por medio del cual pueden recibirse sumas inmensas á las mayores distancias, mediante el pequeño daño de un interes moderado, y sin un efectivo peligro.

CAPÍTULO XVI.

Del cambio.

61. Todos estos objetos pues serán puntos principales de la política para proporcionar los medios de subsistencia á hombres reunidos ya en una sociedad civil, á cuyo cargo estará promover la agricultura en toda su extension, honrar las artes, y los oficios, premiar la industria, dar vigor al comercio, favorecer el tráfico, é impedir en aquel y en este los fraudes y monopolios.

CAPÍTULO XVII.

Como debe conducirse la política para proporcionar todos los medios de subsistencia á sus gobernados.

62. Si el ser racional siempre necesitó subsistencias, y estas desde su orígen se las proporcionó por el empleo de sus fuerzas físicas en el cultivo de la tierra, la propiedad territorial es conforme á la naturaleza, de rigorosa justicia, y de ningun modo en su principio efecto de la ambicion de los hombres.

CAPÍTULO XVIII.

Del orígen de las propiedades territoriales.

53. La inclinacion al reposo hará siempre que muchos individuos de la especie descuiden de los medios de su subsistencia, asi como el inexplicable placer de la propiedad y los acontecimientos fortuitos aumentarán en otros mas y mas el empleo de sus fuerzas en el cultivo. Luego es indispensable la desigualdad de las propiedades territoriales.

CAPÍTULO XIX.

De la desigualdad de las propiedades territoriales.

64. Lo dicho acerca del orígen y desigualdad de las propiedades territoriales debe aplicarse, por paridad de razon, á las propiedades semovientes y moviliarias, ó sea á las riquezas provenientes de todos los demas ramos de subsistencia, y de sus cambios y permutas.

CAPÍTULO XX.

De la desigualdad de todas las demas propiedades que son medios de subsistencia.

65. Si la política fuera obra de la imaginacion ó mera invencion de los míseros mortales, podriamos adoptar acaso bellos sistemas de igualdad de propiedades, igualdad de bienes y riquezas, y aún podríamos idear (digámoslo asi) un mismo molde en el que se hubiesen de vaciar los hombres para la sociedad civil. Pero como aquella sea efecto necesario de las leyes del órden moral establecido por el ser supremo, debemos investigar su influencia, asi como su naturaleza con muy

profunda reflexion. El orígen y progreso de todos los medios de subsistencia ya referidos; el abuso que de ellos se ha hecho casi sin interrupcion, las consecuencias que éste ha ocasionado en la moral y en la política de los estados; los extraños, y aún encontradas opiniones que se han sostenido con este motivo, el remedio que pueda aplicarse á dichas consecuencias, una vez conocidas perjudiciales á la sociedad; la imposibilidad en fin de dar con uno eficaz en las naciones que se distinguen de las demas con el pomposo título de civilizadas: he aquí una porcion de objetos demasiado interesantes, y que dan lugar á multitud de observaciones políticas y morales que no pueden omitirse impunemente en estas instituciones.

CAPÍTULO XXI.

Observaciones políticas y morales sobre el influjo y efectos necesarios del progreso no interrumpido de los medios de subsistencia.

66. Estas reflexiones tan oportunas como olvidadas por los que escriben de moral y de política al mismo tiempo que con el sagrado escudo de la verdad ponen á cubierto de los ataques mas disfrazados, dan nociones rectas para decidir acerca del lujo y de la corrupcion de costumbres, no segun las reglas del entusiasmo y de la parcialidad, sino por las leyes indestructibles del órden moral y político que deben no perder nunca de vista todos los estados.

CAPÍTULO XXII.

Del lujo, y de la corrupcion de costumbres.

67. ¿Y quién promoverá estos medios de subsistencia, y evitará aquellos graves inconvenientes contra la natural propagacion de la especie, una vez formada la sociedad civil? Serán unos individuos de esta, alternativa y mutuamente jueces respectivos de los otros en la direccion de su conducta? Podrá de este modo defenderse

la propiedad en los casos de injusticia, y de usurpacion? Satisfarán el cúmulo inagotable de necesidades facticias que vayan formándose sin interrupcion, guiados únicamente por sus equivocados deseos? ¿Conseguirán acaso su fin, arrastrados solo de apariencias brillantes, descuidando los motivos y objetos principales de sus ocupaciones? La confusion, la anarquía, y aún la ruina, y destruccion total del cuerpo político hubiera sido inevitable casi al primer momento de su formacion, si desde aquel mismo instante no se hubiera presentado un agente moral que dirigiese todas las operaciones de los individuos á la comun felicidad. Este verdadero conductor del cuerpo social en quien se hallan reunidas, por decirlo asi, todas las voluntades para el expresado fin, se llama potestad soberana, denominacion tan propia que ella sola bien entendida nos manifiesta no solo su naturaleza sino el conjunto de todos sus esenciales

atributos.

CAPÍTULO XXIII.

De la potestad soberana y de sus atributos.

63. Visto es que el orígen de la potestad soberana se halla en el de la sociedad civil. Pero no es tan igualmente claro por cuantos individuos aquella ha debido egercerse. La imitacion y la analogía condujeron al principio indispensablemente á la monarquía: los extremos opuestos que dirigen al hombre hasta que conoce el órden natural de la progresion dieron despues las repúblicas: á fuerza de cálculos y combinaciones siempre variadas, y las mas veces mal dirigidas, se han inventado en lo sucesivo una porcion considerable de formas de potestades ó gobiernos en las que se ha intentado neciamente hallar una perfeccion quimérica que jamás será dada á los mortales. Estos deberian ya haber aprendido que *no hay en la realidad mas que dos espe-*

cies de gobierno, uno dominado por el vicio, y otro dirigido por la hermosa virtud; siendo tan conforme á las leyes del órden físico y moral que la última halle mas fácil acogida en las pequeñas sociedades como que el primero fije casi siempre su morada en los estados numerosos.

CAPÍTULO XXIV.

De las diversas especies de gobiernos.

69. Supuesto que el fin de la potestad soberana es proporcionar y dirigir individuos distintos á la comun felicidad en virtud de la reunion de sus voluntades, se hace preciso buscar un medio que comprenda y pueda obligar á todos con la fuerza propia de una justicia esencial. Tan sencilla es la naturaleza de la ley positiva y de sus principales propiedades.

CAPÍTULO XXV.

De la necesidad de las leyes positivas, de su naturaleza, y de sus propiedades.

70 Si la natural y progresiva multiplicacion de la especie se detiene en la sociedad civil solo por obstáculos que directa ó indirectamente esta le opone, es evidente que las leyes relativas á tan interesante objeto deben ceñirse á vencer dichos obstáculos, respirando siempre el amor á la especie, la decencia en el júbilo, y la obligacion religiosa.

CAPITULO XXVI.

De las leyes relativas á la multiplicacion de la especie, llamadas de poblacion.

71. Asi como vicios políticos impiden el natural progreso de la multiplicacion de la especie, asi en algunas ocasiones un acertado sistema se encuentra con mas individuos que subsistencias contra toda regular esperanza. En tal caso es innegable que se halla en el orbe un punto á donde debe dirigirse aquel sobrante para proporcionarse sus subsistencias en utilidad propia, y en beneficio de un pais aún

no suficientemente poblado con arreglo á las leyes del órden físico del universo.

CAPÍTULO XXVII.

De las colonias.

72. Pero los que estan al frente de las sociedades civiles no siempre tienen el debido conocimiento de la verdadera economía política y moral de la especie humana. Ellos ademas prefieren con harta frecuencia su gloria figurada al sólido interes y felicidad de sus gobernados. De aqui ha provenido la escandalosa é inhumana doctrina de considerar las guerras y las conquistas como medios oportunos de establecer el debido equilibrio entre los individuos y las subsistencias de un estado al parecer excesivamente poblado.

CAPÍTULO XXVIII.

De las guerras y conquistas consideradas como medio político de establecer á las veces el equilibrio de la poblacion con las subsistencias.

73. Huvo ciertos políticos entusiastas que despiertos soñaban quimeras relativas á un repartimiento igual de propiedades territoriales, intentando en realidad bájo este especioso velo coartar á su arbitrio á la misma naturaleza. Algunos que les han sucedido, aunque nos han dejado mas libre la justa adquisicion de *nuestros goces* y comodidades en razon de nuestro mayor trabajo aplicado al beneficio de la tierra, miden sin embargo esta por las reglas menos convenientes. Pocos, ó por mejor decir, muy raro es el que ha llegado á comprender la verdadera esencia de una buena ley agraria, á pesar de ser este uno de los pocos puntos en cuya investigacion parece haberse propuesto el hombre por fin principal la utilidad de sus semejantes.

CAPÍTULO XXIX.

De las leyes agrarias.

74. La palabra propiedad supone en el propietario derecho para hacer de ella

lo que quiera, durante todo el tiempo de su vida; solo un abuso, aún mas perjudicial al interes comun que á su misma persona, podrá privarle de disponer en sus últimos momentos de lo que privativamente le pertenece. El producto de nuestro trabajo debe sernos siempre asegurado por la ley cuyas limitaciones en esta materia, dado caso que se consideren indispensables, nunca deberán chocar directamente con aquel sagrado derecho.

CAPÍTULO XXX.

De las leyes de las propiedades. De las disposiciones testamentarias.

75. Ennoblece sin embargo al hombre una propiedad, la mas apreciable por cierto, cuyo uso absoluto é indeterminado no debe serle permitido en la sociedad política. Las condiciones esenciales ó de convencion, tácitas ó expresas con que se han reunido en un solo cuerpo diversas familias ó pequeños estados contradicen

abiertamente la libre disposicion de las producciones de nuestro espíritu: ellas mismas ademas, por moderadas que sean, suelen siempre resentirse de los efectos particulares que indispensablemente produce la diversa posicion de los distintos miembros de la sociedad, ni pueden por otra parte prescindir del influjo de los móviles de nuestras acciones infinitamente variado en la vida civil. Asi la libertad de pensar (expresion que á falta de otra mas adecuada significa el uso de aquella preciosa propiedad) debe sufrir justamente de parte de la legítima potestad oportunas restricciones las cuales no pueden ser censuradas sino por la miserable envidia, ó vil egoismo, y cuando mas por los espíritus inquietos y revoltosos.

CAPÍTULO XXXI.

De la propiedad de nuestros pensamientos. De la libertad de la imprenta.

76. La buena fé que debe presidir á

las permutas, cambios, tráfico, y toda especie de negociaciones desaparece á la vista del fraude, del monopolio, y de las ocultaciones: desterrar tan infames abusos sin perjudicar en la parte mas mínima al comercio es empresa harto delicada, si se han de conciliar los intereses del cuerpo político con algunos inveterados defectos de miembros robustos cuyos achaques pueden serle á aquel de las mas funestas consecuencias.

CAPÍTULO XXXII.

De la legislacion mercantil.

77. Es sobre todo digno de la mayor atencion y examen el comercio hecho por compañías privilegiadas, y bancos; pues si bien le resisten abiertamente á primera vista los buenos principios políticos y económicos, parece no obstante debe tolerarse por los útiles efectos que puede producir á las veces en los apuros del estado ó por las circunstancias particula-

res de los paises.

CAPÍTULO XXXIII.

De los bancos y de las compañías de comercio.

78. Todo individuo del cuerpo social ejecuta con frecuencia actos de una especie de comercio privado para procurarse cierta determinada utilidad. Él nada tendrá que ver con las operaciones combinadas de los comerciantes; pero no por eso deberá prescindir de la buena fé en todos sus contratos á cuyo riguroso cumplimiento podrá ser obligado por la ley.

CAPÍTULO XXXIV.

De las leyes de los contratos.

79. Hasta un cierto punto nos proporcionamos comodidades análogas á nuestro mejor bienestar posible: desde él en adelante solo nos formamos necesidades que no debemos satisfacer. La bien entendida perfeccion de las artes y de la

industria siempre contribuirá á la felicidad civil; el refinamiento, la molicie, y la extravagancia no podrán menos de degradar nuestra constitucion física, moral y política é impedir sus verdaderos progresos.

CAPÍTULO XXXV.

De las leyes relativas á la perfeccion de las artes, y de la industria rectamente entendidas. De las ordenanzas gremiales.

80. Todas las leyes quedarian sin efecto si el hombre no fuese escitado á su observancia, ó apartado de su infraccion por un resorte tomado en la misma naturaleza; el casi no interrumpido quebrantamiento y olvido de los preceptos naturales dió orígen y motivo al establecimiento de las leyes positivas, y la natural inclinacion del hombre á abrazar el placer y á evitar el dolor halló en las recompensas y penas los móviles mas opor-

tunos para su puntual observancia.

CAPITULO XXXVI.

De las penas y premios considerados con respecto á la legislacion.

81. En el exceso de las recompensas solo se hallarán defectos, provenientes de un buen principio las mas veces; pero la crueldad de las penas podrá contribuir á la ferocidad de las costumbres, al menos siempre será prueba de una falta de humanidad nada disimulable; nunca podrá agorarse bien de aquella legislacion criminal cuyo objeto parezca mas bien el tormento de los séres sensibles que la debida minoracion de los delitos.

CAPÍTULO XXXVII.

De la legislacion criminal.

82. Una legislacion criminal perfecta que constantemente guarde una exacta proporcion entre las penas y los delitos, y que jamas permita que la humanidad de-

je de acompañar á la justicia es un ente quimérico, interin solo sea dado á los mortales juzgar las acciones de sus semejantes siempre por los efectos que producen, nunca por la intencion y fin que se propone quien las ejecuta.

CAPÍTULO XXXVIII.

Legislacion criminal perfecta, proyecto quimérico.

83. Este mismo principio puede aplicarse en cierto modo á todos los demas ramos de la legislacion positiva tan distintos como variados. Asi la política en vez de ocuparse en esos grandiosos planes de códigos legales por necesidad complicados, una vez supuesto el estado de civilizacion, deberia dedicar sus tareas en este particular á evitar la infraccion de las leyes, imprimiendo en el espíritu de todos sus gobernados una religion sólida, una moral perfecta, un patriotismo verdadero, y una civilidad oportuna, que son

los cuatro puntos fundamentales del remedio preventivo de la educacion.

CAPÍTULO XXXIX.

De la educacion.

84. El método de educacion que se admita en la sociedad dará á entender el de instruccion que en la misma deba adoptarse. Pocas pero fundamentales nociones religiosas; incesante estudio del hombre en las distintas situaciones en que la misma sociedad le presenta, y no interrumpida investigacion y examen de las riquezas inagotables de la naturaleza son la materia digna de las vigilias de los estudiosos. Las ciencias que proporcionen esta instruccion, y las que con ellas tengan una conveniente analogía, serán objeto de primera atencion para la política: todas las demas las mirará con mucho menor interes, acaso con indiferencia, á no ser que alguna vez se vea precisada á con-

tener sus abusos.

CAPÍTULO XL.

De la instruccion.

85. No se alcanza razon convincente de los mal concebidos planes que aun las naciones cultas han adoptado para la educacion é instruccion del bello sexo. La ignorancia de su verdadero físico y moral no parece disimulable en nuestro siglo, y las ideas de imperio del sexo fuerte contradicen abiertamente el estado de civilizacion de la Europa. Si es constante que en debido cumplimiento de las leyes del órden no deben manejar los negocios públicos, generalmente hablando, no lo es menos la vergüenza, é imponderables perjuicios que á las familias y á los estados causa su espíritu de frivolidad, único á que por harto errados cálculos da direccion una mal entendida política.

CAPÍTULO XLI.

De la educacion, y de la instruccion del bello sexo.

86. Supóngase por un breve momento el plan mas bello de educacion; reunaséle otro igual de instruccion pública y privada; concedánse á ámbos los mas felices efectos: la moral que de ellos resulte jamás será subsistente, ni proporcionada para la felicidad comun, si los ciudadanos no estan convencidos de »que los »Dioses son señores de todas las cosas, de »que la providencia preside á todo, de que »ella es el orígen de todos los bienes y »tiene cuenta exacta de todas nuestras acciones.» Sin Dios no hay moral, y sin moral solo será justo el hombre aquel tiempo en que no pueda substraherse del imperio de la ley y de la vigilancia de los magistrados.

CAPÍTULO XLII.

De la necesidad de la religion en la sociedad civil.

87. Si es imposible admitir una divinidad sin concluir ser justo y necesario

tributarla un culto, y si la sociedad no puede subsistir sin esta lisongera confesion, es claro que el culto externo en la sociedad civil debe recibir aumentos proporcionados á los que en ella han recibido todos los demas deberes sociales.

CAPÍTULO XLIII.

Del culto público.

88. Los padres en un principio, y mas adelante los cabezas de familia ó de sociedades domésticas, se reunian con todos sus dirigidos en un sitio precisamente destinado, no solo á manifestar diariamente con actos exteriores su sincero reconocimiento á los repetidos beneficios del ser benévolo por esencia, sino á pedir á este su continuacion, considerándole con toda verdad único ser criador y omnipotente. Este lugar era casi siempre un cierto espacio de terreno cerrado de árboles por la naturaleza, ó por las manos de los hombres. Verificado el establecimiento de

las sociedades civiles, los bienes de la providencia se aumentaron á cada momento, y por consiguiente era de toda obligacion y justicia que á cada momento tambien se la tributasen obsequios de gratitud. Las artes por otra parte comenzaban á tomar incremento, y hubiera sido una inconsecuencia harto punible en los hombres, si al paso y al tiempo mismo que intentaban, aunque en vano, perpetuar en soberbios mausoleos la memoria perecedera de los míseros mortales, se hubieran desentendido de construir magníficos edificios en los que incesantemente resonasen himnos de loor y gratitud al ser supremo, y donde á este pudiesen dirigir con toda confianza tan fervorosas como convenientes súplicas en sus verdaderas aflicciones y necesidades.

CAPÍTULO XLIV.

De los templos, y de su decoro y magnificencia bien entendidos. De las oraciones públicas.

89. Es tan preciso como justo alabar incesantemente al ser supremo; es necesario por otra parte estar incesantemente atendiendo á las relaciones multiplicadas de la sociedad: dos especies de deberes igualmente obligatorios y que no pueden dejar de cumplirse con igual exactitud. La política procederá con todo acierto, si permite que un número proporcionado de individuos probados y escogidos cumpla en nombre de toda la sociedad con seria ostentacion y devoto fervor con los deberes de un culto público, grave y magestuoso.

CAPÍTULO XLV.

De la necesidad de los ministros del culto, y de sus cualidades.

90. Este apreciable destino de los eclesiásticos, la obligacion irremediable que tiene todo ciudadano que llega á ser padre de tomar parte en los mas mínimos intereses del estado; la disonancia sobre todo que parece hallarse en ver subir al

altar hombres que acaban de ser rodeados de su familia, á la conservacion de la cual necesitan destinar todo su tiempo: cúmulo tan particular de circunstancias atendibles persuaden, y aún demuestran convenientísimo el celibato eclesiástico, y exigen sea tenido en consideracion por la política.

CAPÍTULO XLVI.

Del celibato eclesiástico.

91. Lo augusto, lo respetable, y lo continuado del ministerio eclesiástico impide que los que se dedican á él se proporcionen su subsistencia por ninguno de los medios meramente políticos. La sociedad pues en cuyo nombre, y por cuyo encargo se hallan en aquella ocupacion se constituye obligada á mantenerlos con una regular comodidad, y proporcionado decoro.

CAPÍTULO XLVII.

De la subsistencia de los eclesiásticos.

92. Los ministros del altar destinados privativa, y exclusivamente á la conservacion del culto público son los únicos que deben entender en cuanto tenga con él una conexion inmediata; pero la potestad pública tiene en este particular un doble derecho de proteccion y de vigilancia; aquella para auxiliar en caso necesario la autoridad del santuario con medios coactivos, y esta para prevenir los funestos resultados que en objeto tan respetable pudieran temerse de mal introducidos abusos.

CAPÍTULO XLVIII.

De la autoridad de los ministros del culto y de sus límites.

93. Ideas equivocadas y aun injuriosas á la divinidad, un temor servil reprensible, una ignorancia no corregida, y un ejemplo maquinalmente imitado son las principales causas que producen la fatal supersticion cuyos funestos efectos deben

prevenir de acuerdo ámbas potestades.

CAPÍTULO XLIX.

De la superstición y de sus temibles efectos en religion y en política.

94. Un espíritu de elacion fuera de todo límite, una instruccion sin cimiento, y ademas afectada, una refinada envidia; un contraste devorador entre los extravios continuados de la razon y los sentimientos naturales religiosos, son antecedentes manifiestos de la irreligion y de la impiedad, monstruos horribles que jamás llegarán á formarse en la sociedad sin la anuencia ó el descuido de la política.

CAPÍTULO L.

De la irreligion y de la impiedad.

95. Por eficaces que sean los medios de subsistencia que proporcione la política, y persuada la religion; por convincentes que sean las máximas de entrambas acerca de la santa humanidad y de la her-

mosa beneficencia, nunca podrán desterrarse para siempre de la sociedad las criminales razas de los ociosos por inclinacion ó por influjo, y de los mendigos por utilidad, por temperamento, ó por hábito.

CAPÍTULO LI.

De la ociosidad y de la mendiguez.

96. Una moral aislada, y una política meramente social abandonaria estos entes verdaderamente infelices á todo el peso de su desgracia, ó los proscribirian del estado con una crueldad *filosófica*; pero la admirable union de la religion, de la moral y de la política nos presentará en los hospicios por las tres dirigidos, y en las sociedades filantrópicas gobernadas por las mismas los únicos monumentos de la sensibilidad natural, y del amor á nuestros semejantes libre de todo interes.

CAPÍTULO LII.

De los hospicios y de las sociedades filantrópicas.

97. En vano serian los desvelos de la política por aumentar, conservar y perfeccionar los individuos de la sociedad civil, si estos pudiesen disponer segun su capricho de sus fuerzas corporales, y de sus facultades intelectuales contra las leyes del amor (10) y del órden. El suicidio, y la intemperancia, tanto la moral como la física, son ofensas de la religion, delitos contra la moral, y atentados enormes contra la felicidad social.

CAPÍTULO LIII.

De los oficios individuales. Del suicidio, y de la intemperancia.

98. Si hay algun ente con absoluta independencia sobre la tierra, es el cuerpo político: él ningun superior reconoce, ni aun con los iguales tiene (generalmente hablando) otras relaciones que las de la sociedad universal.

CAPÍTULO LIV.

De la independencia de los cuerpos políticos.

99. De esta independencia sin embargo no se sigue que hayan de subsistir cada uno de por sí, y sin comunicarse los estados. Antes por el contrario por medio de tratados, especialmente con los mas vecinos, estienden considerablemente el amor á sus semejantes con utilidad propia, y en apoyo de aquella sociedad universal que liga á todos los hombres. (16.)

CAPÍTULO LV.

De los tratados entre los cuerpos políticos.

100. Estos tratados son á las naciones lo que los contratos á los individuos en cuanto á su obligacion é inviolabilidad; mas no pudiendo celebrarse por los cuerpos morales en masa, se hace forzoso escoger uno ó mas miembros solamente para que lo verifiquen, y cuiden al mismo tiempo no solo de su fiel observancia, sino tambien de afianzar y estrechar mas y mas la amistad de las partes contratantes, evitando las desavenencias, y procu-

rando la composicion, si por acaso y desgracia aquellas llegan á originarse.

CAPÍTULO LVI.

De los embajadores y enviados.

101. Si un estado intenta sobre otro una autoridad que de ningun modo le corresponde, y mucho mas aún si no contento con esto le niega los oficios que le debe; el ofendido en cualquiera de los dos casos procurará la reconciliacion por medio de la razon y la prudencia, y solo la persuasion íntima de la inutilidad de estos podrá justificarle el haber usado del remedio fatal de la guerra.

CAPÍTULO LVII.

De las justas causas de guerra.

102. Visto es que la guerra solo debe ser resultado de una ofensa verificada por la transgresion de los tratados, ó por el quebrantamiento de los deberes. Las hostilidades pues solo son permitidas en cuan-

to se dirigen á la justa venganza de aquella ofensa respetando todo lo posible los derechos de la humanidad siempre imprescriptibles.

CAPÍTULO LVIII.

De los deberes de las naciones beligerantes.

103. La causa mas frecuente de los insultos que se hacen unos á otros los estados es un injusto deseo de engrandecimiento, el cual no de otro modo puede evitarse que por la reunion de algunos de aquellos para mantener el bien entendido equilibrio de todos.

CAPÍTULO LIX.

Del equilibrio político de las naciones.

104. Una sociedad numerosa en proporcion de sus cómodas subsistencias respectivas; bájo una religion sólida y una moral oportuna; educada y dirigida por estas dos únicas maestras del corazon humano; animada por la humanidad y la

beneficencia, y que solo en postrer recurso acude al destructor remedio de la guerra para vengar sus agravios; hé aquí el último término á que aspira la reunion de los mortales en sus cuerpos políticos respectivos. Algunos de los obstáculos que se presentan para llegar á él son invencibles; pero no por eso debe cesarse un solo momento en buscar todos los medios de proporcionar á una nacion su mayor posible bien estar político y religioso.

CAPITULO IX.

Felicidad mayor posible de las sociedades civiles.

Hemos delineado el edificio de la felicidad social posible: sin embargo no está del todo clara la religion que debe entrar en su construccion. De cuanto queda establecido se infiere legítimamente que un amor puro del ser supremo por necesaria dependencia y grato reconocimiento, y un amor á nuestros semejantes por la

comun utilidad, y conforme á la voluntad del criador (41), son las dos señales características de la sola religion que podrá ponerse en absoluta harmonía con la sana moral y recta política que hemos bosquejado. Examinados uno por uno todos los códigos religiosos del universo únicamente en el de la religion de J. C. hallamos establecidos por preceptos fundamentales de la ley, y esencia y compendio de toda ella, las dos señales características insinuadas. Asi no es extraño que uno de los principales corifeos de los modernos filósofos, menos convencido por su propia conducta que arrastrado por la irresistible fuerza de la verdad, haya tributado justos elogios al evangelio concluyendo con la mayor admiracion: *si no existió, debió existir J. C.*

APÉNDICE.

Rápida ojeada sobre las principales sec-

tas religiosas, su paralelo con respecto á la moral, y á la política. Religion católica.

LOS FUNDAMENTOS

DE LA

JURISPRUDENCIA NATURAL.

Traduccion libre del francés, considerablemente aumentada

POR

D. MIGUEL RUIZ DE CELADA.

LOS FUNDAMENTOS
DE LA
JURISPRUDENCIA NATURAL.

PARTE PRIMERA.

ORDEN Y PROGRESO DE LA FELICIDAD.

SECCION PRIMERA.

De la felicidad en general.

1. Las acciones del hombre son, ó naturales ó dependientes de la voluntad. Llámanse libres estas, porque tienen su orígen en la libertad moral cuyo sentimiento íntimo todos experimentamos.

2. El alma, al momento en que se determina en cualquiera accion libre, descubre de un modo, ya distinto, ya confuso, una razon que la hace elegir uno dos partidos propuestos, la cual en general se llama motivo.

3. *La esperanza del placer y el temor del dolor* son en último resultado el ver-

dadero motivo que determina al alma en todas las acciones libres.

4. Hay dos especies de placeres. Llámanse *físicos* los que se excitan en el alma por medio de los sentidos, y se denominan *morales* los que nacen en el propio fondo de aquella, y afectándola sin la mas mínima impresion de los nervios.

5. El placer es ó puro ó mezclado de dolor. Los sentimientos mixtos dominan en el curso de nuestra vida.

6. No hay motivo medio entre la esperanza del placer y el temor del dolor, para ocasionar en el alma el deseo ó la aversion. Algunos ponderan los encantos del estado de indolencia: nosotros no vemos en él mas que un sentimiento débil de placer que dura algun tiempo sin ser interrumpido por ninguna sensacion nueva. Pero el alma desea salir de una tal situacion sin echarlo de ver ella misma.

7. No todos los placeres son iguales. Para saber apreciarlos es necesario conside-

rar *su fecundidad*, *su intensidad*, *y su duracion*. Consiste la *fecundidad* en el mayor ó menor número de nuevos placeres que son el efecto de los que se experimentan en la actualidad: llámase *intensidad* en ellos la cuantidad de movimiento que excitan en el alma, cuantidad por cierto que varia segun la causa que los produce, y el estado del cuerpo y del alma en el primer momento en que empieza á sentirlos, últimamente es su *duracion* segun el grado de certeza que se tiene de que á su goce no seguirá el arrepentimiento.

8. Es conveniente observar que la esperanza del placer tiene tanta mayor fuerza para la determinacion de la voluntad cuanto mas grande aquel se la presenta, y mas principalmente aun cuanto menos tiempo necesita para apreciarle y para decidir la probabilidad y la celeridad de su goce.

9. Es un *placer verdadero* (útil) aquel

del cual jamas puede arrepentirse el hombre, en cualquier tiempo que le examine. Es un *placer falso* (perjudicial, imaginario) todo aquel que desaprobamos una vez pasado, ó cuya repeticion nos vemos precisados á temer (30.)

10. *Bien* es lo que produce un placer verdadero: *mal* lo que produce un placer imaginario. Se llama *bien físico* aquel á cuya obtencion no precede el examen de los medios que le han proporcionado, y se distingue con el nombre de *bien moral* todo aquel que es efecto del uso de la libertad.

11. El hombre ama su existencia, y durante ella, desea gozar de un estado en que la série no interrumpida de placeres exceda todo lo posible á los dolores inevitables. El alma no puede sobrellevar la idea de una condicion en que á fuerza de perpetuas penas pierda la esperanza de un estado de menor sufrimiento.

12. Asi la *felicidad* es aquel estado en

que se halla el hombre cuando puede estar seguro de gozar siempre de placeres verdaderos que le hagan tener en nada los dolores inevitables. El deseo de la felicidad es inherente al hombre (11) y á él deben su orígen todas sus inclinaciones.

13. De esta definicion se deducen claramente estas sencillas consecuencias: 1ª Que la felicidad no consiste precisamente en la sola ausencia del dolor: 2ª que no todo dolor la destruye, asi como no la aumenta cualquiera placer; y 3ª que no consiste ni menos depende de la opinion. Lastima da por cierto que no todos conozcan su estabilidad, y solidez: entónces no habria nadie que dudase que si podemos hallarnos bien al presente, aun debemos prometernos un estado mas feliz en lo venidero.

14. Todas estas nociones, confirmadas por la experiencia, demuestran que la felicidad es susceptible de aumento y de diminucion. Para estimar su cuantidad se

debe examinar lo grande de los placeres verdaderos que esperamos conseguir ó conservar, lo soportable de los dolores que pueden sobrevenir, asi como tambien lo á propósito que ellos mismos pueden ser para hacernos gustar mas bien la dulzura de los placeres en lo sucesivo; últimamente la solidez de los fundamentos en que estriba la esperanza que tenemos de existir eternamente.

15. Hablamos bájo el supuesto de que nuestra alma vive, aun despues de separada del cuerpo: verdad innegable que probarémos en otra parte, y se deduce bien claramente de su misma excelencia, y de la sabiduría del ser único á quien debe su orígen.

16. Asi es claro no solo que el alma en su estado futuro será siempre la misma en cuanto á la facultad de conocerse, de distinguirse de todos los demas séres, y de tener la memoria de su anterior estado, sino tambien que será susceptible aun de

adquirir nuevas ideas, y por consecuencia de experimentar nuevos placeres y nuevos dolores.

17. De aqui se sigue tambien que la vida del alma, una vez separada del cuerpo, es continuacion de la vida presente, por lo cual la definicion de la felicidad no debe limitarse á este corto periodo de existencia que se termina con la muerte.

18. ¿La naturaleza que ha dado al hombre el deseo de la felicidad, le ha puesto en estado de conseguirla? Podrán llegar á ella esos desgraciados á quienes vemos sitiados por todas partes de grandes é innumerables dolores? Estarán para siempre privados de ella los espíritus voluntariamente enfermos que se quitan á sí mismos su tranquilidad? No es tan sencillo como natural pensar que el género humano no está destinado á la felicidad, puesto que no todos los hombres son felices?

19. La respuesta á estas preguntas es mas fácil de lo que quisieran algunos talentos

locamente extraordinarios. Las obras de Dios nos manifiestan su voluntad, y el fin que en ellas se ha propuesto. Dios ha puesto en el hombre el deseo de la felicidad (12), luego no ha querido que le fuese imposible el conseguirla: seria por cierto bien poco digno de la sabiduría y de la bondad por esencia, privar necesariamente á los hombres de lo mismo que necesariamente desean. Por otra parte la discordancia repugna á la naturaleza: todo es harmónico en ella. Asi la providencia que no se desmiente en ninguna de sus obras y que á todas y á cada una ha dado su grado de perfeccion, ha destinado tambien al género humano cierta porcion de determinada felicidad.

20. Verdades tan eternas se hallan confirmadas por la experiencia. Todo lo que es natural al hombre y tiene con él relacion, conspira á su felicidad, ya se le considere en sí mismo, ya con respecto á los demas séres, y á todas las partes del universo.

21. Las penas inevitables que se cruzan en la vida del hombre no destruyen su felicidad (14. 15.) Cuando son grandes duran poco; demasiado continuadas, el hábito las suaviza. La persona mas desgraciada, en fin, halla al menos un último recurso en la esperanza de una eternidad mas feliz (16) aún en el caso de que no pueda consolarse con el recuerdo de los placeres pasados, y el pensamiento consolador de la providencia.

22. El hombre por el abuso de su libertad puede faltarse á sí mismo en la investigacion de su felicidad, ya negándose al fácil discernimiento entre los placeres verdaderos y falsos, ya viendo el bien que positivamente le aprovecha, y dejándose sin embargo llevar del mal que notoriamente le perjudica.

23. Para que pueda evitar esta desgracia le ha dado la providencia un *monitor* secreto destinado precisamente á instruirle de lo que le conviene, y á excitarle á

no apartarse de ello jamas. A este fin debe indagar el camino seguro que le conduce á la felicidad sin el mas mínimo peligro de extravio, y poner ademas en movimiento los resortes que tiene dentro de su misma alma para dirigir sus acciones en un todo arregladas á un eficaz conocimiento del bien y del mal.

Tal es el objeto de las dos secciones siguientes.

SECCION SEGUNDA.

Del camino que conduce á la felicidad y de su conocimiento infalible.

24. Las reglas de la felicidad que vamos á descubrir y exponer con órden, tomando la naturaleza por guia, no son otra cosa que aquella série de acciones libres por la cual es posible al género humano llegar á la felicidad que le está destinada (19); llámanse morales estas reglas á causa de la naturaleza de las acciones que por ellas han de ser dirigidas, debe afir-

marse que son ciertas, puesto que el espíritu humano puede conocer que las contrarias serian necesariamente opuestas á nuestra felicidad.

25. Hay pues reglas ciertas para conseguir la felicidad. Esta no existiria faltando aquellas, cuya incertidumbre ocasionaria la necesidad física del escepticismo moral, que haria bien deplorable la condicion de todos los hombres, resultando ser los mas dignos de lástima precisamente los que mas cuidado pusiesen en arreglar sus acciones.

26. Estas verdades se confirman examinando la naturaleza de las acciones libres, las cuales á semejanza de las naturales de los cuerpos, producen efectos no menos unidos entre sí que con la accion que los ha ocasionado. Estos consisten en una mutacion de estado del que tarde ó temprano resulta un sentimiento de placer ó de dolor. De aquí se infiere legítimamente que una accion libre exactamente seme-

jante á otra producirá los mismos efectos, es decir el mismo número de bienes ó de males, de que provendrá un estado conforme ó contrario á nuestra felicidad (11.)

27. Tan cierto es que la relacion de las acciones libres con la felicidad del agente es universal, constante y perpetua, no variable, personal, dependiente de la opinion, ni sujeta á las circunstancias. La invariabilidad de esta relacion constituye el órden natural de la felicidad, cuyo conocimiento nos manifiesta las reglas que deben dirigir nuestras acciones libres si queremos conseguir aquella.

28. Si estas reglas no fuesen constantes no convendrian unas mismas á todos los hombres ni á un mismo hombre en todos los tiempos: variacion por cierto bien contraria á la sabiduría de Dios, opuesta á la admirable armonía de las leyes del universo, y que no dice bien con la naturaleza humana invariablemente la mis-

ma en todos los individuos de la especie.

29. Hay pues un sistema constante y cierto de reglas para la felicidad, cuya práctica solo puede conseguir el hombre por un uso determinado de su libertad. Dicho sistema ha recibido con toda propiedad los nombres de bueno, natural, y divino: este por haber sido establecido por Dios, el segundo porque está adaptado á la naturaleza del hombre y por consiguiente á la de todo el universo (19) y aquel porque nada puede venir que no sea bueno del padre comun del género humano.

30. El carácter cierto y perpetuo que distingue el placer verdadero del falso (9) y las acciones libres buenas ó malas, está en razon directa de su conveniencia ó disconveniencia con el sistema insinuado.

31. Puesto que este es divino (29), es necesariamente inmutable; su recto estudio es el único camino que debe el hombre seguir.

32. Los preceptos de la moral no estan cubiertos de tanta obscuridad que su estudio haga caer en muchos errores, y que aún asi se vea el hombre obligado á confesar su ignorancia respecto de un gran número de aquellos. Vamos á ver la falsedad de tales suposiciones, comparando el camino que se sigue para hallarlos con el que debe seguirse, atendida nuestra naturaleza.

33. El hombre en su primera edad se conduce, en parte por el instinto, en parte por reglas que saca de su propia experiencia, ó que adopta fiado en lo que otro le dice. Llámase *instinto* aquellos primeros movimientos naturales que nos conducen á buscar ó hacer lo que conviene ó daña á nuestra naturaleza. De estos unos son propios del hombre, otros son comunes con los animales destituidos de razon.

El discernimiento del bien y del mal está en cierto modo contenido en dichos primeros movimientos de los que recibe

un impulso tan rápido que apenas el espíritu del hombre puede descubrirle (49.)

34. El infante experimenta sensaciones; poco á poco presta atencion á ellas, es decir, comienza á hacer experiencias. Los primeros objetos que se gravan en su memoria son á proporcion de lo agradable ó desagradable de las impresiones que han causado. No teniendo aún su espíritu bastante desenrollado para preveer un remoto porvenir, no juzga sus acciones sino por el placer ó el dolor que son su efecto inmediato, formándose sin pensarlo reglas de conducta, segun que vé que á acciones semejantes se siguen siempre efectos igualmente semejantes.

35. La natural inclinacion que tiene á observar é imitar á aquellos con quienes vive es resultado de la necesidad en que se halla de la sociedad para conservar su vida y adquirir el uso de la razon. De este modo arregla su conducta por la de otro, y adopta las máximas de aque-

llos, cuya autoridad y experiencia le inspiran un cierto género de confianza, las cuales entrando insensiblemente en su espíritu, echan en él profundas raices y se transforman en acciones, cuyo orígen él mismo llega á desconocer. Asi la educacion y el ejemplo transmiten á otros las verdaderas ó falsas reglas de su conducta: los matrimonios las hacen pasar á familias diferentes, y aún las esparcen por la mayor parte de una Nacion; los viajes por una parte y las guerras á su vez proporcionan á los pueblos la ocasion de conocerse y de adoptarlas como propias. Hé aquí el medio de hacerlas reinar durante una série de siglos.

36. En una edad mas avanzada el hombre comienza á hacer uso de su *razon*, es decir, de aquella facultad natural de ver distintamente la relacion de las verdades entre sí. La fuerza de la razon está en razon directa de la mayor ó menor extension y número de las cosas, cuya co-

nexion descubre, y de la mayor ó menor facilidad que tiene en ver distintamente el lazo comun que las une. Cuanto mas fuerza tiene la razon, mas claramente descubre los caracteres que distinguen el bien del mal.

37. El primer deber de la razon para proponernos el mejor plan de vida es someter á exámen las reglas de conducta que nos hemos formado desde la infancia (35) ó que hemos recibido insensiblemente, yá de nuestros preceptores, yá de nuestros mismos iguales. Sin embargo seguimos, por lo regular, un método absolutamente contrario: no tenemos duda ninguna sobre las opiniones consagradas por el tiempo, á menos que los males que producen no se nos presenten tan próximos como evidentes. La razon, si una vez llega á descuidar el examen del verdadero bien, ya no hace mas esfuerzos que para plegarse á las reglas recibidas, ó para imaginar otras nuevas conformes á ellas, y que pue-

dan aplicarse á los nuevos casos que ocurran. Asi un error produce otro error del espíritu, y abandonando la verdad que jamás examinó, se deja fácilmente atraer hácia el error, seducido por el egemplo, y aún por la mala fé no pocas veces.

38. Son por cierto bien diferentes las reglas de moral que debe seguir todo el que quiera hacer un uso legítimo de su razon, la cual permite que empleemos el conveniente método para juzgar las acciones libres, tomándole en la experiencia constante que nos muestra sus efectos; pero nosotros nos engañariamos si para discernir el bien del mal, solo considerasemos las impresiones agradables ó desagradables que estan inmediatamente enlazadas con estas (34.) Nosotros debemos unir en nuestro pensamiento sus efectos próximos y remotos (16), segun que ellos mismos estan unidos por la naturaleza, considerarlos á la vez y pesarlos todos en la balanza de la razon, si queremos te-

ner reglas seguras y exentas de todo error para distinguir las acciones conformes ó contrarias á la humana naturaleza.

39. Dos clases de efectos producen las acciones libres; los unos se pueden llamar *necesarios*, *absolutos*, porque siempre las acompañan; y los otros son conocidos con el nombre de *accidentales ó hipotéticos* porque jamás se verifican sino bájo ciertas condiciones: aquellos causan indispensablemente en el estado del hombre una mudanza, de la que jamás se separa un sentimiento de placer ó de dolor, ó almenos que contiene el gérmen de un verdadero placer ó de un verdadero dolor, que debe producir muchas variaciones en lo sucesivo: estos aumentan el bien ó el mal envuelto en los efectos necesarios y son de tal naturaleza que, aunque á veces no es posible, por lo regular es fácil preveerlos por las reglas de la probabilidad.

40. Ninguna accion libre es absolutamente estéril. (26) Todas ellas producen

efectos : (38 y 39) observarlos, y distinguir con cuidado, en todos los casos, los necesarios de los meramente accidentales; hé aquí el primer deber que la razon puede desempeñar de varios modos; porque, tó bien la experiencia nos presenta siempre los efectos necesarios inseparables de las mismas acciones en todos los tiempos, en todos los lugares, y en todas las personas indistintamente, y entonces podemos preveerlos con certeza, puesto que jamás dejan de verificarse; ó bien por la idea de la accion y de la naturaleza humana vemos la necesaria conexion que hay entre el efecto y su causa; ó últimamente podemos deducir aquellos por *analogía*, la cual está fundada sobre la simplicidad y armonía de las leyes que arreglan toda la naturaleza, y de las que por consiguiente no puede separarse la nuestra.

41. Despues de haber observado los efectos necesarios, el segundo deber de la razon es examinar si son ó no conformes al

sistema de nuestra felicidad (29); examen, en el que debe sobre todo estar prevenida contra los errores que tan fácilmente pueden padecerse en los raciocinios sacados de la experiencia. El sentimiento interior jamás engaña, siempre que representa alguna cosa como grata y desagradable: lo contrario puede suceder con la razon, si concluye precipitadamente que lo que nos gusta ó desagrada en la actualidad ha de producir el mismo efecto en lo sucesivo. El hombre que se entrega con ardor á ciertos placeres, ó que se substrae con toda precaucion de algunos dolores, se vé frecuentemente obligado á arrepentirse, cuando una experiencia tardia le convence de que no debia haber gustado los unos, ni evitado los otros con tan poca reflexion. Este arrepentimiento, el cual ya no depende de la voluntad del hombre, se ahorra fácilmente por aquel maduro examen de nuestras acciones, que nos demuestra claramente los casos en que

sus efectos necesarios son opuestos á nuestra felicidad.

42. Puesto que la naturaleza humana no solo comprende el cuerpo y el alma, las fuerzas del uno y de la otra, y el lazo comun que los une, sino que ademas contiene la relacion del hombre con todos los demas séres del universo, y la grata dependencia de su criador; podrá concluir la razon con toda certeza que una mutacion de estado causada en el ser racional por sus acciones libres, es contraria á su naturaleza y á su felicidad, no solo cuando por ella conozca que se le han de debilitar las fuerzas del cuerpo y del alma ó se han de impedir sus aumentos, sino tambien cuando aquella no es conforme al órden natural de las cosas, y á las perfecciones de Dios que nos son conocidas.

43. La razon no puede sacar las reglas de las costumbres de los efectos accidentales, por que no son suficientes para determinar la voluntad, y únicamente sirven

de punto de apoyo á los motivos comprendidos en los efectos necesarios.

44. Sucede á las veces que nuestras acciones nos hacen experimentar un placer en la actualidad, ó que en repetidas ocasiones han producido este mismo efecto, sin ser fácil entonces descubrir por sola la ayuda de la razon las semillas que en ellas puede haber de bienes ó males para lo sucesivo. En este caso muchos, para ahorrarse el trabajo de estudiar los caracteres distintivos del bien y del mal y de buscarlos en los efectos constantemente enlazados en las mismas acciones (40) y en la conveniencia de estas con la naturaleza humana, (42) prefieren atenerse precisamente á la autoridad de los que pasan por mas sábios, y mas versados en el conocimiento del hombre, y cuentan sobre todo los votos de las naciones, principalmente de las mas civilizadas. Pero la felicidad depende de la realidad de las cosas, y de ningun modo de la opinion de

los hombres (13) por numerosa, y acreditada que sea. Hemos visto (35) como estos pueden engañarse desde muy luego, y engañar á sus semejantes de modo que lleguen á ser nacionales, y hereditarios los errores que en su principio solo fueron adoptados por un reducido número de personas. Son tantas las sociedades, no solo selvages sino civilizadas, que se han extraviado notablemente de la verdad en sus máximas de moral, que no hay doctrina que no pueda ser autorizada con el voto de algun pueblo, por muy opuesta que parezca á nuestra felicidad. No es esto afirmar que desdiga de la razon hacer caso, y dar un cierto crédito al testimonio de las naciones, si solo advertir el peligro, y aún el efectivo perjuicio que hay en seguir ciegamente el parecer de los hombres sugetos al error en un punto del cual precisamente depende la felicidad de la especie.

45. Muchos piensan que la providencia que ha puesto en todos los hombres el de-

seo de la felicidad, les ha dado para distinguir el bien del mal una facultad diferente de la razon, la cual supla la fuerza que á esta falte hasta llegar á su madurez, y compense la desigualdad de penetracion que se advierte entre los séres racionales. Estos filósofos suponen que por medio de una tal facultad el espíritu, al momento mismo que se forma la idea de las principales acciones, distingue exactamente las que le convienen de las que le son contrarias, sin buscar la razon que le hace aprobar las unas, y desechar las otras, y sin estar en disposicion de poder señalarla; asegurando solo que es tan imposible resistir á la evidencia de este sentido interno como al sentimiento de lo verdadero, del cual está poseida el alma con respecto á los primeros principios de los conocimientos humanos, ó al sentido íntimo por el cual ella siente que existe y que es distinta de todos los demas séres.

46. La experiencia prueba incostestable-

mente que existe esta facultad de discernir los principios fundamentales del bien y del mal, sin representarse claramente los caracteres que los distinguen. Esta guia natural de nuestra felicidad se llama con razon *sentido moral* causa de su objeto que son las acciones morales cuya idea produce en el alma una impresion gustosa ó desagradable.

47. A este sentido moral podrian acaso referirse las tres fuentes de las reglas morales, á saber el respeto que naturalmente se tiene á todo ser inteligente, dotado de grandes cualidades en el uso de las cuales no se advierte mezcla alguna de debilidad; el placer que nos hace experimentar la belleza moral, y el interes que tomamos por los séres buenos juntamente con el amor que nos inspiran.

48. Hemos visto los medios que la providencia nos proporciona para ponernos en estado de discernir lo que nos es útil de lo que puede perjudicarnos, y si mas

lo examinamos hallarémos que en el instinto, y sobre todo en la conciencia, nos ha dado aquella un principio activo para excitarnos á obrar conformes á nuestra felicidad.

49. El instinto natural comun á todos los hombres (33) es muy diferente de las inclinaciones que se nos han hecho como naturales por el hábito. El egerce su fuerza no solo en la infancia, sino en todo el curso de la vida, suprime su deliberacion en los acontecimientos imprevistos, en que es preciso decidirse inmediatamente aunque sea con algun riesgo; pero se manifiesta necesario en las grandes agitaciones del alma, en las cuales despliega toda su actividad.

El placer llamado por los filósofos modernos *el sentimiento de la perfeccion*, llevado á un cierto grado, no es otra cosa que la percepcion de una mudanza que concuerda bastante con el instinto.

50. La fuerza del instinto no es tal que

no pueda ser disminuida, ó animada por el poder de la razon segun las reglas morales: no causa el mas mínimo perjuicio á la libertad que tiene el espíritu de reflexionar sobre los buenos ó malos efectos de las acciones, y de preveerlos para llegar á determinarse.

51. La misma oposicion que se advierte entre nuestras diversas inclinaciones es muy oportuna para que la razon pueda dominarlas todas mas fácilmente. La compasion sirve de contrapeso al instinto, en el caso en que la defensa de nosotros mismos está á punto de degenerar en el furor de una venganza destructiva.

52. Todas las facultades del alma estan unidas por su misma naturaleza. Si el enpíritu las separa por el pensamiento, es para conocerlas mas claramente por medio de la reflexion sobre cada una de ellas. Asi el instinto, y la razon se hallan muy lejos de ser fuerzas opuestas, estan unidas, y destinadas para obras de comun acuer-

do conforme á los designios de la naturaleza, la cual para prevenir los errores peligrosos del primero, fundado solo en unos rápidos movimientos (33), le ha acompañado de la antorcha de la razon, y para excitar á esta á la investigacion de nuestros deberes, é inclinar la voluntad á su cumplimiento la ha enlazado con la actividad del instinto.

53. La palabra *conciencia* tiene muchas significaciones que se expondrán mas adelante. Aquí la consideramos como una fuerza que conduce al alma á examinar sus acciones libres, y compararlas con las reglas de su felicidad. (24) Inmediatamente que ella vé que son conformes experimenta placer; cuando advierte que la son contrarias al instante siente dolor, y aún arrepentimiento. (41) Cualquiera que entre dentro de sí mismo á profundizar con un poco de cuidado su conducta, conocerá que la conciencia pertenece esencialmente al alma, mal que les pese á algu-

nos atolondrados contemporaneos que la consideran como efecto de la educacion, y aunque nos tengan por idiotas aquellos entes, sublímes por cierto, que aseguran hallarse solo á fuerza de la reflexion.

54. El mayor, y mas duradero de todos los placeres es el que experimenta el alma á la vista de la armonía de sus buenas acciones. Lo mismo á proporcion debe decirse del dolor que nos hacen sentir las malas. Es sobre todo indeciblemente atormentado aquel que sufre males intensos, y los teme aún mayores, sin tener á quien imputarlos sino solo á sí mismo.

55. Algunas veces parece que está la conciencia como dormida, porque el espíritu se encuentra demasiadamente ofuscado por la diversidad de sus pensamientos; pero jamás estará en poder del hombre ahogar enteramente su voz, y mucho menos el llegar á destruirla.

SECCION TERCERA.

De los oficios que nos debemos á nosotros mismos para conseguir la felicidad.

56. Hemos visto que Dios nos ha dado un vivo deseo de la felicidad, que ha determinado el camino cierto que conduce á ella, últimamente que ha puesto en nuestras manos los medios de que tenemos necesidad para poder conocerla. Guiados por estos principios procurarémos ahora descubrir, y exponer con órden las reglas de nuestra felicidad. Una constante observacion nos enseña que el hombre que acaba de nacer, y que ignora aún lo que debe á Dios y á sus semejantes, se ocupa desde luego por el mero impulso de la naturaleza en el cuidado de su propia conservacion. Esta es la causa de considerar en primer lugar al hombre en sí mismo, elevándonos sucesivamente por los lazos indisolubles que le unen con sus semejantes hasta la contemplacion de las dulces

relaciones de absoluta y amorosa dependencia que tiene con el mismo criador del universo.

57. Cuando el hombre se considera solo, limitando sus reflexiones á su existencia individual desea la conservacion de su ser, una existencia agradable, y una mejor vida cuando la naturaleza le obligue á dejar la presente. Pongamos pues órden en sus acciones, no sea que él mismo sirva de obstáculo á su felicidad.

58. El hombre ama su existencia, y mira con tal horror su destruccion que aparta de sí con la mayor eficacia todo cuanto puede ocasionarla. La razon, considerando la fuerza de este instinto que vela en la conservacion y en la defensa de nuestro ser, descubre los sábios designios de la naturaleza, que jamás permite nazca en el hombre el disgusto de la vida por largas y crueles que sean las penas á que esté expuesto en la mas dilatada duracion

de sus dias. Descubre ademas que la union continuada del alma y del cuerpo es el fundamento de la felicidad presente, y en cierto modo el principio de la bienaventuranza futura, y asi infiere rectamente que debemos procurar la conservacion de nuestra existencia.

59. Algunos espíritus poco profundos, y almas nimiamente débiles han proyectado establecer la opinion del suicidio, negando todo otro remedio á los males que á primera vista se presentan insoportables en la vida. Por libertarse de un mal presente, acaso imaginario pero que nunca puede estar destituido de algun consuelo (25), se expone el suicida al peligro cierto de un mal nuevo, mayor, y mas duradero; puesto que consiste en un estado perpetuamente infeliz despues de la muerte. Si imagina que los males de la vida no pueden ser sobrellevados mas largo tiempo, rectificando sus ideas, encontrará mudanzas tan frecuentes como inesperadas,

que en un instante le libren, ó almenos le suavicen en gran manera sus penas. Si desesperado por la crueldad de su suerte llega á serle odiosa su existencia en términos de no prometerse consuelo sino en una muerte temprana, se lisongea neciamente de ahogar en su alma todo sentimiento con el fin que pone á su ser (16.) Ultimamente, si espera que una muerte violenta y precipitada es capaz determinar los dolores causados por los remordimientos de la conciencia, ó por una enfermedad incurable, suponiendo que la haya; dá á entender que él cree que la bondad de Dios ha entregado á manos del hombre una suerte feliz y envidiable en cuya posesion pueden entrar desde luego cuando les parezca todos aquellos que se hallan cansados de vivir.

El suicidio que destruye el sistema natural de nuestra felicidad, exponiéndole al capricho de la vaga opinion, y de la negra melancolía; el suicidio que

trastorna la armonía que reyna en la naturaleza; el suicidio en fin que atenta la misma sabiduría del criador del universo; este delirio, digo, que no puede sostenerse sin echar por tierra las relaciones sociales primitivas ¿como intentará ser defendido por un espíritu verdaderamente religioso?

60. Hemos dicho que el hombre no solo ama la vida, sino que desea tambien una existencia agradable. Para esto es menester cuide debidamente de su cuerpo. A medida que vá internándose en la carrera de la vida, halla en la dulzura de la salud, en la desazon de las enfermedades y en las infinitas ventajas que le procura su fuerza física, otros tantos motivos poderosos que le obligan á continuar en el cumplimiento de este deber. Los sentidos, la imaginacion, la memoria, la fuerza ó la debilidad de nuestra inteligencia ó de nuestras pasiones, dependen infinitamente del estado

del cuerpo, ya habitual, ya pasajero. El alma pues debe ocuparse necesariamente en conservar y aumentar la integridad, la salud, y las fuerzas de la máquina á que está unida, si quiere evitar los obstáculos que ella misma pondría en otro caso al acrecentamiento de sus facultades, y al goce de los verdaderos placeres.

61. De aquí se sigue, que abandonan el camino de la felicidad los que tratando al cuerpo como una cosa vil, y considerándole solo como la prision del alma, le desprecian, le maltratan, y le atormentan por medios inventados precisamente para debilitar sus fuerzas en lugar de fortalecerlas.

No hay bien ninguno cuya esperanza pueda justificar la destruccion conocida de un cuerpo sano y robusto; el que juzga valer mas por este medio, se equivoca considerablemente. Los que asi quieren prepararse para sobrellevar con paciencia los golpes de la suerte, eligen un mal cierto para evitar otro, que no es seguro.

Ultimamente, los que juzgan que por semejante conducta se hacen mas santos y mas aceptos á los ojos de Dios, injurian á la divinidad, intentando persuadir, le son gratos unos medios contrarios á sus designios, que por la constitucion de la naturaleza del hombre nos son conocidos. (19)

T. »*En nada contrarian estos principios bien entendidos las maceraciones permitidas por la ley evangélica. Sus ministros prudentes é ilustrados jamás consienten poner á sus dirigidos en el conflicto que nunca puede existir entre los deberes individuales y los preceptos, cuanto menos los consejos de la ley de gracia: ellos conocen muy bien la solidez con que uno de los mas venerables místicos aconsejaba el ayuno de los pasatiempos mas inocentes y la maceracion de la lengua, prefiriéndolo á las físicas mortificaciones no pocas veces expuestas á graves inconvenientes, segun el distinto temple de las naturalezas.*«

62. El alma tiene necesidad de las fuerzas del cuerpo para aumentar y hacer buen uso de las suyas propias (60); de donde concluye la razon que tan conveniente es al hombre el trabajo como le es contraria la ociosidad. La naturaleza misma nos aleja de la inaccion, inspirándonos aquella actividad que adquiere las fuerzas del cuerpo, y las aumenta por el egercicio. En los niños mismos se hace sentir con gran viveza esta disposicion que fortifica la esperanza bien fundada de sus felices resultados. El placer de ver lo que pueden nuestras fuerzas no solo nos indemniza de la pena que nos ha causado el trabajo, sino que es un motivo poderoso para volver á emprenderle de nuevo. Tan cierto es que la ociosidad repugna á la naturaleza, y que no puede tener su orígen sino en la debilidad del cuerpo, en la educacion, en el egemplo, y algunas veces en el orgullo mas despreciable. Lamentable desgracia por cierto es el verla identificada, por de-

cirlo asi, con no pocos, por la fuerza del hábito.

63. El hombre tiene relaciones naturales con las diferentes cosas que existen fuera de él, las que necesita poseer y emplear, tanto para conservar la vida, como para procurarse diferentes especies de verdaderos placeres. Todas estas cosas exteriores, consideradas como propias para este uso, merecen por toda razon el nombre de bienes. Algunos pretenden que no deben llamarse bienes aquellas cosas, cuya privacion no es incompatible con la felicidad; pero ya hemos visto que esta contiene partes accesorias y pasajeras, que añadidas ó quitadas aumentan, ó disminuyen su cuantidad (7, y 14.)

64. El precio intrínseco de estos bienes debe nivelarse por la relacion que tienen con la felicidad del que los desea ó los posee, juzgándose en consecuencia como y cuan conforme puede ser á la naturaleza el procurar adquirirlos ó conservarlos.

Es preciso advertir que hay dos especies de verdaderas necesidades, las absolutas ó físicas, y las hipotéticas ó relativas. Estas son particulares á algunas clases de la sociedad y producidas por la situacion accidental en que algunos hombres se encuentran, la cual les pone en precision de usar de ciertas cosas, de que otros pueden estar privados sin que se disminuya su felicidad, ni la del público, al paso mismo que ámbas se disminuirian si aquellos se desentendiesen de su uso. Las necesidades absolutas son comunes á todos los hombres, y no se extienden mas que á las cosas que interesan esencialmente á la vida, á la salud, y á las fuerzas físicas y morales. Los grados de las necesidades absolutas estan sin duda alguna en razon directa de los males que su privacion ocasiona.

65. La vida de las tribus errantes, sobre todo las septentrionales, y la de las últimas clases del pueblo en todas las na-

ciones convencen de lo poco con que se contenta la naturaleza, y de los estrechos límites á que estan reducidas las necesidades absolutas. Pero la primera educacion, el egemplo, y el hábito dilatan aquellos en las grandes sociedades, extendiéndo de este modo los deseos de los hombres mucho mas allá de los términos que les ha prescrito la naturaleza; llegando á creer estos sin fin, una vez contraido el hábito de poseer ó envidiar la suerte de los que poseen muchas cosas, cada una de las cuales hace experimentar un placer. El hombre en la determinacion (2) de sus necesidades empieza ordinariamente por hacerse esclavo de otro, y en lo sucesivo llega á serlo de sí mismo. De este modo se acostumbra á dar valor á bienes poco necesarios, cuya posesion no le hace feliz, pero el verse privado de los cuales le constituye en cierto modo desgraciado.

Ya es fácil comprender porque los hombres estan, no acordes entre sí en las

ideas que se forman de las necesidades, y porque en este particular un hombre mismo obra tan diversamente segun las distintas épocas de su vida.

66. Algunos filósofos han creido hallar la causa del mal en una inclinacion demasiado decidida por los placeres de los sentidos: las necesidades cuyo fundamento estriva solo en el egemplo y el hábito (65) y que agitan nuestra alma por deseos y temores reproducidos sin cesar por la imaginacion, les han persuadido que debian desterrar todos aquellos placeres del plan de nuestra felicidad ¿ deberémos nosotros por esto desecharlos como perjudiciales, y no dar sino poco ó acaso ningun valor á los objetos que los producen? á la verdad no se puede decir que vive el que sigue el egemplo del Escita Anacarsis cuando rehusó admitir los presentes de Hannon y le respondió en estos términos: »mi vestido es el que usan todos los Escitas, »los callos de mis pies me sirven de cal-

»zado, la tierra es mi cama y el apetito »la salsa de mis manjares: yo me alimen»to de leche, de queso, y cosas semejan»tes.»

67. Los placeres de los sentidos no deben reputarse falsos porque sean de corta duracion, porque sean uniformes y como tales lleguen á hacerse insípidos, ni menos por que pasen con la edad (9.) Si es cierto que algunas veces nos degradan de nuestra noble naturaleza, no por esto se ha de creer que causan este mal sobre todo el mundo, puesto que es evidente no ser aquel jamás su efecto necesario. Es innegable que el alma tiene necesidad de ellos para conservar y perfeccionar sus facultades. La naturaleza ofrece sus bienes á los hombres, y estos estan dotados no menos del deseo que de la facultad de disfrutarlos. Querer violentarse hasta el punto de menospreciar absolutamente todo cuanto agrada á los sentidos, es menospreciar los presentes de la naturaleza siempre benéfi-

ca, que constantemente se ocupa en la felicidad del género humano. (20)

68. Los placeres de que se compone la miserable vida de los voluptuosos afeminados son verdaderamente perjudiciales, porque enervan el cuerpo y el alma á un mismo tiempo. Casi tan dañosos llegan á hacerse los mas inocentes cuando el que los disfruta llega á formarse de ellos una necesidad tan indispensable y absoluta, que perdiendo enteramente el gusto de los demas, se cree desgraciado si se le priva por un solo momento de los placeres de los sentidos. (65.) El alma desatiende en un todo los bienes mas considerables, y aún llega á considerar serla molesta su existencia, cuando se entrega únicamente á placeres menos dignos, que por largo tiempo la han ocupado. Este disgusto de sí misma es á las veces momentaneo, cuando el voluptuoso siente un cierto vacio que le aleja de sí durante el intervalo que separa los nuevos placeres de los que aca-

ba de disfrutar, y puede llamarse perpetuo cuando la edad que entorpece los sentidos le constituye inhábil para las sensaciones, de las que no le queda ya sino una triste y lánguida memoria.

69. Nadie puede llamarse feliz porque disfrute particulares fuerzas físicas y abundancia de bienes, aunque de estos haga el uso mas racional. Los bienes son cosas perecederas, y las fuerzas del cuerpo son frágiles, y estan expuestas á mil accidentes. El alma no puede fundar esperanza cierta de un placer duradero en ninguna de cuantas cosas existen fuera de ella, dentro de sí misma solo es donde podrá hallar una fuente inagotable de verdaderos placeres.

70. Para conseguirlo nada mas tiene que hacer que seguir el camino que le demuestra la naturaleza: esta le ha inspirado el deseo de conocer, deseo que no la desampara durante todo el curso de la vida, bien que se manifieste mucho mas vivo en los ni-

fios porque su entendimiento, semejante á una tabla rasa, tiene necesidad de adquirir prontamente y de unir con exactitud el mayor número posible de ideas. El descubrimiento y la adquisicion de la verdad, y sobre todo la clara evidencia de la relacion que hay entre los diversos objetos, nos hacen experimentar una satisfaccion tan sensible y tan duradera, elevan ademas en tales términos nuestra alma haciéndola conocer el sentimiento de su dignidad, que la naturaleza, al mismo tiempo que ofrece al hombre frutos tan agradables de su aplicacion, le hace comprender claramente que estos placeres forman una parte del sistema natural de su felicidad. (29.)

71. Si se reflexiona sobre estos impulsos de la naturaleza y sobre los males producidos por la ignorancia y por el error, la razon se verá precisada á concluir que el alma debe trabajar no menos en perfeccionar sus facultades que en hacer uso

de estas para adquirir el mayor fondo que le sea posible de conocimientos útiles. El alma perfecciona sus facultades cuando adquiere la facilidad de emplearlas únicamente en los objetos á que estan destinadas. En otro caso manifiesta en cierto modo que las ha dejado corromper, y es ya decidida su debilidad cuando aquellas, solo venciendo inconvenientes, se prestan á ser empleadas legítimamente.

72. Los conocimientos útiles, cuya adquisicion debe procurar el alma que quiere su felicidad (71), son aquellos qué pueden servir para alejar de todo ó almenos suavizar los malés de la vida; los que pueden aumentar sus bienes y sobre todo aquellos cuyos frutos durables se extienden mas allá del sepulcro. Asi el valor de los conocimientos útiles debe medirse por lo apreciable de los bienes cuyo goce nos proporcionan.

73. Guiados por estos principios conocerémos el verdadero precio de las artes

y de las ciencias. Unas y otras por cierto son á propósito para perfeccionar las facultades del alma, y nos procuran un fondo considerable de conocimientos útiles y agradables. No por esto se ha de creer que los pueblos privados de conocimientos son feroces é insociables: la vida pastoril, la meramente agricultora, la errante de los pueblos cazadores no es una vida enteramente *animal*: acaso la ignorancia del mal es frecuentemente mas ventajosa á estas naciones que útil el conocimiento del bien á los orgullosos pueblos civilizados. Sin embargo es preciso convenir en lo menos expuesto que está un espíritu cultivado á los males producidos por la ignorancia, y por el error mayormente.

74. Pero ni el mas grande talento, ni la instruccion mas profunda hacen feliz al hombre que no tiene imperio sobre sí mismo: la felicidad depende de una fuerza de espíritu bien diferente de aquellas

cualidades: la experiencia acredita que ningun conocimiento, por verdadero y distinto que sea, incluso el del bien y el del mal, es eficaz ó bastante fuerte para determinar constantemente al alma á obrar con arreglo á sus luces. Cuando la pasion aconseja una cosa y la razon otra distinta, sucede frecuentemente que vence la primera. El alma en este caso impelida por motivos contrarios, se determina como apesar suyo, y con un placer mezclado de dolor (5) por lo que se la presenta mas agradable, aunque sepa que le ha de ocasionar efectos perjudiciales. Nadie ignora los furores de Medea, y harto conocidas son las irresoluciones de Mirra. ¿Cuál es la causa de tamaño mal? ¿Cuál será su remedio?

75. La causa próxima del mal es el error; porque abrazamos los bienes falsos en el concepto de verdaderos (9. 10.) ó nos alejamos de un mal imaginario que en la realidad es un bien, ó nos engaña-

mos en la medida del bien ó del mal, tomando por menor el que es de mayor consideracion.

76. Estas especies de errores tienen su orígen, unas veces en la ignorancia de las verdaderas reglas de la felicidad (24), cuyo remedio ya queda prevenido (71), otras en la debilidad de la voluntad. Semejante debilidad se verifica siempre que el alma experimenta demasiada dificultad para apartar de sí los pensamientos que pueden distraerla, é impedirla ocuparse en preveer los efectos de sus acciones, y ponerlos en una justa balanza para determinarse por ideas claras solamente.

77. La razon y la experiencia nos dan á entender que las causas de esta debilidad son próximas ó remotas. La mas próxima es el sentimiento vivo de un efecto agradable inmediatamente producido por la accion, el cual desecha en un todo el pensamiento de un efecto desagradable, pero distante, ó que almenos le quita toda la

fuerza que podria tener para determinarnos. El impulso que determina á la voluntad se aumenta en razon de la rapidez con que el alma puede estimar el bien y el mal segun los principios establecidos (7. 8.)

Supongamos dos males, uno grande y próximo; otro mayor aún, pero distante. El alma vé en el primero una relacion mas presente con su estado actual, al paso mismo que considera el último menos cierto, y que no le toca tan de cerca: por otra parte la idea de la posibilidad de los varios acontecimientos que pueden impedirle, la dá una especie de confianza que en realidad es inevitable. Entonces ya no se ocupa mas que en alejar de sí el mal inminente de que se vé amenazada, y creyendo los males próximos como ya efectivamente presentes segun la mayor ó menor prontitud y viveza de la imaginacion en presentárselos como tales, al punto con cierto presentimiento la determina á esperar un mal distante para li-

bertarse de la inquietud, que en la actualidad la atormenta.

78. Siendo el conocimiento tanto mas eficaz cuanto menos tiempo necesita el alma para ver los motivos que tiene de obrar, (17) es claro que cuando aquel es distinto debe tener menos fuerza para determinar nuestra voluntad. La larga atencion que es necesaria para considerar sucesivamente todos los efectos de nuestras acciones, tanto los próximos como los mas distantes, y el lento analisis que debe hacerse de cada uno de ellos, precisamente han de debilitar su impresion: puede muy bien suceder que un conocimiento sumamente distinto deje de ser eficaz.

Para prevenir este inconveniente debemos acostumbrarnos á poner tanta atencion en los efectos remotos, como en los mas inmediatos, formándonos de ellos una idea tan viva como si estubieran presentes en la realidad. Es necesaria á nuestra alma la vista intuitiva; permítaseme

esta expresion: sus conocimientos no tendrán fuerza alguna, si olvidando representarse distintamente las cosas, solo se fija en las palabras que las significan. Un juez que quiere inspirar á un testigo el respeto debido al juramento, no se contenta con amenazarle en general con la cólera de Dios sobre los perjuros: él le demuestra que su rayo omnipotente empieza á castigarlos aún en esta vida, y para dar mas fuerza á sus discursos, pone á su vista imágenes espantosas de todos los males que le anuncia, de modo que se vé en algun modo obligado á mirarlos como inevitables.

79. Las causas distantes de la debilidad de nuestra libertad son el carácter natural, las propensiones dominantes, y las conmociones vivas del alma, á las que damos el nombre de pasiones.

El primero, que sin duda alguna depende del temperamento, no es otra cosa sino la proporcion natural de los ins-

tintos naturales. Asi justamente se atribuye en parte á la organizacion, que nunca es exactamente la misma en todos los hombres, pero él jamás podrá destruir la libertad (50) sea cual fuere su fuerza.

80. *Las propensiones dominantes* nacen del hábito de preferir constantemente una cierta clase de objetos agradables á todos los demas. De aquí es aquella prontitud del alma en comparar los placeres que se la presentan de nuevo con los únicos que está acostumbrada á sentir, admitiendo, ó desechando los primeros, segun que son conformes ú opuestos los últimos, y apartando su atencion de todo lo que no tiene ninguna relacion, ó que cuando mas dice una muy lejana con aquella que es su propension dominante. Los efectos de este proceder son suspender la actividad del alma, impedirla que dé á cada cosa su verdadero precio, y avasallarla de tal manera que ya no juzgue mas del bien, ni del mal, sino con respeto á las afeccio-

nes que han echado en ella tan profundas raices. Es casi moralmente imposible remediar esta esclavitud, una vez verificada: el medio mas á propósito para prevenir sus progresos es el ocuparse viva, y constantemente en el conocimiento de los males que ocasiona, y el formarse un hábito de privacion de toda clase de placeres que con ella tengan relacion, por legítimos que nos parezcan.

81. Se conviene casi generalmente en dar el nombre de *pasiones* á aquellos sentimientos extremados de deseo ó de aversion hácia algun objeto vivamente representado al espíritu. Muchos filósofos, principalmente entre los antiguos, los han considerado siempre como una turbacion del alma, y por consiguiente los han colocado entre los vicios; pero en esto han padecido una grande equivocacion. Si la investigacion de la verdad no es un mal, aunque exija tan penosa atencion de espíritu que el alma necesite reparar sus fuerzas,

algun tanto fatigadas; si el trabajo corporal nada contraria á la naturaleza apesar del cansancio que se le sigue; ¿porqué se ha de tener por opuesto á la felicidad el ardor con que el alma se mueve hácia algun bien segun su valor en el ínterin es proporcionado á su excelencia, y dirigido por un conocimiento verdadero, bien que algun tanto confuso, de sus cualidades?

82. Asi es que las pasiones solo deben ser tenidas por perjudiciales, cuando nos conducen á buscar lo que debiamos huir, y á huir lo que debiamos buscar, ó cuando dan al alma y al cuerpo un movimiento tan violento que sus consecuencias son mas para temer, que apetecibles los bienes que forman su objeto. (75)

83. Para evitar las pasiones que nacen de nuestros falsos juicios acerca del bien, y del mal, es necesario rectificar nuestras ideas. Huir la presencia de los objetos que serian capaces de conmover el alma, y aún

de cegarla, solo es un remedio paliativo, del que acaso no podemos echar mano en las mas críticas ocasiones.

Para contener en sus justos límites las pasiones, cuyo objeto es legítimo, debemos examinar las causas próximas y remotas de su violencia, y procurar refrenarlas. Las primeras dependen ó del estado en que se halla el cuerpo en el momento en que se escita la pasion, ó de la asociacion rápida de muchas ideas semejantes, que presentadas de una vez adquieren por su reunion una fuerza tal, que hacen saltar con violencia la pasion soberanamente exaltada. Las principales causas remotas son las inclinaciones dominantes (80) y la repeticion frecuente de unas mismas conmociones que si llegan á ser habituales, causan la imposibilidad moral de resistir á la pasion naciente, manifiesta ya en este caso en el semblante de aquel á quien arrastra con señales bastante seguras, cuyo estudio es la ocupacion de

los fisonomistas.

84. La libertad (50) se llama *libertad moral* cuando se halla desembarazada de todos los obstáculos que pueden oponerse á su actividad. No pasa de su primer grado en el ínterin solo se ocupa en conocer las causas que pueden debilitarla, ó en alejar de sí los obstáculos que pueden oponerse á sus adelantamientos: crece á proporcion que pierden de su energía estas mismas causas, y llega á su mayor perfeccion cuando merece con toda justicia el renombre de *fuerza del alma*, cuyos principales efectos son la victoria sobre sí mismo, el valor, y la paciencia.

85. Puede asegurarse que el hombre ha llegado á vencerse á sí mismo cuando para procurarse un mayor bien en un futuro remoto, renuncia sin sentimiento, y sin grandes esfuerzos, objetos que prometen grandes placeres que tienen la mayor relacion con sus propensiones dominantes. Si el mayor bien al que sacrificamos

nuestras inclinaciones, causa directamente la felicidad de nuestros semejantes, y solo indirectamente la nuestra, la victoria entonces es mucho mas noble que en el caso opuesto; pero sea cual fuere esta, la serenidad que produce en el alma, la esperanza fundada de que serémos indemnizados de nuestras pérdidas, el respeto interior de que se sienten penetrados á la vista de semejante carácter todos los espectadores, aún los mas envidiosos, (42) todo prueba en ella la verdad de esta máxima, *para ser feliz es preciso vencerse á sí mismo.*

86. La naturaleza que nos inspira aversion al dolor, principalmente á los dolores vivos, no excluye, antes bien manda el consentimiento de nuestra razon á todos aquellos que nos evitan otros mayores, porque entonces el sentimiento del mayor mal que se espera ahoga el dolor del menor que en la actualidad se experimenta. Penetrados de todas las ideas que pue-

den inspirar, conservar y fortificar el miedo del mas temible, á buen seguro que siempre hárémos eleccion del menos considerable, porque llegará nuestra alma á convencerse plenamente de que no la queda lugar á la eleccion.

87. La pronta determinacion del hombre en semejantes casos constituye su *valor*. En él se halla aquella fuerza de alma (84) á la cual toca menospreciar, sin detenerse de modo alguno, los males de que se vé próximamente amenazada, con la única mira de substraerse de otros realmente mayores, aunque distantes. Este es el carácter que le distingue de la *temeridad* que oculta el peligro, y de la estupidez que produce un ciego arrojo que no puede ser justificado por los mas felices sucesos.

De aquí se infiere que el valor está enlazado con el deseo de la felicidad, puesto que es su efecto libertarnos de males mayores que aquellos á que nos expone, y

mostrarnos la carrera de los bienes que debemos preferir. Tambien se colige la justicia con que se atrae el respeto de todos los hombres, porque supone una gran fuerza en el alma.

Es fácil animar, y aumentar el valor sin exponer continuamente los hombres al peligro, y sin tenerlos, por decirlo así, en el hábito de los riesgos. En una república militar por egemplo, es posible conservar el valor del soldado, aún cuando no haya guerras continuas, substituyendo á los combates los medios que hacen sentir vivamente que la timidez, y la cobardía son seguidas de los males mas inevitables, y de mayor consideracion. De este modo puede curarse la timidez por la reflexion, la educacion, y el egercicio.

88. Los males que sufrimos nos oprimen tanto mas cuanto menos verosímil juzgamos su cesacion. Esto sucede siempre que ignoramos su causa, ó cuando sabiéndola nos vemos absolutamente privados de

facultades para poder apartarla de nosotros. Ocupados entonces únicamente de aquellos males, y con el pensamiento de que no tendrán fin, nos rendimos al dolor, de modo que damos lugar á que la imaginacion reuna todas las ideas accesorias que puedan agriar mas, y mas el sentimiento que nos abate. Asi progresivamente se vá apoderando del alma una cruel tristeza llegando en fin á persuadirnos que debe desearse la no existencia, puesto que la vida no nos proporciona el mas mínimo grado de felicidad. Pero esta melancolía no es producida por una necesidad física, sino por el equivocado y defectuoso uso que el hombre hace de su libertad.

El remedio menos natural contra el exceso de la aflicion es procurar hacerle inflexible al dolor. Una tal vida, ó como la llaman los antiguos, una vida de un solo color no tendria ningun sabor: fuera de que el alma, una vez endurecida, es tan poco á propósito para recobrar su

sensibilidad, como un enfermo para volver á su antiguo vigor perdido por el letargo que él mismo se ha procurado

89. Sofocar el sentimiento del mal en los brazos del deleite es lo mismo que tragar un veneno agradable, que le ha de agriar infaliblemente. El alma puede hallar en sí misma algunos alivios, aún prescindiendo de los consuelos que proporciona la religion, y de los recursos que ofrece el tiempo que calma todos los dolores. Es preciso preveer los males, estudiar el arte de olvidar lo pasado, y procurarse muchas causas de placer que puedan reemplazar todas cuantas lleguen á faltarnos.

Cuando el alma oprimida por el dolor fija con viveza su atencion en los recursos que aún le quedan ó puede adquirir para procurarse placeres; cuando en este estado goza ó trabaja para gozar de estos placeres, entonces está dotada de una fuerza, y de un valor que se llama *paciencia*. La paciencia es el escudo que de-

bemos oponer á los tiros del dolor para quebrantar su violencia, porque es menor sin duda el pesar que produce el abatimiento en las aflicciones que el que resulta de la inquietud que le acompaña y del temor de que permanezca mucho tiempo con una viveza suficiente para borrar todo sentimiento agradable.

90. Los bienes y los males de esta vida dependen en gran parte del *acaso*. Entendemos por acaso la série de causas que concurren á la produccion de los acontecimientos humanos, en tanto que son desconocidas y superiores al poder de todos los hombres, ó almenos al de aquellos á quienes pueden ser ventajosas ó perjudiciales. Semejantes acontecimientos solo son fortuitos con relacion á nuestro conocimiento, y á nuestras fuerzas. Cuando queremos conocerlos por la divinacion y por la magia, intentamos un imposible, desconocemos la ventaja que hay en ignorarlos, y nos olvidamos de los muchos

grados de placer que pierde un bien largo tiempo aguardado, y cuanto se multiplica un mal previsto de antemano en razon del tiempo durante el cual se ha ocupado el alma con su presencia, siempre desagradable. A la verdad ha obrado con suma benignidad la divina providencia, ocultándonos lo futuro con un velo impenetrable para procurarnos asi las ventajas de los bienes imprevistos, y evitarnos las penas inseparables de la meditacion de los males que aguardamos con cobardía.

Hay un arte de gozar de lo presente el cual se funda en parte sobre la ignorancia de los acontecimientos futuros, ya sea de aquellos en los que nada podemos influir, ya de aquellos, que aún cuando pudiesemos preveer, nunca podríamos evitarlos sino en perjuicio nuestro.

La prudencia que extiende de algun modo su imperio sobre lo futuro, produce una dulce satisfaccion en el alma: ella seria útil al género humano, aún cuando

siempre desconcertasen nuestros proyectos aquellos acontecimientos á que nunca podrémos hacernos superiores.

91. El miedo de ser engañados por la fortuna, ó la esperanza de ser favorecidos por ella jamás debe ser el motivo principal de nuestras determinaciones (43). Nosotros no debemos detenernos por el temor de ver estrellarse nuestros designios contra acontecimientos fortuitos, dependientes de causas que no podemos ni preveer, ni evitar, (39) siempre que los efectos necesarios de nuestras acciones nos prometan un buen suceso y que sea verosímil que los accidentales se verificarán igualmente favorables. Por esta misma razon, la esperanza insensata de una feliz casualidad no debe empeñarnos en acciones cuyas consecuencias podemos temer con fundamento que nos han de ser algun tanto perjudiciales.

92. Ya es fácil conocer que juicio debe hacerse de una empresa dudosa, difícil,

arriesgada, cuyo suceso sin embargo es probable será seguido de grandes bienes. Los motivos que legítimamente pueden determinarnos á aventurar nuestro proceder en semejante caso son en razon compuesta de la verosimilitud del suceso, de lo grande de los placeres que nos prometemos si bien nos sale, y de los pocos males que pueden resultar sea cual fuere su suceso. Conduciéndonos por estos principios jamás tendrémos que arrepentirnos de una conducta, contra la cual se haya declarado la fortuna.

Sucede á las veces que el hombre se halla sin cesar burlado por la suerte en las empresas mas justas, y bien concertadas. Entonces es propio de un alma fuerte conservar la paciencia, (89) y la firmeza, sobrellevar los males que es imposible remediar, suavizándolos por la prudencia, y por la esperanza de un futuro mas feliz, y aún continuar en hacer el bien. La fortuna á la verdad, haciéndonos experi-

mentar sus rigores, nos dá fuerzas contra ella misma. Entonces dilata los resortes de nuestra alma, y nos impele á hacer mayores esfuerzos para sacarnos de una situacion penosa, y para convertir en ventaja nuestra los sucesos mas sensibles. Por el contrario los placeres de que se presenta acompañada una felicidad continua nos afeminan en términos de relajar los resortes de nuestra alma de tal modo, que hallándonos la adversidad sin recurso en medio de la embriaguez y seguridad en que nos sumergen los favores de la fortuna, no sabemos oponerla mas defensa que un eterno arrepentimiento. Por eso es tan difícil conservar la fuerza del alma en el seno de la prosperidad, y por eso tambien el que la conserva muestra tanto la extension de su libertad (84). Feliz por cierto aquel que sabe plegar á propósito las velas de su espíritu al viento de la fortuna que continúa en serle favorable. La historia nos presenta muchos

generales á quienes há sido mas fácil reparar sus derrotas que sacar un partido racional de las victorias que han conseguido.

94. La muerte, término necesario de todos los hombres, es el mas cierto de los acontecimientos fortuitos: ella solo es tal en razon de la incertidumbre del momento en que ha de suceder (90). El pensamiento de la muerte no puede menos de ser amargo para el hombre que halla tantos encantos inseparables de la vida. Sin embargo como no todo dolor es opuesto á la felicidad (13), como hay algunos que contribuyen á ella, aquellos por ejemplo que sirven para evitar otros mayores, ó para adquirir algun bien de mayor consideracion (61), es evidente que la muerte, considerada bájo este solo respecto, no siempre debe ser puesta en el número de los verdaderos males. El hombre no debe temer la muerte, y aún menos considerarla como la mas terrible de las des-

gracias, puesto que en unos pone fin á una vida que no podian jamás esperar afortunada, y que para muchos abre la puerta de otra que con razon pueden prometerse mas feliz.

95. Los hombres ordinariamente se hallan atormentados del temor de la muerte que es en ellos ó una inquietud habitual que los roe, ó un temor repentino nacido de la presencia del peligro, el cual les quita en un instante todo valor. El olvido que se afecta, evitando todo lo que puede recordar su triste memoria, es tan inútil para remediar la primera especie de temor, como débiles las armas que contra él han hallado en la supersticion, en el fraude, y en el hábito de los peligros muchos pueblos malamente alabados por algunos filósofos. Estos medios, que no pueden llamarse sino unas estratagemas, solo sirven para un cierto tiempo: la pusilanimidad sucede á la audacia en el instante mismo en que llega á disiparse

la ilusion.

El pensamiento vivo de los males inseparables de la cobardía nos hará menospreciar la muerte, y nos convencerá de insensatos siempre que nos hagamos indignos de vivir, considerando este proceder como un medio á propósito para conservar la vida. La conviccion de la inmortalidad del alma, una vida tal cual la desea todo hombre en sus últimos instantes y la firme esperanza de la felicidad futura, de la que hablarémos mas adelante, son remedios mas eficaces contra la inquietud de que se presenta acompañado el pensamiento de la muerte. Ya es fácil comprender, que las penas ocasionadas por semejante idea son meramente voluntarias, y que su único efecto es derramar la amargura sobre todos los momentos que preceden á la última hora. Por consiguiente, si queremos pasar una vida agradable aguardemos con una alma firme y bien dispuesta el tiempo en que se nos dé la

órden de dejar nuestro puesto en la tierra para pasar á otra habitacion verdaderamente apetecible.

96 Hasta ahora nos ha ocupado el hombre, aplicado á perfeccionar sus facultades y á usar debidamente de ellas para hacerse agradable la vida, que es lo que constituye el amor de sí mismo, el cual es verdadero, y por consiguiente bueno, si tiene por objeto solo facultades reales, cuya posesion no sea ilusoria. Por el contrario es un amor insensato, ó mas bien un odio de sí mismo, si se funda únicamente en facultades que no existen, ó se lisongea de poseer las que nunca ha llegado á adquirir.

97. Se aman muy poco los que desconfiando demasiado de sus propias fuerzas, temen emprender lo que estaria en su poder egecutar; pero se aman menos, por mejor decir, se aborrecen efectivamente, los que se exajeran á sí mismos las fuerzas que no tienen. El *orgullo*, vicio opues-

to á la modestia, y nacido de la imposibilidad de conocerse á sí mismo, cubre el espíritu de una ceguedad perniciosa, porque nos impide procurarnos el mérito que nos falta, haciéndonos olvidar los defectos que obscurecen algun tanto nuestras cualidades, por apreciables que sean. El orgulloso plenamente contento de sí se detiene en la carrera de la virtud, en la que nada le parece tiene ya que adelantar, siendo de este modo el mayor enemigo de sí mismo.

SECCION CUARTA.

De los deberes sociales: ventajas é inconvenientes de la sociedad.

98. Desde el momento mismo de su nacimiento se hallan los hombres enlazados en la sociedad sin conocer aún las ventajas que ésta les procura. Débiles, vacios de ideas, y desprovistos de alimentos, reciben el sustento de aquellos que son de mayor edad. Sus directores ó sus parien-

tes les enseñan á hablar, y con el uso de la palabra les proporcionan el de la razon.

El infante siente una repugnancia natural á la soledad. Un instinto secreto le conduce á observar, y á imitar á aquellos con quienes vive, principalmente á sus iguales comunicando con ellos sus placeres y sus pesares. El siente un cierto atractivo para hacerlo, se aplaude de haberlo egecutado, y se acostumbra á este proceder, como á una cosa necesaria.

Ya es bastante mas avanzada nuestra edad cuando comenzamos á conocer distintamente las grandes y numerosas ventajas que nos proporciona la sociedad. Entonces es cuando comparando la razon, los bienes y los males de los diversos estados, concluye evidentemente que el hombre viviendo lejos de la sociedad nunca puede ser tan feliz como si en ella permanece. La fuerza del instinto, la del hábito, el sentimiento de la utilidad, son en sumo grado superiores á los disgustos que

en ella experimentamos; y esta es la verdadera razon porque se ven tan pocos hombres que se determinen á separarse del comercio de sus semejantes. Es necesaria á la verdad la evidencia de un cierto trato con un ente muy superior para conseguir el ejemplo de los antiguos anacoretas.

99. Esta misma verdad se prueba por la analogía: (40) todo en este mundo está encadenado de tal modo que cada cosa presta un cierto socorro á todas las demas. La naturaleza pues, que jamás se desmiente, prueba por sola esta razon que por la condicion natural del género humano el hombre necesariamente debe vivir con sus semejantes.

La voluntad del criador se deja conocer por sus obras; asi la necesidad que tenemos los unos de los otros, junta al instinto secreto que casi involuntariamente nos une, hace ver evidentemente que Dios tuvo desde luego designio de unir á los hombres, y de repartirles una porcion deter-

minada de felicidad bájo la condicion indispensable de que se auxiliasen los unos á los otros.

100. Es pues absolutamente cierto que la vida selvage no conviene á la naturaleza humana, y que los hombres son expresamente hechos para vivir en sociedad, la cual con razon se dice que es natural puesto que es la naturaleza la que nos une con nuestros semejantes, de donde se sigue tambien que es Dios quien la ha establecido (29). Conocidos y extraños, negros y blancos, todos los hombres, por sola la circunstancia de serlo, estan naturalmente asociados del género humano.

101. Ahora resta ver si la naturaleza al mismo tiempo que ha puesto la sociedad en el número de nuestras necesidades, nos ha hecho á propósito para conservarla, es decir, si ella ha puesto en nosotros la disposicion necesariá para contribuir á la felicidad comun por la reunion de nuestras fuerzas con las de nuestros semej-

si por el contrario nuestros intereses, y por consiguiente nuestras pasiones chocan entre sí naturalmente, en términos que los hombres que viven en sociedad casi necesariamente hayan de ser tan malos y perversos, como nos los pinta el gran detractor de la humanidad Hobbes y sus felices secuaces.

A la verdad que, si hemos de creer esta aplaudida clase de filósofos, el hombre siempre es contrario á sí mismo: él tiene necesidad de la sociedad, él la desea, y no obstante procura destruirla, llevado solo por la malicia que le es natural. Privado del uso de la palabra, desnudo, desprovisto de todo, y deudor de su conservacion á la piedad de sus semejantes, cuando toma su primer puesto en la especie humana apenas ha adquirido fuerzas y el arte de servirse de ellas, apenas comienza á sentirsélas cuando en el mismo instante se manifiesta inhumano, malvado, envidioso, vengativo, cruel, arrogante, des-

confiado cuando se trata de su interes, y siempre intratable, á menos que fuerzas superiores no le hagan temblar, y le infundan un cierto respeto.

102. Pero abusa enormemente de los hechos todo el que se sirve de ellos para acusar á la humana naturaleza. El hombre nace con un *sentimiento de humanidad*, el cual engendra en nosotros mismos un cierto sentido interior que nos hace reconocer nuestra excelencia y superioridad sobre todos los séres animados, é inanimados. Una simpatía natural nos interesa en los bienes, y en los males de nuestros semejantes, haciendo que los sintamos con prontitud como si fuesen propios, y aún obligándonos á tomar parte en las penas y los placeres de cuantos vemos contentos ó afligidos.

El amor que nos inspira la idea de la bondad y de las acciones que esta ocasiona es un sentimiento del mismo género. Entiendo por *bondad* una disposicion ha-

bitual de buscar con anhelo, y un deseo de hallar efectivamente placer en aquello que contribuye á la ventaja real de los demas. Semejante idea debe tener un poderoso atractivo para nosotros: ella despierta nuestra atencion, la fija, y la seduce inocentemente, haciéndonos experimentar los sentimientos mas agradables, sin que el raciocinio pueda tener parte en semejantes efectos. La imágen de la bondad tiene tanta eficacia para atraernos como la de la malicia para disgustarnos. Un hombre dotado de un carácter bondoso agrada, aún á los que no le conocen.

Ademas de aquel sentimiento íntimo por el cual aprobamos lo que es útil á la sociedad, ó desaprobamos lo que la daña, hay aún otro motivo poderoso que nos impele á socorrer á nuestros semejantes, y es el solo placer de hacer bien sin otra alguna ventaja personal. El deseo de la propia felicidad, de que todos estamos ani-

mados, es el orígen de estos impulsos, y dependen de él con una grande subordinacion, digan lo que quieran algunos filósofos (12).

103. El instinto de la bondad, que es tan natural al hombre, tiene por objeto apartar de los demas el mal que sufren actualmente ó procurarles un bien presente. Es un espectáculo insoportable para nosotros ver sufrir á nuestros semejantes, sobre todo cuando son víctimas de la perfidia, de la injusticia, de la crueldad, y de la malicia que se complace en las lagrimas que hace derramar ella misma. Entonces se inflama nuestro corazon, la piedad nos identifica súbitamente con los desgraciados, y sentimos una necesidad urgente de rechazar aquel mal de que solo somos testigos, como si en la realidad fuese nuestro. Ah! que los desgraciados pueden muy bien ahorrarse la pena de dirigirnos sus súplicas para que nos interesemos en su infeliz suerte! A la verdad

hizo una observacion muy propia de su juicio Ciceron cuando nos dijo, que el estado de los infelices nos conmueve mas cuando no piden, ni se desdeñan de nuestro auxilio, que cuando imploran nuestra conmiseracion; T. *tierno nombre con el cual damos á entender la conmocion que sentimos á la vista, ó noticia de los infortunios de nuestros semejantes.*

Igualmente inclinados somos por naturaleza á hacer partícipes de nuestros placeres á los demas hombres. Los niños mismos experimentan ya la fuerza de este impulso en sus juegos inocentes, y el hombre que ha salido de la infancia obedece á él en sus negocios mas serios. Una impresion secreta de la naturaleza le hace complacerse en gran manera en enseñar á los demas lo que ignoran, dar consejo á los que le necesitan, poner en el camino recto á los que se han extraviado de él, y tener una buena opinion de sus fuerzas, cuando egecutan alguna buena ac-

cion. En fin el placer de ver á otros felices, y el mayor que aún experimentamos cuando contribuimos á su felicidad, se debe solo á la naturaleza, y no á un largo y penoso raciocinio.

104. Ademas de estas inclinaciones hay otras igualmente naturales, indirectamente útiles á la sociedad. De este número son el temor del menosprecio, el deseo de la estimacion, y el de agradar. El temor del menosprecio es algunas veces mas efectivo que la misma ley. Este contiene en sí *el temor del rídiculo*, que consiste en el cuidado que ponemos en evitar en nuestras palabras, y acciones todo lo que puede ser un objeto de irrision.

105. No hay nadie que no se sienta interiormente penetrado de estimacion hácia el mérito, y á quien no causen disgusto cualquiera clase de imperfecciones (47). Asi cada uno, no solo hace grande caso de las ventajas que posee, y se aflige de las imperfecciones que advierte en

sí mismo, sino que naturalmente desea que sus cualidades sean conocidas y estimadas porque la naturaleza ha hecho inseparable del buen concepto que ellas obtienen un tal placer que se hace sentir aún en la infancia. La totalidad pues de nuestras acciones, por medio de las cuales procuramos dar á entender á los demas lo que se halla de apreciable en nosotros tanto en el cuerpo, como en el espíritu y el corazon á fin de obtener su estimacion, es lo que se llama deseo de la estimacion, y lo que constituye el verdadero *honor*.

Asi como el miedo del menosprecio aparta á los hombres del mal (104), el honor, ó sea el deseo de la estimacion, el cual contiene en sí el respeto hácia los juicios de otro, viene á ser un principio de acciones útiles á la sociedad. Con el fin de ser alabados, egecutamos acciones dignas de alabanza.

106. La inclinacion en fin por la que

procuramos conciliarnos la benevolencia de nuestros semejantes es directamente útil á aquel á quien anima, é indirectamente á la sociedad. Cuan ventajoso es poder contar sobre socorros que no tienen mas motivo que la benevolencia, tan agradable es tambien saber que aquellos mismos que ni hacen, ni pueden hacer nada por nosotros, se interesan no obstante en lo que nos toca, y toman parte en nuestras penas y en nuestras alegrías, segun que somos felices ó desgraciados. El infeliz siente mezclarse en un instante el placer con el sentimiento de sus males, cuando encuentra personas dispuestas á escuchar con interes la relacion de sus desgracias, y siempre que lee sobre el rostro de los que le oyen que estos le juzgan acreedor á una mejor suerte. Entonces toma placer en contar sus infortunios, y en traer á la memoria la idea de los males que ha sufrido, y que en tales circunstancias llora con un grande alivio.

Aquel hombre mismo que acaso se determinaria tan fácil como voluntariamente á huir el comercio de sus semejantes, no podria sin duda alguna soportar su odio, y la idea de hallarse solo en medio de todos. El hombre pnes teme desagradar; y para evitarlo pone todos los medios posibles complaciéndose en parecer afable, honesto, sólido, tal en una palabra que pueda contar con la bondad de sus semejantes. De este modo la naturaleza, estrechándonos por nuestro propio interes á buscar el amor de los demas hombres, nos conduce insensiblemente, y aún nos fuerza á hacernos amables en nuestro propio provecho.

107. La verdad de todas estas observaciones no podrá ser jamás destruida por las razones que se acostumbran á alegar en prueba de que el hombre es una bestia feroz, ó un mal demonio (como se explican algunos) para con sus semejantes, en el interin no es sojuzgado por la fuer-

za, y por el temor. Por cierto que esto es exagerar demasiado la maldad del hombre en sociedad.

Juzgamos muy equivocadamente de las naciones bárbaras, cuando nos representamos á sus habitantes como bestias feroces. Las relaciones de los nuevos viageros atestiguan que entre los mismos pueblos de quienes nos formamos esta idea se halla la probidad, la buena fé, el amor de la hospitalidad, y aún la bondad, si acaso no la han perdido con el trato corrompido de las naciones civilizadas. Es cierto que ellos llevan hasta el exceso el resentimiento de las injurias; engañados, engañan si se les proporciona, y atacados, no ponen límites á su venganza; pero tambien es preciso convenir en que, aún en esta parte, es grande la exageracion de los viageros, que extienden sobre la totalidad de una nacion lo que no puede asegurarse sino de algunos monstruos que se hallan en ella. Los caribes, que

se alimentan de la carne de sus enemigos muertos, sostienen que ellos solo comen la carne de los que han merecido la muerte: ellos son los que acusan á los Europeos de matar á los hombres no solo injustamente, sino como por especie de entretenimiento, y tener la inconsecuencia de censurar con una fingida humanidad que se queden sin sepultura los cadáveres.

La insensibilidad, la dureza, la envidia, y la crueldad son enfermedades de que adolecemos menos la especie humana en general que las sociedades particulares que de ella se componen. Unas de estas enfermedades son mas comunes en las sociedades grandes, otras casi son peculiares de las mas reducidas. Mas adelante veremos las causas de donde todas provienen, y los remedios que pueden evitarlas, ó almenos disminuirlas.

108. Queda demostrado que el hombre no es insociable por naturaleza (102): resta ahora proponer los medios que tiene

para gozar de las ventajas de la sociedad, y prevenir ó hacer menos sensibles sus inconvenientes.

La experiencia nos enseña que podemos observar dos géneros de conducta; ó bien pensando solo en nosotros, y queriendo que los demas sirvan á nuestros intereses, despreciando por nuestra parte los suyos, y aún complaciéndonos en chocar con ellos directamente; ó bien procurando con todo cuidado no dañar á nadie, y formándonos un placer efectivo de ser útiles á todo el mundo. Vamos á considerar á los ojos de la razon los efectos de estos dos extremos, para poder así juzgar sanamente cual es el bueno entre tan distintos procederes.

109. Entiende á la verdad muy mal sus intereses el hombre que solo vive para sí. El que es dominado por semejante carácter menosprecia á aquellos de quienes no tiene necesidad, como una planta inútil, y abandona los que ya le han hecho algun servicio del mismo modo que un ar-

tesano deja el instrumento del que ya no tiene necesidad para trabajar. Pero aún los entiende peor el que procura con estudio dañar á los otros, porque los vé opuestos á sus pasiones, ó por resentimiento de que lo han sido, ó por la complacencia que halla en turbar el reposo y los placeres de los demas.

Los que se conducen de este modo necesariamente han de valerse de la astucia mas refinada, á menos que empleen en sus designios la fuerza, y el terror. La primera les es indispensable para persuadir á los que son engañados á que crean que solo trabajan en beneficio suyo, cuando obligan á los mismos que los engañan. Asi por medio del poder y del miedo que inspiran, pueden quitar la fuerza de resistir á cuantos pudieran oponérseles. Pero la intriga, una vez descubierta, atrae justamente á su autor el odio mas violento y aún cuando quede oculta, jamás puede producirle mas que un placer mez-

cla de inquietud, y de amargura. La bondad prudente, por el contrario, llega con seguridad por el camino mas corto al fin á que jamás conducirá la astucia con todos sus rodeos, y aún cuando conduzca, será solo por medio de peligros, y disgustos con el recelo de los males que pueden resultar, y con el sentimiento mas amargo de los que ya ha producido.

Lo mismo á proporcion debe decirse de la *fuerza* y del *terror*. Ninguna ventaja real traen al que de ellos se sirve. Nadie teme antes que aquel que quiere ser temido, y aún me atrevo á decir que él teme con mayor viveza. Por el terror que quiere inspirar se puede hacer juicio del temor que á él mismo le ocupa.

La maldad en fin produce en la sangre una acrimonía que el alma llega á sentir. Asi bebe una parte del veneno que ella misma ha producido. El envidioso es la víctima mas cierta de su propia pasion; el hombre duro, y arrogante halla su su-

plicio en sí mismo. Pero la bondad es un manantial inagotable de contento.

La razon que vé la union natural y tan inmutable, como establecida por Dios, que hay entre una y otra conducta, concluye que es preciso renunciar absolutamente á las ventajas inestimables de la sociedad, ó abrazar el solo medio de obtener la que consiste en tener un corazon benéfico, y desear sínceramente el bien de nuestros semejantes.

110. Esto supuesto se hace preciso examinar detenidamente las ventajas que produce la sociedad. Para ello las dividirémos en dos clases: la primera, de que vamos á hablar inmediatamente, abraza todas cuantas la sociedad misma procura á sus individuos. La segunda (que será el objeto de la seccion siguiente) consiste en el interes que los particulares tienen en aumentar los bienes de la sociedad, y aún en hacer sacrificios para que su estado sea mas sólido y mas floreciente.

Las primeras no son otra cosa que las causas de verdaderos placeres que hemos insinuado en la seccion anterior, las cuales no se verificarian, ó se verificarian solo con gran dificultad, si los hombres viviesen aislados, y sin una estrecha union con sus semejantes. Procurándose reciprocamente estas ventajas se socorren mútuamente, puesto que *socorrer* es suplir por sus fuerzas lo que falta á las de los demas. La sociedad general pues por medio de la que la naturaleza reune á todos los hombres, (100) es una fuente fecunda de socorros de toda especie. Por ella se previenen, se suavizan, y se alejan los males del alma y del cuerpo. Por ella se aumentan los bienes del uno y del otro; se pasan los dias mas agradables, y se adquieren ventajas cuya duracion se extiende mas allá de los términos de esta vida. Como todos los hombres son iguales, la naturaleza nos ha sujetado á todos á las mismas necesidades, y á la misma

imposibilidad de satisfacerlas por nosotros sc-
los nos ha inspirado un deseo igual á la so-
ciedad, y ha querido que ninguno absolutamente esté excluido de los socorros que cada hombre debe á sus semejantes. El sentimiento de humanidad que de esto resulta contiene en sí el sentimiento del comun orígen de todos los hombres que deben estimar infinitamente la dignidad apreciable de haber sido todos sacados igualmente de la nada por el único ser criador. Este sentimiento es la verdadera causa que produce aquella impresion dolorosa que nos ocasiona todo lo que altera ó destruye semejante igualdad; él hace que el hombre sufra con tanta impaciencia el oprobio, y las acusaciones que le privan del comercio de sus semejantes, y por su fuerza irresistible se vé á las veces estremecer de cólera á los delincuentes mismos que en justo castigo de sus crímenes son conducidos al patíbulo. El odio que concibiese un esclavo hácia su señor que le

insultase diciendo: *insensato, ¿crees que eres hombre siendo un esclavo?* seria el único justo, si acaso algun odio puede justificarse.

111. Entre las ventajas de la sociedad hay unas que se ofrecen por sí mismas á los individuos que la componen, desde el momento mismo en que empiezan á vivir juntos, y otras que son precisamente el fruto de la benevolencia y de los mútuos servicios. Entre las primeras estan, la confianza, y el placer que experimenta nuestra alma con el pensamiento de que no estamos solos, y que si queremos, podemos vivir con otros hombres. Esto solo basta para tener el estado social por infinitamente preferible á la soledad sin contar con la utilidad de que puede sernos el estudio atento de los hombres, aún de aquellos que nos son desconocidos; porque si bien nos presentan por una parte el espejo en que podemos reconocernos, por la otra sus costumbres, y su conduc-

ta nos suministran egemplos abundantes de lo que es preciso huir, y de lo que podemos imitar para nuestro propio bien.

En esto consiste la grande utilidad que sacan de los viages aquellos que aprendiendo la prudente ciencia de renunciar frivolidades, se ocupan únicamente en cosas verdaderamente útiles, aplicándose con especialidad á reparar, recoger, y apreciar cuantas les parecen oportunas, haciendo el discernimiento debido entre aquellas que merecen ser recomendadas, y las que solo son acreedoras á un absoluto desprecio.

T. »*Son muy distintas por cierto las cualidades de que debe estar dotado un viagero de aquellas de que regularmente le alabamos adornado; asi no es estraño que las consecuencias de los viages sean á las veces tan poco útiles á la sociedad, y por de contado notoriamente perjudiciales á los que los emprenden.*«

112. Las ventajas fundadas sobre la be-

nevolencia y mútuos servicios se reducen principalmente á un trato y comercio con los demas hombres, el cual sea de tal modo agradable que no pueda presumirse ni sospecharse en él una mala voluntad; á la libertad de permutar todas las cosas comerciables; á la beneficencia; á la comunicacion de las verdades que mas importa saber, al honor; últimamente á una sociedad mas íntima con algunos individuos, formada con el designio de procurarse algun bien particular por medio de la reunion de sus fuerzas.

113. El fácil trato con aquellos á quienes deseamos agradar, y con quienes queremos vivir, y conversar es la verdadera sal de la vida. El comercio con los demas no puede sernos agradable sino está acompañado del noble sentimiento de la igualdad: aquel se hace tanto mas apreciable cuanto esta se halla en él mas rigorosamente observada (110). Siempre será duro al hombre el enfado, el disgus-

to, el menosprecio, y la continua humillacion que le ocasiona la altanería de sus semejantes que le dan en rostro secretamente con su misma debilidad. (105. 110). Por el contrario la afabilidad y la cortesanía de aquellos á quienes consideramos como superiores siempre nos inspira respeto, perpetuamente realza á nuestros ojos el precio de su verdadero mérito.

Nunca se presenta mas grande el que disfruta de superioridad en la tierra que cuando mas se humana con sus semejantes: entonces si que reconcentra dentro de sí mismo la idea de sus ventajas, para no descubrir á los demas sino el sentimiento de su propia debilidad.

Este comercio, digno sobre todo de aquellos que saben cuanto valen los hombres, tiene ventajas muy considerables. Por él se disipan algun tanto la tristeza del que sufre, y los cuidados del que está abrumado con los negocios de mayor entidad. Este sobre todo adquiere por un tal me-

dio nuevas fuerzas para volver al trabajo con todo vigor despues de haberse instruido por los errores de los demas, cuyos pensamientos ha escuchado con toda benevolencia.

114. La *urbanidad* es la que enlaza y conserva el trato entre los hombres, y consiste en las señales exteriores por las cuales damos á entender una atencion particular en decir y hacer lo que puede agradar á los demas, y un cierto esmero en evitar cuanto pueda disgustarles. Ella merece la aprobacion de todo el mundo, con tal que no descubra una cierta afectacion de aparentar un mérito particular, ó de dar á las meras vagatelas una consideracion á que por cierto no son acreedoras; anima en gran manera á ofrecer, en vez de pedir, todos aquellos servicios que nada cuestan; concilia en fin las enemistades y los espíritus divididos por la descortesía no menos que por la arrogancia, aquella *arrogancia* digo que no consistien-

do mas que en el orgullo, y menosprecio de los otros demostrado por el aire, las palabras, y las acciones, es sin embargo para muchos aún mas insoportable que la misma esclavitud.

115. Las señales exteriores de la urbanidad adoptadas por un consentimiento comun en las sociedades particulares (114,) y el modo de servirse de ellas es lo que comunmente se llama *decencia*. Los Cínicos la vituperan; pero ella está fundada en toda razon, puesto que impide olvidar el justo intervalo que separa las diversas clases de la sociedad en el momento mismo en que seria peligroso el hacerlo; reprime ademas los primeros movimientos que podrian ser ofensivos, ó descubrir alguna imperfeccion, y destierra del comercio de los hombres á todo aquel que daña una justa delicadeza; (el pudor por ejemplo, negocio de opinion para algunos de nuestros ilustrados contemporaneos), y al que anuncia un carácter á quien es indi-

ferente la benevolencia.

Cuanto mas sencillas son las costumbres, y cuanto menos cultivado está el espíritu, mas afectos son los hombres al ceremonial de decencia que han establecido, y mas propensos á ofenderse de cuanto le contradice. Pero una exactitud demasiado escrupulosa en observarle es tan funesta al placer de la sociedad como puede serlo el olvido afectado de todos los buenos modales. El miedo continuo de ofender á otro contra nuestra voluntad y sin querer, emponzoña la dulzura del trato, y nos obliga en cierto modo á desear el momento que nos separa, y á preferirle al que nos reune.

Las leyes de la decencia estan sujetas á variaciones y á vicisitudes extraordinarias. Hay sin embargo una diferencia natural entre lo que ha establecido la razon, y lo que tiene un orígen diferente: hay por consiguiente reglas para discernir lo que aprueba el sano juicio de lo que

solo puede agradar á un gusto depravado. La perfeccion de todas las cosas está en corresponder á su destino: por consiguiente no podrémos faltar, sin exponernos á grandes inconvenientes, á la práctica de todo aquello que puede evitar el desórden, el disgusto, el menosprecio, y el odio en la sociedad, que es el verdadero objeto de la decencia; y miramos con razon como rídiculo todo lo que se opone directamente á estas miras.

La *gracia* consiste en la facilidad envidiable que tienen algunos hombres de observar las leyes de la decencia en el aire, gesto, discurso, y disposicion del cuerpo, sin que se les note ni arte ni afectacion. Agrada y une los espíritus, y aumentando así las causas de los verdaderos placeres (10) no puede menos de contribuir al aumento de nuestra felicidad (14).

116. La segunda ventaja de la sociedad consiste en el comercio por medio del cual los hombres hacen la permuta de las co-

sas, y de los servicios que les son recíprocamente necesarios. Todas las tierras no son á propósito para todo género de producciones; ningun hombre por otra parte se basta á sí mismo para procurarse los bienes exteriores (63). Por consiguiente los hombres contribuyen mútuamente á aumentar su felicidad cuando se comunican sus bienes y sus servicios; ya sea que lo hagan gratuitamente, ya por medio de un cambio igual ó desigual. Si las necesidades y los medios de satisfacerlas por la permuta son iguales de una parte y de otra es interes comun que el uno no preste al otro, sino con la condicion de que este le dé el equivalente. Hé aquí el orígen del comercio, y de los justos contratos que de él se han originado. La reputacion de las sociedades particulares, en especial de las mas numerosas, crece en razon de la facilidad que proporciona al comercio.

Siempre que la Europa (largo tiempo

agitada por guerras particulares) ha visto reinar la paz en los diversos estados que la componen, se ha entregado á la navegacion y al comercio á quienes deben sus habitantes la ventaja casi exclusiva de apropiarse los dones de la naturaleza esparcidos en el universo; todos los cuales aumentan su felicidad con tal que sepan el arte de disfrutarlos.

T. »*Si la historia que celebra con pompa los héroes, los poetas, los artistas, y los sábios, no ha trasladado á la posteridad la série de trabajos, y la constancia que ha sido necesaria para que el comercio haya hecho tan florecientes las naciones que han producido los hombres mas grandes, es porque el comercio deja monumentos perpetuos, y porque las inmensas ciudades y las fértiles campiñas son depósitos tan ciertos como duraderos del estado en que aquel se halla entre las diversas naciones, cuya prosperidad y poder son efecto suyo en gran parte; pues-*

to que conserva y vivifica todos los canales de la industria; conduce á los paises mas lejanos las producciones nacionales para permutarlas por otras nuevas riquezas; sostiene el entusiasmo del artista, fecunda las ideas del hombre de letras, y prepara los descubrimientos del verdaderamente sábio. Es desgracia por cierto que se les niege el debido honor á hombres dedicados á hacer y descubrir el mas conveniente uso de las producciones de la tierra, y de toda especie de propiedades, únicamente por no comprender la gran diferencia que hay entre estos estimables ciudadanos y aquellos miserables necesitados que por el medio de la bajeza y del interes mas sórdido, tienen la osadía de aspirar á un puesto, debido en la sociedad solo á muy pocos. Jamás será bastantemente recomendada la instruccion en el comercio en el ínterin no se logre despreocupar á cierta clase de individuos, en cuyas acciones se encuentra

un contraste de utilidad pública y de atentado contra la misma felicidad social.»

117. La tercera ventaja de la sociedad es procurar beneficios, y hacer esperarlos con todo fundamento. *La beneficencia* ó sea la *liberalidad* consiste en la disposicion de privarnos de una parte de nuestros bienes en favor de nuestros semejantes, y en la de contribuir gratuitamente con nuestro trabajo á disminuir ó evitar los males que padecen, y hacer mayor el número de sus bienes. Un beneficio es gratuito cuando no nos mueve á su egecucion la esperanza de la recompensa. La religion, y el placer natural inseparable del dulce uso que hacemos de nuestras facultades cuando nos incomodamos por hacer bien son el motivo poderoso de los beneficios gratuitos.

118. La idea del beneficio contiene en sí la nocion compuesta de utilidad en quien le recibe, y de un cierto fin que se pro-

pone el bienhechor. Si se juzga por los efectos, el beneficio es mayor ó menor segun las ventajas que procura ó las causas de dolor que suaviza, debiendo considerarse nulo, ó mas bien como un acto opuesto á la beneficencia, todo aquel que aumenta la causa del mal, ó que proporciona placeres solo á propósito para producir dolores en lo sucesivo.

La intencion del bienhechor jamás le proporcionará con justicia este apreciable nombre, si sus beneficios dimanan de otro principio que del noble deseo de hacer bien (102). No es ser benéfico querer precisar á uno por medio de beneficios á causar dolor, ú á hacer perjuicio á un tercero, y aún lo es menos el sentirse animado á esparcir aquellos solo con la codiciosa esperanza de recibir otro tanto, ó acaso mas que lo que se ha dado (117). Debemos sin duda alguna profesar un odio irreconciliable á la vil usura que se intenta hacer con las mismas virtudes.

El verdadero carácter de la beneficencia es hacer bien sin pensar en el reconocimiento, estimar este sin exigirle, no quejarse jamás de la ingratitud sino cuando sea necesario para la propia defensa. El que se arrepiente de haber obligado hombres que experimenta ingratos, está por cierto muy distante de sentir el dulce placer de la beneficencia.

119. No es esto decir que toda clase de beneficios causa la felicidad del género humano; antes bien es preciso confesar que la bondad junta con la imprudencia, ó con el defecto de penetracion necesario para preveer, y pesar los efectos de las acciones, es una debilidad innegable. De esta estan poseidos todos aquellos que con el deseo ó intencion de hacer bien gratuitamente, causan efectivos perjuicios, y aquellos tambien que por dar socorro á otros se qnedan sin medios que debian conservar para sí mismos, ó para un empleo de mayor utilidad. No debemos temer ser

reprendidos si, despues de haber pesado los inconvenientes, y las ventajas de un beneficio que se nos pide, nos negamos á concederle, ó bien por que seria preciso hacer grandes sacrificios, y exponernos á pérdidas casi irreparables, por solo procurar á otro una pequeña ventaja, ó bien porque debamos sospechar con fundamento que nuestro proceder ha de servir para mantener la ociosidad, y la pereza, proporcionando á otros cosas que ellos podian haberse procurado por sí mismos.

No hay medio mas á propósito para disponer los hombres á la beneficencia como mostrarse uno digno de sus beneficios.

120. Ya es fácil inferir la justa idea que debe formarse del valor de la bondad activa y benéfica. Es preciso hacer entrar en ella la prudencia que examina y mide los bienes que se proporcionan, y que preside á la eleccion de las personas á quienes se aplican, el valor de los medios que para esto se emplean; el de las pérdidas

que se sufren en favor de otro; la facilidad con que nos presentamos á conceder, y aún á prevenir los beneficios que se nos piden; el olvido de estos de parte del bienhechor y por consiguiente la firme resolucion de no mortificar jamás á sus favorecidos con la idea de sus deberes.

Es escusado hablar del reconocimiento que no tiene límites en un corazon bien dispuesto, y cuyos efectos obligan de nuevo tan dulce como imperiosamente al bienhechor que le ha ocasionado (165).

121. Hemos dicho que la sociedad proporciona facilidad para adquirir conocimientos útiles, y satisfacer de este modo un deseo natural á todos los hombres (70). Asi los conocimientos causan el placer de todas las edades, son las delicias de la juventud y reaniman la languidez de la edad mas avanzada.

No por esto hemos de pensar que todo conocimiento es útil solo porque lo parece, y que toda ignorancia y error son

opuestos á nuestra felicidad, por grande que sea el deseo que tengamos de librarnos de ellos. Para ser feliz es preciso consentir en ignorar ciertas cosas de miedo de no emplear en ellas el tiempo debido á estudios, ú á acciones mas útiles. Cuanto mayor es el número de obgetos que ocupan el espíritu, tanta menos fuerza puede conservar en cada uno de ellos en particular. La ignorancia de ciertos hechos previene algunas veces las pasiones, é impide las acciones mas malas. Lo mismo se puede decir del error. Por estas consideraciones se puede juzgar hasta que punto es culpable el que oculta su pensamiento ó induce á otro á error, ya sea disimulando, ya enunciando lo contrario de lo que piensa, ya últimamente negándose á desengañar á los que le suplican les saque del error en que han incurrido.

122. Se llama vulgarmente abierto y fránco al hombre que está siempre dispuesto á manifestar sus pensamientos con sin-

ceridad y con prudencia, siempre que los demas tienen interes en saberlos. Tan distante del atolondramiento de un hablador indiscreto como de una franqueza grosera, evita la taciturnidad inspirada por la desconfianza, ó por la afectacion de aparentar una prudencia singular, y detesta aquel arte de fingir ingenuidad para engañar á los demas, para insinuarse en su espíritu, descubrir sus pensamientos, y hacerles caer en el lazo preparado expresamente para dañarlos. La falsedad siempre será incompatible con el carácter del hombre fráneo.

Una prudente sinceridad gusta, no solo porque es útil, sino porque anuncia una confianza cuya imágen es agradable, y digna de todo aprecio. La sinceridad es tan poco comun á los espíritus medianos, como natural á los genios verdaderamente grandes. T. »*Una política mal entendida priva con frecuencia á los últimos de poner en práctica esta apreciable cua-*

lidad que les adorna: tristes por cierto serán siempre las ventajas aparentes que por semejante medio se consigan: ellas estan altamente reprobadas por la humanidad.»

123. Hemos puesto á la estimacion entre las ventajas de la sociedad (105). Para que produzca un placer real es preciso que sea cierta, que no sea buscada con demasiado ardor, y que no sea el objeto único de nuestros deseos.

La misma naturaleza, y no la opinion, causa la diferencia entre la verdadera y la falsa.

No debe considerarse efecto del arte el placer á la vista de las cualidades morales (adquiridas por el uso de la libertad (84)) cuando son útiles á la sociedad, y nada comunes á todos los hombres. Ellas fijan nuestra atencion, y atraen nuestro aprecio en términos de desear se conserve en nosotros su memoria, para distinguir los que las tienen de los que estan priva-

dos de ellas, y colocar en nuestro espíritu á los primeros en aquel punto que tenemos destinado á los que consideramos superiores á los demas.

La estimacion crece en razon del mérito que observamos en alguno, de la utilidad de las cualidades que posee, del conocimiento que de estas tenemos, del corto número de personas tan estimables, y de la modestia que acompaña á aquellas mismas cualidades.

124. *La verdadera estimacion* consiste en el juicio cierto que forman los otros de nuestras facultades, y de las cualidades verdaderamente estimables de que estamos adornados; el cual pasa á constituir nuestra *gloria* cuando es demasiado grande el número de hombres que concuerdan únanimemente en el juicio sobre nuestras circunstancias morales.

La *falsa estimacion* es un juicio erróneo de las cualidades de alguno, y á las veces un verdadero fingimiento con desig-

ñio de engañar á aquel que es su objeto, ó de inducir á las otros á un error fundado sobre una equivocacion por la cual se atribuyen á una persona cualidades que posee, ó bien se forma una cierta ilusion que considera como apreciable lo que solo es un verdadero defecto.

Semejante estimacion jamás puede producir un verdadero placer; aquel que es su objeto, solo puede aguardar el instante en que se convierta en un menosprecio efectivo. La vanidad que busca la gloria sin presentar títulos que la merezcan, la ostentacion que impone, y la jactancia solo á propósito para irritar la envidia, son carácteres propios de un espíritu muy bájo, y directamente contrarios al fin que se propone el que aspira á una estimacion verdadera, á impulsos de un deseo inspirado por la misma naturaleza.

Para conseguir esta preciosa ventaja es el medio mas fácil y seguro ser uno tal cual quiere parecer, esto es, hombre de

bien y útil á la sociedad. Este proceder jamás nos dará lugar al arrepentimiento, aún cuando no obtengamos el premio de la estimacion, porque entonces el placer interior nos indemnizará suficientemente del aprecio que vanamente mendigariamos de la injusticia de nuestros semejantes.

125. Hay bienes que no podemos procurarnos de ninguna manera, ó que solo podemos conseguir imperfectamente sin el socorro de una sociedad particular, formada entre dos ó mas que obren de acuerdo durante algun tiempo, ó acaso por todo el espacio de su vida, para verificar un plan adoptado por un comun consentimiento. Hé aquí el orígen de las sociedades particulares formadas por dos ó mas personas con el fin de procurarse por la reunion de sus fuerzas algun bien singular que es el objeto comun de sus deseos. Esta ventaja de la sociedad última en el órden (112) es acaso la primera en su excelencia por ser la mas propia para au-

mentar la suma de verdaderos bienes, y por consiguiente la de nuestra felicidad.

Semejantes sociedades son ó temporales, ó perpetuas, iguales ó desiguales; públicas ó particulares. Todas ellas tienen inconvenientes; aquella en que se experimentan menos, merece con una cierta razon el número de perfecta.

126. La amistad y el matrimonio son las sociedades perpetuas que contribuyen principalmente á la felicidad de la vida. La *amistad* es el mas alto grado de benevolencia entre dos personas que se unen por un efecto de la conformidad de sus inclinaciones, ó á causa de las ventajas sólidas que pueden comunicarse recíprocamente.

Es verdadera cuando reune hombres de bien con el fin de disfrutar, y aún de gozar juntamente de una cierta felicidad.

No es prueba de debilidad el desearla, digan lo que quieran aquellos soberbios espíritus que por un exceso de confianza

en sí mismos se desdeñan de admitir socorro de los demas; y aquellos que colocando el soberano bien en las riquezas, en el poder, y en la destemplada glotonería, han perdido ya el gusto á los delicados placeres inseparables de la santa amistad. El que la cultiva fiel y constantemente, demuestra una verdadera penetracion en el conocimiento de la economía con que la naturaleza dispensa los placeres de la vida, y hace el debido aprecio de los que esta le presenta, procurando no malograr ninguno de cuantos sean verdaderos.

Fiel, constante, tan deseosa de decir la verdad como de oirla á todos los demas, nunca desconfiada, incapaz de entrar en proyectos perjudiciales á un tercero, y de entregarse á contextaciones por causa de un sórdido interes, se presenta verdaderamente digna de nuestra alma la plácida amistad, á la que no anonada la muerte, y que extiende sus delicias mas allá del sepulcro. Si por casualidad antes

se rompe su nudo, el que queda abandonado sin culpa propia no puede arrepentirse de haberla cultivado; llora sí con motivo la desercion de un amigo de quien hábia hecho entera confianza; pero no se venga, está muy lejos de venderle. El solo siente el fatal suceso que le ha privado de las nobles cualidades que le hacian acreedor á la amistad.

T. »*Destierrénse pues del número de los verdaderos filósofos aquellos entes envilecidos, que aseguran poder prevenir la amistad de solo el hábito ó el interes: hagánse odiosos á nuestra vista, si es lícito á un hombre de bien aborrecer á sus semejantes, aquellos espíritus desconfiados que aconsejan temerariamente amar á nuestros amigos, considerándolos siempre como que algun dia han de ser nuestros enemigos indispensables: queden por fin castigados con la afrentosa pena del desprecio los lúbricos libertinos que intentan limitar la existencia de la amis-*

tad á la relacion entre los dos sexos que no se propone por fin el preciso á que los ha destinado la divina providencia. Estos talentos extraviados profanan sacrílegamente el nombre de la amistad, cuando le atribuyen á sus tratos ilegales, por lo regular criminosos, é intentan por otra parte un imposible, cuando se figuran echar un velo impenetrable sobre las observaciones de todos sus semejantes, que claramente descubren en sus procederes los atentados mas enormes contra la pureza de la amistad. Esta es una union perfecta de corazones formada por el mérito y la virtud, y confirmada por la semejanza de las costumbres: toda otra conexion es indigna de nombre tan respetable.»

127. La naturaleza reune la fuerza de la amistad con la del amor á fin de determinar mas eficazmente al hombre y á la muger á formar una sociedad, en que la suerte del uno y de la otra sea abso-

lutamente inseparable. Esta sociedad instituida por el mismo criador y duradera hasta el fin de los siglos es reconocida en todo el universo bájo el nombre de union conyugal ó *matrimonio.*

T. »*Desde la misma creacion hasta el presente no ha existido medio alguno racional de propagar la especie humana fuera de la union conyugal. Sostener suficientes á este fin los meros actos carnales es confundir al hombre con el bruto: hacer compatibles las uniones de un solo varon á muchas hembras ó al contrario por medio de la polygunia, y la poliviria es abandonar demasiadamente el desenrollo de las facultades físicas, y morales del ser racional; y defender el mas mínimo abuso de los órganos de la naturaleza destinados á tan noble objeto, es dar una prueba tan patente como sensible de los extravios de nuestra voluntad.*«

El lazo del matrimonio contribuye in-

finitamente á la felicidad de aquellos que una vez llega á unir: él perpetua el género humano, y la obligacion que impone de educar los hijos extiende el uso de la razon. Los mútuos socorros con que se ayudan los cónyuges hacen tambien parte de su objeto, *T. »y su existencia prolongada en los nuevos séres que producen ocasiona los placeres mas puros y duraderos.*

El momento en que el hombre se decide para formar esta sociedad es acaso el mas crítico de todos cuantos componen su mas dilatada existencia sobre la tierra. Si la autoridad paterna y la legislacion política ponen ciertos límites á la libertad que debe presidir á este enlaze, no es tanto por sus fines particulares como por evitar el menoscabo de los derechos de la razon, y de la religion misma de que no menos que de aquella debe estar acompañado. No falta mucho para que veamos la diferencia inevitable que hay entre la

libertad racional, y la brutal independencia.»

«El atractivo mútuo que tienen los sexos es tan universal que no parece temeridad asegurar que no ha existido casi un solo individuo de la especie que no le haya sentido nunca en todo el espacio de su vida. La providencia divina que tubo la union conyugal por el mas oportuno medio para la propagacion de la especie, solo dispensa de la ley del matrimonio á un corto número de individuos privilegiados en los ocultos arcanos de su infinita sabiduría con el don apreciable de la absoluta continencia. La misma iglesia católica, á la que seria injusto negar el mayor espíritu de pureza, no exige en los respetables ministros del santuario el voto de la castidad, en el ínterin no está plenamente satisfecha de su total perfeccion probada en las órdeues menores, y su prudencia en este punto condescendió con la fragilidad humana en los siglos en-

vidiables de su mas rígida disciplina. Yerran por cierto los que piensan puede dominar esta propension la sola fuerza política, cuando juzgan puede impedir se unan en matrimonio los destinados á los oficios públicos, y aún se engañan á sí mismos mas miserablemente los que rehusan aceptarle por no privarse de ciertas comodidades, por el sórdido interes, cuando no sea por efecto de un bestial libertinage.»

Para saber si nos hemos conducido acertadamente al contraer la obligacion del matrimonio, debemos examinar, no los efectos, sino las razones que hemos tenido al tiempo de decidirnos para creer que semejante union contribuiria á aumentar nuestra felicidad. Nosotros necesariamente debemos estar contentos de nuestro proceder, siempre que en las acciones cuyas consecuencias dependen algun tanto del acaso (39) hemos puesto en una justa balanza todas las probabilidades opuestas, y

solo nos hemos determinado por la esperanza de un suceso feliz mas fundada que el temor de un porvenir desgraciado, el cual no ha podido ser previsto por la prudencia mas perspicaz.

126. Hemos recorrido las principales ventajas de la sociedad: vamos á hablar de sus inconvenientes, y á presentar los medios de evitarlos. Aquellos son de dos clases; unos que provienen del proceder ageno, y otros que traen su orígen de la conducta del mismo que los experimenta: los que presenta el acaso aunque con impropiedad, se examinarán cuando aquellos.

Los primeros tienen su principio en el deseo de dañar que llamamos *dolo*, en la imprudencia ó falta de cuidado en evitar lo que podia preveerse seria dañoso á otro; últimamente en el acaso, siempre superior á nuestra inteligencia. Nosotros podemos evitar la mayor parte de estos inconvenientes por la prudencia, rechazarlos por la defensa, y repararlos por la in-

genua satisfaccion, pero hay algunos absolutamente irremediables. Entonces no nos queda otro recurso que el valor, la paciencia, (86. 88.) y la memoria y recuerdo de las ventajas por medio de las cuales nos indemniza abundantemente la sociedad de las incomodidades que en ella experimentamos; ventajas por cierto á las que no querriamos renunciar á pesar de las amarguras de que siempre estan mezcladas y cuyos disgustos inevitables hacen resaltar mas su verdadero valor.

129. Los males que se ocasionan los hombres, los unos á los otros, por malicia ó por imprudencia (128), son de dos clases; (131) los primeros consisten en aquellas acciones que atentan á la vida, y á la integridad del cuerpo; á la libertad; á la propiedad de los bienes adquiridos, y aquellas por las que se niega lo que es debido á otro en virtud de legítimas convenciones. La *lesion*, ó violencia ilícita de la cual proviene el perjuicio, y la verdadera injuria, no es otra cosa mas que

el despojo arbitrario de la posesion, y la privacion del uso libre de las cosas propias, hecha contra la voluntad de su legítimo dueño.

La violencia que no respeta el sagrado de la propiedad atrae sobre su autor el odio de todos sus semejantes, y en un instante forma de ellos otros tantos enemigos. Esta impresion súbita, unida al instinto natural que nos manda defendernos, (130) prueba infaliblemente que la intencion del criador es que los hombres no se hagan mal los unos á los otros. No podemos sufrir ser juguete de otro; concebimos el resentimiento mas profundo de la injuria qne nos hace: aún aquellos mismos que son solo testigos del insulto toman parte en nuestro agravio, y sufren no poco en ver nuestra buena fé ultrajada por la maldad, y la insolencia. Pero sobre todo nos es insoportable la *perfidia* que viola la fé de las convenciones.

La propiedad debe ser inviolable, y sa-

grada: si fuese precaria é incierta, ó no subsistiria la sociedad, ó no tendria atractivo para otra clase de gentes que para los hombres turbulentos, y enemigos de la felicidad de sus semejantes; pero los buenos hallarian menos inconvenientes en una soledad tranquila que en una pérfida, y borrascosa asociacion, en la que seria imposible ocuparse en la felicidad inseparable de la vida apacible. La guerra de todos contra todos, estado el mas detestable á la naturaleza aunque llamado natural por algunos, sería el efecto inevitable de la violacion de las propiedades.

No puede pues dudarse que la base de toda sociedad es la *seguridad*, ó un estado tal que ninguno de los asociados pueda probablemente temer los efectos de su violencia arbitraria por parte de los otros. Mas adelante verémos como la conservacion de este estado es el objeto de la verdadera moral, y de la sana política.

130. Hay ocasiones en que es necesario

valerse de la fuerza para libertarnos, ó almenos hácer cesar la violencia que quiere privarnos de nuestros bienes. El miedo de perderlos todos ó algunos de ellos, es un freno que detiene al agresor, que le aparta de su designio, ó le impide consumarle, obligándole á dar una satisfaccion correspondiente. Asi dice Tácito que el temor mútuo era la barrera que separaba los Sarmatas de los Germanos.

Este uso de la fuerza se llama *defensa por la fuerza.* La naturaleza la autoriza evidentemente por ser necesaria para la conservacion del reposo de la sociedad. El comun orígen de todos los hombres no permite pensar sea lícito á los unos servirse de sus fuerzas para dañar, sin que sea permitido á los otros emplear las suyas para impedirlo, del mismo modo que cualquiera que contrae una obligacion consiente tácitamente en ser obligado á desempeñarla, si acaso no cumple con ella.

No siempre es perjudicial el sentimien-

to desagradable que proviene del temor, por que es interes de la sociedad inspirar terror á los hombres turbulentos para su mayor tranquilidad.

Es algunas veces mas ventajoso abstenerse de medios violentos que rechazar la fuerza por la fuerza. El hombre benéfico tiene el valor suficiente para abstenerse de una defensa perjudicial al agresor, siempre que el mal que por ella evita es tan ligero y fácil de reparar por sus propias fuerzas, como considerable y dificil de remedio el que á otro ocasiona. La victoria que en tal caso alcanza sobre sí mismo (85) le cubre de una gloria indecible. Tan cierto es que el hombre benéfico halla en su interior complacencia, y en el respeto que inspira á los demas (47), un medio infalible de minorar, y acaso de destruir enteramente el sentimiento de todas sus pérdidas.

131. Ademas de esta clase de males que tienen su orígen en la violencia, hay otros

ciertos disgustos sociales que turban los placeres de la vida, y sirven de obstáculo al progreso de nuestra felicidad. Esto sucede cuando se omite hacer todo lo que nos seria ventajoso, ó cuando se egecutan cosas que se convierten en otras tantas causas de un mal, mas ó menos duradero para nosotros; lo que no solo se verifica obrando directamente en perjuicio nuestro, sino tambien empeñando á otro para que nos niegue sus socorros.

132. El camino mas fácil para hallar remedio á semejante corrupcion es indagar la verdadera causa de donde proviene. Sucede á las veces que negamos á algunas personas el socorro de que necesitan solo porque no nos interesan; no las queremos sin poder decir precisamente la razon de nuestra indiferencia. Ya sea la disposicion de su espíritu que choca con las ideas que nos agradan y á las que estamos acostumbrados, ó sea su carácter contrario á nuestras inclinaciones, ó su fi-

somnia que hiere vivamente nuestra imaginacion, haciendo nacer en ella ideas desagradables; lo cierto es, que la frialdad y aún la dureza de corazon de la que proviene esta rara indiferencia domina casi á todos los hombres, siendo tanto mas extraña cuanto mayor es la disposicion natural que tenemos á la sensibilidad, como se prueba por el instinto de la bondad (102) y las inclinaciones que son sus consecuencias inmediatas.

La insensibilidad sin duda debe su orígen y progresos á muchas causas viciosas; una educacion poco recta dispone las almas flexibles á despreciar á los otros solo por su género de vida, por su nacimiento, por su instruccion, sus costumbres, y aún por su diferente religion: una inclinacion dominante inspira indiferencia, y aún menosprecio para con todos aquellos que no son á propósito para satisfacerla: la inercia del alma resfria algunas veces el corazon: el egoismo que nos ocupa única-

mente en nuestros intereses nos hace frios, y aún duros para pensar en los de los demas: últimamente los redoblados golpes de la desgracia, y el largo hábito de ver desgraciados suele á las veces endurecer nuestro corazon en términos que no recobra su sensibilidad sino á la vista de males de un género absolutamente nuevo, ó de un grado sumamente superior al de aquellos á que está acostumbrado.

T. Si hubiera sido oportuno no haber olvidado esta doctrina durante toda la extraordinaria época pasada, no nos seria poco provechoso tenerla presente en la actualidad.

133. Los hombres se dañan recíprocamente por acciones positivas que tienen su principio en una beneficencia mal entendida (118) á que algunos dan el nombre de bondad cruel, ó en una mala voluntad, ya de palabra, ya declarada por acciones desagradables y aún perjudiciales á los demas. La sola manifestacion que

otro hace de una tal disposicion nos incomoda no poco, siendo la pena que nos causa proporcionada á las fuerzas de los mal intencionados, y á las razones que tenemos para temer sus malos efectos.

La mala voluntad que se declara por acciones puede atacarnos directamente: lo primero cuando nos hace experimentar vejaciones, cuando nos priva de ciertas ventajas, impide maliciosamente nuestros designios, pone obstáculo á su consecucion, ó hace de modo que sean mas débiles ó menos estimables. Sucede frecuentemente que los que no pueden nada por sí mismos procuran fundar su autoridad sobre la debilidad de otro, á cuyo efecto emplean insinuaciones fraudulentas, prodigan dones, adulacion, y otros medios semejantes para corromper aquellos cuya felicidad quieren hacer ilusoria, y por medio del ejemplo, y la seduccion los hacen cómplices en sus crímenes, los atraen á sus vicios, á sus errores, y á los males

que son su legítima consecuencia.

Se nos daña indirectamente cuando se nos hace perder la benevolencia de otro ó se influye en su ánimo para que disminuya el afecto que nos profesa, por la calumnia, las sospechas, y el rídiculo que para con él se nos atribuye exponiéndonos asi á la envidia, ó al menosprecio, y privándonos de las ventajas que merecíamos obtener de la benevolencia de los demas. Los que son seducidos de este modo experimentan un doble perjuicio en el engaño que empiezan á padecer respecto de nosotros, y en el error á que ellos mismos son inducidos.

134. Los disgustos recíprocos que se causan los hombres (113) y los verdaderos daños que unos á otros se ocasionan (129) no siempre tienen su principio en el odio. Algunas veces provienen de las necesidades, del conocimiento de la propia debilidad, de la impetuosidad del carácter, de la avaricia, y de la ambicion; por lo que

se puede asegurar estan fundados mas bien en un deseo inmoderado de ciertos bienes, que en un corazon mal dispuesto para con aquellos que los poseen, ó los buscan con actividad. Pero cuando semejantes deseos hallan obstáculo para su egecucion se mudan en un verdadero odio contra todos aquellos que se les oponen. De este modo se dividen los corazones que buscan un mismo objeto, en términos de declararse una guerra decidida, ó de emplear á lo menos las astucias mas ingeniosas para engañarse mútuamente.

Este choque de pasiones es mas raro entre los habitantes del campo, que en las ciudades y en las grandes sociedades, donde hay mayor número de hombres, donde son mas frecuentes las relaciones de los unos con los otros, donde varian tanto los géneros de vida que abrazan, y donde es mas respetable el poder, y mas sensible la desigualdad de las fortunas. Si á esto se añade la fuerza que dicho cho-

que recibe á proporcion del número de hombres ociosos, ó de aquellos que conducidos por el deseo del poder y de la reputacion, y animados por preocupaciones particulares á sus familias, ó comunes á toda la sociedad, se opone á las miras y designios de todos los demas, se vendrá fácilmente en conocimiento de las pocas veces que puede verificarse en las sociedades reducidas.

T. »Estas observaciones tienen tambien la conocida utilidad de darnos en no pequeña parte la causa genuina de la gran diferencia que reina entre las costumbres de la gente llamada rústica y la que solo habita en las grandes poblaciones.»

135. Los disgustos que provienen del odio ordinariamente nacen de un resentimiento vivo de alguna ofensa, ó de la privacion que se nos ha ocasionado de algun socorro que á nuestro entender nos era necesario. Estas dos disposiciones, en que no pocas veces se halla el hombre por des-

gracia suya, producen la envidia y el deseo de la venganza.

La *envidia* es una inquietud del alma causada por la consideracion de un bien que otros poseen, y que nosotros deseamos en vano adquirir ó poseer solos con una absoluta exclusion de todos los demas. Esta enfermedad, llamada fiebre lenta del corazon por algunos moralistas, vá poco á poco devorando la substancia del hombre á quien domina, y que la disfraza con el nombre de la apreciable emulacion, por la cual sentimos naturalmente un deseo de imitar á nuestros semejantes hasta donde nos es permitido, sin causarles ofensa. Pero la envidia empieza por la desesperacion de poder conseguir semejante igualdad. Ella engendra al principio un odio poco considerable, pero que creciendo por grados progresivamente llega en fin á manifestarse por medio de una ardiente pasion de dañar. Atormentado el envidioso por el sentimiento íntimo de su debilidad,

y viendo que no puede igualar, mucho menos exceder en mérito y consideracion al rival á quien se compara, siempre que piensa en él siente renovarse las llagas que semejante pasion ha hecho en su corazon. Entonces busca remedio á sus congojas, y le parece hallarle en la injusticia con que procura minorar su mérito, almenos á los ojos de los hombres; y si esto no basta, en la cruel inhumanidad con que á cualesquier precio intenta quitar de su vista centelleante al inocente, que solo la hiere con sus buenos procederes.

El miserable envidioso hallaria un medio mas eficaz para curar, y aún para prevenir en lo sucesivo sus funestas dolencias, si conociera sus fuerzas, si procurára aumentarlas, si se ocupase menos en lo que son los otros que en lo que debiera ser él mismo; últimamente si supiese que la comparacion de nuestro mérito con el de los demas, cualquiera que sea, jamás puede darnos por resultado un justo motivo

de afliccion.

136. La *venganza* consiste en el placer que se forma el hombre en hacer sufrir al que considera como autor de un mal que ya ha alejado de sí, ó que ha llegado á conocer que es irreparable. Un mal (verdadero ó imaginario) irrita naturalmente á los niños, y les conduce á hacer tan violentos esfuerzos para libertarse de él, que algunos han llegado á inferir de su conducta en semejantes casos que la defensa natural está tan cerca de la venganza que no hay mas que un paso muy corto de la primera al deseo de volver el mayor mal que se pueda por un mal cualquiera que se haya recibido.

Pero la naturaleza no pierde tan pronto la fuerza que sirve de contrapeso al deseo de la venganza (51). Es cierto que interin dura en los niños el sentimiento del mal, parece que les agrada la venganza que confunden con la propia defensa, de la que por mas que quieran, no pue-

den tener unas ideas muy rectas. Mas á medida que aquel se disminuye, y desaparecen sus efectos, se debilita tambien por grados el pensamiento del dolor que acaban de experimentar, y se disipa poco á poco el odio, que por fin llega á cesar enteramente.

La venganza es tan odiosa á la naturaleza, como grata la propia defensa que no excede de los términos necesarios á rechazar el mal efectivo que nos amenaza, ó á hacer cesar aquel que ya experimentamos. Los malhechores por lo comun se presentan odiosos hasta el grado de pedir contra ellos venganza, ínterin se les considera enemigos peligrosos para la sociedad; pero los mismos forman el mas tierno objeto de la compasion del pueblo en el momento en que mudan sus disposiciones, en que se ven imposibilitados de dañar, aherrojados con las cadenas que los oprimen, y cuando empiezan á manifestar el semblante del verdadero arrepentimiento. El odio

contra los culpables desaparece al tiempo mismo que su maldad, y el miedo que ella infundia justamente.

137. Bella, y envidiable alma por cierto es la de aquel que lleno de confianza en sus fuerzas perdona cuando estaba en su poder una completa venganza. Por el contrario es un espíritu débil, y anuncia un carácter odioso, el que alimenta una cólera implacable en su corazon. El profundo Séneca decia á su discípulo, aún mas soberbio que poderoso, que *no hay gloria comparable á la de un Príncipe que no se venga de la ofensa recibida en su propia persona.*

T. »Falsamente acusan á la legislacion criminal cuantos aseguran que ella toma venganza de los infelices delincuentes. El hombre mas malvado y criminoso se atrae la conmiseracion de toda la sociedad á quien ha ofendido, y la potestad pública que impone las penas aflictivas no puede prescindir de un sentimiento aprobado por la

teligion y dictado por la misma naturaleza. Es muy distinto el odio debido á los delitos, siempre malos, de la compasion debida á los delincuentes que alguna vez fueron buenos, y que por de contado nunca dejarán de ser nuestros semejantes.»

El espíritu de venganza proviene en gran parte del carácter, del sexo, y sobre todo de la educacion particular y pública, corrompida por las preocupaciones inveteradas de los pueblos. Son una prueba de esta verdad los errores de los Judíos sobre esta materia, los cuales han sido destruidos por Jesu-Cristo, y por sus Apostóles.

138. El placer de la venganza es falso, y de corta duracion. Está tan lejos de proporcionar ningun bien que por el contrario ocasiona muchísimo mal, y en vez de una herida no muy grande abre dos de suma consideracion, atrae justamente el odio de todos sobre aquel que no ha podido contenerse á sí mismo, siembra la

discordia, y todos los males que se la siguen, siendo uno de los mas considerables romper los lazos que unen á los hombres los unos á los otros, para su ventaja comun.

Los medios que halla un alma noble para prevenir ó curar esta enfermedad son, colocar las ofensas ó pérdidas irreparables (130) en el número de los uracanes irresistibles de esta vida, alejar de sí el pensamiento del autor del mal, y sufocar el sentimiento de este, en cuanto pueda, ya sea procurándose otros bienes, ya recurriendo al antídoto infalible de la paciencia (88).

La *generosidad del alma*, fuente de las mas dulces satisfacciones, consiste en aquella fuerza y valor suficiente para ahogar con facilidad ó acaso para no ser asaltados de ningun modo del deseo de la venganza, á pesar de haber sido ofendidos del modo mas ultrajoso.

139. La *crueldad* es una disposicion aún

mas rara que el deseo de la venganza. No puede tener otro principio que una extraña maldad que no tiene necesidad de ser provocada, nacida de la ligereza y de la petulancia de la primera edad, alimentada por las quejas y por todo lo que contribuye á hacer el corazon insensible(132,) preparada algunas veces por la organizacion, fortificada por el espectáculo de las acciones violentas é inhumanas que nos ofrece la historia, y las frecuentes escenas del mundo, estimulada en fin por los celos, la venganza y (lo que es mas) por la misma timidez; la vil crueldad conduce al hombre á un estado de rabia que excede á la mas sanguinaria de las bestias feroces. La historia de las guerras civiles nos presenta demasiados excesos de esta especie en deshonor de la humanidad. El hombre cruel se priva del placer inseparable de la bondad, y la reflexion es verdugo inexorable que le entrega necesariamente á los tormentos irresistibles de un

tardío arrepentimiento. A proporcion que el hombre es inhumano, es enemigo de sí mismo (109).

140. El medio de ahorrarse los disgustos que se encuentran en la sociedad (131) ó de suavizarlos cuando se experimentan, está en un carácter dulce, apacible y firme, que tan inalterable en el bien, como distante de un excesivo amargor en la adversidad, sabe desarmar á los malos por medio de los beneficios (117) haciéndoles así avergonzarse de sus proyectos (105), y evitando de este modo todo lo que puede ofender á sus semejantes.

141. Resta por último hablar de aquella especie de disgustos que experimentamos en la sociedad mas por falta nuestra que por la de los otros, y de los que por consiguiente á nadie podemos acusar, sino á nosotros mismos. Nacen aquellos de dos disposiciones opuestas, que pueden ser el móvil de nuestra conducta; por que, ó bien nos negamos

á toda deferencia á la voluntad de los demas, temiendo quedar en lo sucesivo en una dependencia demasiado grande de su conducta y de sus ventajas propias; ó bien nos hacemos tan bajamente esclavos suyos que nos cegamos voluntariamente hasta el punto de abandonar el verdadero camino de nuestra felicidad.

142. La naturaleza que há unido estrechamente á los hombres entre sí por la necesidad recíproca que tienen los unos de los otros, ha puesto límites á la mútua y necesaria dependencia que entre ellos existe, inspirándoles la actividad (62) y el amor de la libertad bien entendida.

Hemos visto (50) lo que entienden por *libertad* los Psicologistas cuando quieren explicar el modo con que el alma delibera, se determina, y egecuta sus resoluciones; pero esta palabra con respecto al estado social tiene una acepcion muy diferente, y nos demuestra el uso de nuestras fuerzas, á que no ponen obstáculo los de-

mas hombres; y en este sentido se dice que uno no es libre cuando se halla precisado por los demas á hacer ó á omitir alguna cosa contra su voluntad, ó cuando los imita á estos servilmente por el temor irracional de faltarse á sí mismo, si no los toma por modelos.

Esta doble relacion de la libertad ocasiona dos diferentes definiciones, por que, ó bien se dice que es la facultad de disponer á nuestro arbitrio de nuestras acciones en la sociedad sin padecer coaccion, y sin temer ser obligado á hacer lo que agrade á otro y (para distinguirla mas exactamente de la licenciosidad) es la facilidad de hacer lo que se quiere sin dañar los derechos de otro; ó bien es una especie de libertad moral que consiste en aquella fuerza de alma que nos evita el empleo absoluto de nosotros mismos en una imitacion estúpida, y en una ciega complacencia, inspirada las mas veces por la pereza.

Hé dado esta doble significacion de la libertad, para que se conozca la verdadera causa de hallar á los hombres muy impresionados por ella y procediendo por otra parte de un modo que les hace acreedores á ser considerados como unos verdaderos esclavos.

143. El amor de la libertad tomada en la primera significacion es comun á todos los hombres. Los niños experimentan y dan á entender su impresion no menos que los hombres ya hechos. Sufren aquellos con impaciencia los avisos que se les dan, y egecutan con un cierto dolor cuanto se les prescribe; pero inmediatamente que se usa de la dulzura para acompañar á la razon se someten con un cierto transporte, y creen mas bien entonces que hacen su propia voluntad que no la de su maestro.

Los hombres ya formados se estremecen del yugo que sufren, aún cuando se hayan acostumbrado á la esclavitud, mucho mas si el orgullo de su señor les ha-

ce acordar de su debilidad, echándoles en cara la impotencia de una cólera destituida de toda fuerza. Este sentimiento mismo les obliga á oponerse vivamente á los modales impetuosos, cuando ya nada tienen que temer. Es grande la utilidad de un tal instinto, con tal que esté sometido al imperio de la razon; por que prescindiendo de lo que contribuye para la actividad, la industria, el valor, y las demas cualidades verdaderamente sociales, eleva el espíritu del hombre y le impide menospreciarse á sí mismo, dándole á conocer al mismo tiempo la debilidad de aquellos séres orgullosos, que se creen tan superiores á la humanidad, que se juzgan con derecho hasta para ultrajarla.

144. Es necesario que el deseo de la libertad sea gobernado por la razon (93) que poniendo en su justa balanza, de un lado los efectos de la ferocidad y de la inflexibilidad de un carácter que se niega absolutamente á toda dependencia, y del

otro las consecuencias de la sumision á una autoridad, y á un yugo de que nadie puede libertarse sin exponerse á mayores males, infiera por esta comparacion, que una entera libertad, ó lo que es lo mismo, una libertad independiente de toda autoridad y á cubierto de toda coaccion no puede hacer á los hombres felices, y que la deferencia, el arte de complacer y la imitacion estan tan lejos de ser contrarias á la verdadera idea de la libertad, que antes bien puede darse una grande libertad junta con una penosa obediencia (142).

La coaccion opuesta á la libertad, ó quita las fuerzas de resistir á la voluntad de otro, ó abate el valor, colocando á aquel á quien quiere sojuzgar entre dos distintos males, el mayor inseparable de la resistencia, y el menor que consiste en someterse á la voluntad agena. En ámbos casos es compatible con la felicidad, si proviene del poder de los padres, fundado en la misma naturaleza, si consiste en

la autoridad de un gobierno fijamente establecido, ó si dimana del contrato de una sociedad particular; últimamente si está fundada en la defensa nec esaria para evitar la violencia (129. 130).

El amor de la libertad debe estar subordinado al deseo de la felicidad lo mismo que cualesquiera otra de nuestras inclinaciones. Para juzgar hasta que punto es compatible con la verdadera sabiduría el hacer solo su propia voluntad, y no conformarse con la de los demas, y aún resistir á esta, no hay medio mas seguro que comparar el instinto de la libertad con la felicidad, acordándose siempre de que el bienestar del hombre no excluye ninguno de aquellos dolores de los que necesariamente han de seguirse mayores bienes (21).

145. Tampoco se priva de su libertad el que adopta los pensamientos de otro é imita sus acciones, cuando las aprueba con conocimiento de causa. Forma una idéa

falsa de la libertad todo aquel que, por no parecer que recibe la ley de otro, prefiere andar á tientas en medio de las tinieblas á evitar todo peligro, siguiendo á los que pueden dirigirle claramente en el camino de su felicidad.

La arbitrariedad que nace de este error, el encaprichamiento en compartir los sentimientos agenos, tienen por efecto ordinario sembrar quejas que turban el reposo de la sociedad, y hacen perder de vista los buenos consejos, dividir las asociaciones particulares, producir facciones, y hasta destruir las naciones y los imperios.

146. Son muchas las causas que se reunen para hacer que nazca en nosotros esta falsa idea de la libertad, y para fortificarla en términos que sea casi indestructible. Ademas del carácter y la educacion, hay otras muy particulares; entre ellas una falsa idea del honor que considera como bajeza la prudente deferencia, el órgullo que presume temerariamente

de sus fuerzas, la envidia y el deseo ambicioso de adquirir el poder, y de conservarle. Por esta causa muchos solo se consideran libres cuando en nada absolutamente ceden á los demas, y se tienen por esclavos siempre que no son sus dueños absolutos.

147. Disminuimos nuestra libertad mas de lo que regularmente se piensa, cuando nos ponemos en una absoluta dependencia de otros sin ser determinados á ello por un motivo considerable.

Los que asi se conducen son justamente considerados como almas bajas y rateras, porque renunciando el uso de sus facultades, buscan como viles esclavos en el socorro de otro lo que podrian procurarse por sus propias fuerzas, conservando su verdadera libertad. Tales son aquellos hombres que, poco acostumbrados á vivir consigo mismos, temen los disgustos de la soledad, y fundando únicamente la esperanza de su bienestar en las riquezas,

y en el favor de otros, son agitados por el miedo ó la esperanza de males y bienes de corta consideracion, y arreglan servilmente sus pensamientos, palabras, acciones, y hasta su mismo semblante por el capricho, y el ejemplo de aquellos que se figuran pueden proporcionárselos. Semejantes á estos son tambien todos cuantos, pudiendo estar independientes, adoptan sin embargo un género de vida que les precisa á enlazar indispensablemente gran parte de sus acciones con la voluntad de otros, por loca y desarreglada que sea.

148. Fuera de que hay hombres que son esclavos por carácter, como dice Aristóteles, otros llegan á serlo por la educacion, cuya influencia sobre nuestras inclinaciones y sobre nuestros pensamientos nunca será bastantemente ponderada. A esto se agrega el hábito de dependencia, la pereza que á esta acompaña, el temor de exponerse al odio de otros, de ser pri-

vados de comercio con ellos, de ser maltratados, y aún de sufrir algunas veces los rigores de la injusticia. Son causas tambien de que algunos adopten esta baja dependencia, el deseo inmoderado de los placeres, la pasion á las riquezas, y las mismas necesidades. Ultimamente el odio á los iguales ó á los inferiores que estan inmediatos á serlo, odio excitado frecuentemente por la arrogancia, las violencias, la avaricia, y la ambicion que aspira á los honores, y al mando, ocasiona un igual proceder. El ambicioso consentirá sin duda alguna en ser esclavo de un solo hombre, ó de un pequeño número de ellos, con tal que pueda egercer su dominacion sobre un mayor número de sus semejantes. Esta especie de vasallage de la voluntad de otro, fortificada por el hábito, se muda en una pereza que funda su orgullo en su misma sugecion.

149. La renuncia voluntaria de la libertad extiende sus límites demasiado lejos.

Frecuentemente sucede que en lugar de juzgar por nosotros mismos de lo que es verdadero, decente, agradable y bueno, solo juzgamos segun la opinion comun, ó la de aquellos que tienen mas poder. Lo que se llama en Europa el punto de honor, y el lujo necesario son las pruebas mas evidentes de esta verdad. La opinion sobre lo que en la realidad daña el honor, y sobre lo que es preciso egecutar para defenderlo, ha reinado por espacio de muchos siglos con un imperio despótico adquirido en fuerza de ideas bastante equivocadas, pero que llegaron á echar tan profundas raices que, aún en el dia quedan vestigios que le prefieren á la razon, le hacen superior á la ley, y obligan en cierto modo al legislador á exigir y alabar aquello mismo que está condenando.

150. La palabra *lujo* entre los latinos significa una depravacion de costumbres unida á una profusion inmoderada de riquezas; pero entre nosotros solo dá á en-

tender el cuidado ó aplicacion en multiplicar y variar el uso de las superfluidades propias para procurar á los sentidos placeres no malos en sí mismos.

Tomado el lujo en esta acepcion no siempre es perjudicial. Para ello era preciso que los placeres de los sentidos fuesen siempre malos, ó que siempre hubiese vicio en los gastos hechos para procurarse los objetos de lujo. Ya hemos visto cuan falso es lo primero (67): por otra parte es constante que los gastos, por grandes que sean, no siempre disipan nuestro patrimonio, antes bien á las veces son útiles á la sociedad en la que mantienen, y aún enriquecen, á aquellos que prefieren justamente hallar su subsistencia en el trabajo á vivir de limosna en la ociosidad.

El vicio del lujo pues solo está en la eficacia de variar los placeres á cualquiera costa que pueda conseguirse. Esta conducta dá al alma un impulso demasiado fuerte, y nos precipita en gastos excesivos:

enerva el cuerpo y el espíritu; nos obliga á disipar nuestros bienes; nos roba el tiempo debido á nuestras ocupaciones; nos priva de los medios de aliviar la indigencia, y nos quita el imperio sobre nosotros mismos, tan necesario para nuestra felicidad (85).

151. El principal daño del lujo está en el ejemplo, por los nuevos grados de fuerza que aumenta en la inclinacion natural que tenemos á la imitacion (35). No solo las personas que viven en medio de él, sino la sociedad entera, padece infinito cuando llega á ser necesario. Llamo necesario aquel cuyo no uso expone al menosprecio y á los varios inconvenientes que son sus consecuencias inevitables. Este temor es tal, que muchas veces no pueden resistir su eficacia aquellos mismos á quienes es moralmente imposible seducir por los placeres. En este caso aunque no aman el lujo le tienen por necesario, y dejan que se apodere de su corazon. Ya la opi-

nion pública no se funda sobre la naturaleza, sino sobre las ideas volubles de los hombres, las cuales dan á las necesidades una extension indefinida (65). La necesidad de poseer un grande número de cosas no dá lugar á la moderacion de los deseos. Una avaricia necesaria y contagiosa se apodera de todos los espíritus, y *corromper, y ser corrompido es el tono del siglo*, para servirnos de la expresion de Tácito. La pobreza vá entrando insensiblemente en todas las familias; se pierde el valor al mismo tiempo que los bienes, ó cuando menos llega á enervarse con la molicie. Entonces si que se resfria el amor de la virtud, y sufren injustamente las risas y baldones los pocos privilegiados que se esmeran en beneficio del público, y de la posteridad.

T. *»Estas nociones y las que de ellas legítimamente se deducen son el norte seguro que debe seguirse en la materia del lujo, sobre la que tanto se habla, y aeer-*

ea de la que tan poco se profundiza. Los defensores del lujo á todo trance deben dejar caer la máscara de la hipocresía social figurada en los colores brillantes de la utilidad de las artes y de la necesidad del comercio, y sus meláncolicos enemigos, tan imprudentes como preocupados, deben hacerse cargo del uso oportuno de las riquezas, y acordarse de que se hallan placeres inocentes de los sentidos.» (65).

152. Por lo dicho se conoce que es tan peligroso el ponerse en una absoluta dependencia de los demas (147) como el rehusar absolutamente tomar á ninguno por guia de nuestras acciones (142). Réstanos examinar los límites que separan una complacencia vituperable de una deferencia confesada por la razon. Cuando adoptamos los pensamientos de otro ó imitamos sus acciones sin temor de ningun mal y con esperanza de alguna parte de bien, sin duda seguimos el camino de la sabiduría, y por consiguiente el de

nuestra felicidad. Desechar los consejos saludables, de los que han de resultar efectos ventajosos, solo porque nos creemos mas dignos de dar ejemplo, que no de seguirle, es dejarnos dominar miserablemente por el orgullo y la envidia, y declararnos nuestros verdaderos enemigos (97).

Si en la racional condescendencia con las ideas de otro se presentan inconvenientes que aparecen iguales á los ocasionados por la vil y ciega dependencia, debemos pesarlos con madurez, y escoger el medio que menos nos desazone.

En este caso lo mas perjudicial es la timidez; porque turba el juicio, y nos hace mirar como ligeros los inconvenientes de la complacencia, no dejándonos descubrir sino las consecuencias del disgusto que ocasionamos á los demas menospreciando sus ideas ó resistiéndolas decididamente, é impidiéndonos preveer que la adhesion constante al bien nos merecerá algun dia los elogios y la benevolencia de aquellos

mismos á quienes en la actualidad desagradamos. Tanto mas necesario es adquirir la firmeza templada por la sabiduría, cuanto es mas fácil pasar de una timidez excesiva á una cierta brutalidad, á menos que un carácter fortificado por la razon y la experiencia pueda reprimir prontamente los ímpetus de una vivacidad que quebranta toda clase de límites.

153. Las consecuencias de este principio son evidentes. Si se exige nuestra condescendencia á acciones capaces de dañar los derechos de algun individuo, ó notablemente perjudiciales á la sociedad, no debemos de ningun modo hacernos cómplices de la maldad, ni ceder á órdenes injustas, antes bien debemos impedir el mal si hemos prometido contribuir á él, oponiéndonos abiertamente á su egecucion. De nada sirve la paz cuando las ventajas que procura son de corta duracion, y á expensas de males mas considerables. Una paz provechosa solo pue-

de ser efecto de la prudencia continuamente aplicada á evitar, ó á hacer cesar todo conflicto de voluntades, verdaderamente dañoso á la sociedad.

La *firmeza* ó aquella disposicion habitual de no apartarse del camino recto por solo incurrir en la indignacion de otro, es efecto de un valor tanto mas heróico cuanto mas considerables son los males á que por ella nos vemos expuestos. Pero el hombre firme jamás incurre en el menosprecio que acarrea la timidez, evita el odio de aquellos á quienes hubiera sido perniciosa su complacencia, y nunca se vé expuesto á los pesares que nos ocasiona el mal de otro, cuando vemos que hemos contribuido á él por solo el temor de desagradarle. Un carácter firme necesariamente experimenta satisfaccion á la vista de su fuerza, y se sirve á sí mismo de verdadera recompensa.

Ejerce un género de beneficencia no despreciable todo aquel que deja obrar á

otro segun su arbitrariedad, siempre qu espera fundadamente que él se hará mas sábio una vez castigado por su propio capricho. No debemos en fin ceder á la complacencia, cuando los males que nos ocasiona son de mayor cuantía que los que podemos experimentar por nuestra firmeza. ¿Porqué habia de hacer caso Ciceron de los clamores de sus enemigos que le imputaban á crímen sobrevivir á la pérdida de la república?

Cuando los efectos de la condescendencia son lijeros, de corta duracion y fáciles de remediar, entonces el hombre verdaderamente ilustrado prefiere tolerar consejos que no aprueba su espíritu á el agraviar corazones ciegos, á quienes la mas pequeña contradiccion puede arrastrar al precipicio. El sábio conoce muy bien que el modo de ganar los espíritus es ceder en las cosas pequeñas, disponiéndolos así á atender á la razon en los casos de mayor entidad. Tan cierto es que un poder ma-

nejado con dulzura conseguirá siempre los sucesos mas imposibles á la violencia.

SECCION QUINTA.

Interes del hombre en ser útil á sus semejantes. Amor de estos. Amor de la patria.

154. Acabamos de considerar la sociedad como un jardin en que las flores estan mezcladas de espinas, y hemos indicado el medio de cojer las unas sin ser herido por las otras. Fáltanos ahora mirar al hombre bájo todos los aspectos que en él se hallan á propósito para aumentar los bienes y disminuir los males de sus asociados. Tres motivos pueden empeñarle á cumplir del modo debido con este deber. El primero es la seguridad que tiene de hallar en sus conciudadanos el socorro necesario para procurarse los bienes exteriores (109. 116). El que solo es movido por este motivo á ayudar ó á no hacer mal á sus semejantes, no se interesa en sus ven-

tajas, sino en cuanto tiene necesidad de ellos para las suyas propias. Esta disposicion no puede ser reputada por verdadero amor de nuestros semejantes: cuando mas será un amor mercenario. El que padece la enfermedad del *egoismo moral*, y desprecia los intereses de los demas, por que no tiene esperanza de sacar de ellos provecho alguno, temiendo hacer mas de lo necesario, nunca hace lo suficiente, pierde en él su fuerza el sentimiento de la bondad (102) y su loco amor propio le sirve de castigo (96).

T. »Las sociedades numerosas se han resentido siempre de este defecto á proporcion que han sido mas complicadas sus relaciones, y que su estado se ha tenido por mas floreciente. En los destinos públicos, en las artes y oficios, en los contratos privados, en toda clase de acciones se introduce con frecuencia este veneno mortal, siendo lo mas extraño verle apoderado hasta del santuario de la filosofía

política, y religiosa.»

155. El segundo motivo (154) es la bondad, sentimiento único que aumentándose, y haciendo esfuerzos por manifestarse por actos sumamente particulares, produce en el hombre un amor puro de su semejante, cuyo carácter es regocijarse en el bien de otro, contribuir á sus mayores progresos sin desear por todo mas recompensa que el verle feliz. Pero este amor no excluye todo cuidado por nuestra propia felicidad: exigirlo seria mudar la naturaleza del ser inteligente (12).

El tercer aliciente que tiene el hombre para servir á su semejante nace del sentimiento que resulta de la combinacion de los amores, de que acabamos de hablar. La satisfaccion que en tal caso produce en nosotros la vista de la felicidad de los demas se une con la probabilidad de las ventajas que de ella sacarémos nosotros mismos. Por un efecto de este amor mixto el hombre que se regocija de la felicidad

de los otros, no por eso deja de reconcentrarse en parte dentro de sí mismo para entrever la suya propia, de la que empieza á gozar por la esperanza.

T. »*El hombre bueno, el hombre recto, el verdadero ciudadano observa precisamente este tercer motivo en sus acciones, sin tener el menor temor de ser reprendido por la moral mas austera. En adelante verémos que su proceder tampoco se opone á la religion revelada.*»

156. La educacion, el ejemplo y el hábito pueden hacer que no tengamos ninguno de estos amores, ó que solo estemos dominados del mercenario, porque nos acostumbremos á vivir siempre para nosotros solos y nunca para los demas.

El amor puro es el mas digno del hombre, y el que le procura mayor cantidad de verdaderos placeres. El conduce al alma á hacer justicia al mérito, y á las cualidades amables, y la excita á obligar á los demas, aún cuando no

espere ningun provecho de ellos; porque como nada se promete, nunca pueden salirle frustradas sus esperanzas. La alegría y la satisfaccion que le acompañan son superiores á las que podria causarle la adquisicion de cualesquiera bien material, y la vista de la felicidad de sus semejantes es para él mas alagüeña que el espectáculo de las bellezas físicas. Nosotros experimentamos sin duda alguna un sentimiento mas dulce al saber que alguno es feliz por nnestros beneficios, que al verle mas rico ó mas poderoso por los que otros le han prodigado. Pero ¡qué aumento tan incomparable no adquiere este placer con el pensamiento de que un amor tan desinteresado nos hace mas semejantes á la divinidad!

157. Es interes del hombre extender su amor hasta sus propios enemigos, por malvados que los considere. La naturaleza que reprueba la venganza (138) nos prohibe aborrecernos recíprocamente: la amargura del corazon que es inseparable del

odio, causa en el alma el mismo efecto que en el cuerpo los humores mas ácres (109): si la contenemos en nuestro interior solo sirve para atormentarnos cruelmente, y si la manifestamos, hace mas activo el encono de nuestro adversario, proporcionándole ademas la ventaja de que parezca entonces que solo usa de los medios de su propia defensa.

Amar á su enemigo es hacer justicia á sus cualidades estimables (*por que ¿qué hombre hay que no tenga alguna?*) y esforzarse en quitarle todo el motivo de aborrecernos al mismo tiempo que oponemos los justos medios contra los esfuerzos de su odio. Esto puede conseguirse buscando todas las ocasiones de obligarle, y obligándole efectivamente sin acrimonía, sin ostentacion, y sin aquel aire de superioridad, solo á propósito para irritarle.

No es fácil olvidar las injurias. Aún diré mas, se ven hombres de un carácter tal á quienes esto parece imposible. Pero

no lo es en la realidad: así como hay un cierto arte para acordarse de ellas, es preciso encontrar sin duda otro mas racional para olvidarlas: el que solo emplea el primero sin duda ignora las ventajas que puede sacar de esta enemistad, y es enemigo de sí mismo.

158. Vistas las ventajas que hallamos en la sociedad, y los disgustos que en ella podemos experimentar (seccion anterior) es fácil comprender el interes que por nuestro propio bienestar debemos tomar en los bienes y en los males sociales. El comun orígen de todos los hombres les constituye á todos igualmente animados del mismo deseo de su felicidad, y les proporciona tambien los mismos medios para conseguirla. Estos principios incontestables son el fundamento de la verdad de aquellos eternos preceptos que mandan no querer para otro lo que no queremos para nosotros mismos como contrario á nuestra felicidad, y desear para los demas lo que

consideramos verdaderamente útil para nosotros mismos. T. »*Tales son las máximas que deben tener presentes en sus operaciones tanto públicas como privadas todos los individuos de las sociedades políticas, y las mismas son en no pequeña parte el fundamento de la caridad cristiana.*»

159. Por eso obramos con tanta racionalidad, y en verdadero provecho nuestro, siempre que proscribimos como falso todo placer que no puede procurarse sino á expensas de otro, ó causándole un dolor considerable, y difícil de remediar. No nos vanagloriemos de nuestra recta razon y bondad, en el ínterin no nos privemos voluntariamente de alguna parte de nuestros placeres para aumentar los de los demas. Acostumbrémonos á tener horror á todo acto que daña á un tercero, convencidos de que es contra el órden natural, y aún imposible sacar de él la mas mínima ventaja. Asi nos armarémos de dul-

zura y de prudencia contra las injurias, interpretarémos de un modo favorable las intenciones de los que parezcan nuestros enemigos, prevendrémos los movimientos de su cólera, y jamás sospecharémos ligeramente designios maliciosos en nuestros semejantes. Si por acaso nos hallamos obligados á usar del recurso de la justa defensa, conservarémos la paz y la igualdad del alma, nuestra buena fé buscará la reconciliacion apacible, con su entrada desterrarémos de nuestro corazon hasta el mas mínimo fermento de la venganza, y sabiendo que es preciso condescender algun tanto con las preocupaciones, que es imposible destruir de una vez sin graves inconvenientes, no nos privarémos de cosas que sin duda nos causarian placer á trueque de no chocar con nadie, de no excitar la negra envidia en alguno, ó de inspirar en otros un deseo de imitarnos solo para su propio perjuicio.

En consecuencia de estos principios tra-

bajarémos en aumentar nuestras facultades, para emplearlas gustosamente en utilidad de nuestros semejantes, consiguiendo un abundante fruto por los placeres verdaderos que entonces nos procuran.

El que aleja de otro los males que le amenazan, el que hace cesar los disgustos que le afligen, el que le pone en fin en estado de adquirir un gran número de bienes, este verdaderamente ama á su semejante.

Es prueba nada equívoca de los extravios que padecemos en el camino de nuestra propia felicidad, el ver tan pocos hombres animados de tales ideas, siendo tan interesantes, y en cierto modo el voto de la misma naturaleza. Yo no quiero que el hombre se falte á sí mismo, multiplicando demasiado sus relaciones, y exponiéndose á ser frio é indiferente para todos por el miedo de no poder cumplir con cada uno: vaya lejos de mí el pensamiento de cerrar su corazon á toda especie de

amistad; solo exijo el espíritu de humanidad y de benevolencia que en vez de concentrarse en una sola sociedad, se interesa en el bien de todos los hombres y naciones. Llégue á persuadirse el ser racional que Dios no le formó para sí solo sino para todos sus semejantes, y preguntado como Sócrates por el pais de su nacimiento responda que el es ciudadano del universo.

160. El instinto de la *benevolencia* (102) nos une mas principalmente á aquellos que tratamos, con especialidad en ciertos casos en que podemos ser testigos de los efectos de nuestros servicios: pero la razon nos inspira obligar, aún á aquellos que no tienen con nosotros ninguna relacion particular.

Tomando este interes en el amor de nuestros semejantes sin duda aumentamos nuestra felicidad (14) puesto que hacemos mayor el número y la intensidad de nuestros verdaderos placeres.

161. Aún conseguimos otras ventajas no menos considerables con el empleo de nuestras fuerzas en uiilidad de los demas. La vista de tantos héroes, cuyos sepulcros no han sido regados por las lágrimas de sus conciudadanos y cuya memoria ha sido malamente sepultada en el mas profundo olvido, solo nos prueba que la gloria que nos sobrevive debe ser colocada en el número de los efectos accidentales de las buenas acciones, y que las cenizas de los individuos mas beneméritos estan tanto mas espuestas á ser ablentadas cuanto mas acreedores se hayan hecho aquellos á una gloria inmortal. Pero el temor de esta injusticia tan enorme jamás priva al sábio del placer que le proporciona el haber plantado árboles, cuyos frutos recogerá la posteridad. El alma hallará siempre su recompensa en la grata memoria de sus acciones útiles al género humano.

162. Acaso no hay premio igual y mas seguro de nuestras buenas acciones que el

que reciben los que contribuyen á una buena *educacion.*

T. La diversidad de opiniones sobre el mayor ó menor influjo de la educacion en las costumbres políticas y religiosas proviene del abuso de los términos. Los que atribuyen á la naturaleza toda la diferencia que hay entre los hombres con respecto á sus talentos y carácter, entienden por educacion un número limitado de conocimientos y hábitos adquiridos por los niños, yá en un colegio, yá bájo la férula de un preceptor doméstico. Asi tomada esta voz nos denota una educacion poco eficaz, y bastante limitada. Pero sí, como se debe, se llama educacion el conjunto de instrucciones arregladas y fortuitas, y todo el concurso de circunstancias que nos suministra ocasion de acopiar ideas y de contraer hábitos, es claro que el hombre deberá en gran parte á la educacion el carácter que le distinga en todo el curso de su vida. En este sen-

tido hablaban los filósofos antiguos, y deben entenderse los políticos de todos tiempos que estableeen rectamente ser inútiles las leyes, infructuosos los estatutos, é insuficientes las penas cuando falta la educacion, al paso que esta por sí sola es capaz de conservar la paz, quietud y tranquilidad de las sociedades.

Acaso publicaré, concluido este mi pequeño trabajo, un discurso sobre la educacion moral del hombre en sociedad, leido años hace en un cuerpo literario, y no del todo despreciable en sentir de cuantos le han examinado.»

Solo los que han recibido una recta educacion adquieren la felicidad de ser siempre útiles á sí mismos, y á sus semejantes. ¿Qué placer pues habrá igual al que experimente el hombre que los há puesto en disposicion de este hábito de bien obrar?

163. Algunos juzgan ser indecible la sa-

tisfaccion que experimenta el que manda, pero la dulzura del gobierno está mezclada de grandes amarguras que exceden por lo comun al gozo interior que siente el que emplea toda la fuerza de su autoridad en aumentar el bienestar de los demas, y ponerles en estado de procurársele por sí mismos. Por eso son verdaderamente infelices los que elevados sobre sus semejantes por la fortuna, y teniendo en las manos todo género de medios para serles útiles, pervierten su corazon lo bastante para proceder como sus mayores enemigos.

164. Supuesto que no hay hombre que por sí solo pueda socorrer á todos los individuos que se le presentan dignos de conmiseracion en la sociedad, es necesario sepamos las personas que merecen ser preferidas en los actos de nuestra beneficencia. Unos juzgan debe ser atendido primeramente el mas necesitado, otros piensan debemos decidirnos por aquel á quien nos sentimos mas inclinados; algunos ase-

guran debe atenderse mucho á la amistad y al reconocimiento, hay no pocos en fin que ponen por regla de nuestro proceder en esta materia la mayor ó menor utilidad que los socorridos pueden traer á la sociedad.

T. »*Pero la prudencia que debe dirigir nuestros actos benéficos no reprende la mayor adhesion á los que tienen con nosotros mas íntimas relaciones, ántes bien halla en ellos un doble motivo que los hace acreedores á nuestros beneficios. Por cierto seria muy justamente censurado el hijo que, puesto en la alternativa de socorrer á su padre de avanzada edad, é imposibilitado, ó á un artista, militar, ó literato por una extraña casualidad sumergido en la miseria; desatendiese las voces de la naturaleza por poner á un consocio en estado de dar útiles servicios á su patria. No puede darse caso en el cual se perjudique efectivamente á los intereses sociales por solo atender á los*

domésticos, y si acaso esto se verifica, es por vicio de la constitucion política. No es permitido llevar tan adelante el espíritu de la sociabilidad.»

165. Con efecto no estamos obligados á amar igualmente á todos los hombres. Los padres, los amigos, y todos aquellos de quienes hemos recibido beneficios, deben sernos mas estimados en igualdad de circunstancias. El reconocimiento es el principal motivo de esta preferencia, el cual influye sobre nuestra alma tan eficaz como constantemente.

El *reconocimiento* es una disposicion permanente de confesar los servicios que de otro hemos recibido, y de hacer por nuestro bienhechor cuanto creamos le puede ser útil ó causarle placer. Digo que es una disposicion permanente, por que el que calcula con toda escrupulosidad lo que ha recibido para dar otro tanto precisamente, y olvidar á su bienhechor una vez recompensado, es al poco mas ó menos co-

mo un deudor que no vuelve á pensar en en su acreedor desde que llega á satisfacerle. Este sin duda ignora el precio de los verdaderos beneficios. Digo tambien que el reconocimiento debe hacer cosas verdaderamente útiles al bienhechor, esto es; calcular la cuantidad de los bienes que le proporciona por las reglas ya establecidas. La dulzura del reconocimiento y el odio á la ingratitud son acaso las principales pasiones sociales. El ingrato desagrada á todos, yá por temer que su conducta ocasione funesta alteracion en el amor á la benevolencia, yá por que el mismo es justamente mirado como inútil á la sociedad, la cual no puede prometerse energía en utilidad suya de un hombre que permanece frio é insensible á los deberes que obliga la grata beneficencia.

La estupidez, el orgullo, una falsa idea de honor y de libertad producen progresivamente la indiferencia hácia el bienhechor, la ingratitud que se olvida de los

beneficios, y aún la inconcebible maldad que vuelve el mal por el bien.

166. Nada es verdaderamente útil á los individuos si es perjudicial á la sociedad; asi como no puede decirse ser útil á esta lo que á aquellos causa perjuicio. Tal es la relacion natural que hay entre la sociedad y cada uno de sus miembros.

El sacrificio que los ciudadanos hacen algunas veces de sus bienes, su libertad, su seguridad y aún su vida en beneficio de la sociedad nunca puede serles perjudicial, pues que exponiéndose voluntariamente á sufrir ciertos males, aumentan el número de sus placeres verdaderos, y por consiguiente su felicidad.

167. Pero no sabemos hasta que punto podemos esperar ver aumentada esta por los peligros á que expongamos nuestra libertad, y aún nuestra vida en beneficio de los demas.

Cuando el interes de nuestra propia defensa exige que defendamos á otros, ó cuan-

do la pérdida que experimentamos es de muy corta consideracion comparada con las grandes ventajas que de ella resultan á la sociedad, entonces la alegría con que sufrimos nos inspira la confianza de que los demas harán otro tanto por nosotros, si se ofrece, y este recíproco proceder que causa la seguridad, y la tranquila serenidad de la vida, nos aumenta sin duda nuestra felicidad. Siempre que huvo Orestes se encontraron Pilades, que á porfía se hicieron el recíproco sacrificio de sus mas queridos intereses.

Comparados por otra parte los males pasageros que sufrimos en favor de la sociedad con los placeres que ella nos ha hecho gozar hasta el presente, y con el que nos causa la vista de las grandes ventajas que hemos procurado á nuestros semejantes (159), no podrémos menos de sacar consecuencias muy gratas á nuestro espíritu por el buen empleo de nuestras facultades. Ultimamente los grandes y lar-

gos pesares que experimentamos en la sociedad por nuestras buenas acciones nunca estan absolutamente destituidos de todo alivio y placer (117). Sufrir por evitar que otro sufra mas, es una verdadera alegría. El buen ciudadano solo se considera inconsolable, cuando por grandes sacrificios que haga no puede sacar á sus semejantes del abismo de males en que se hallan sumergidos.

169. Por los principios sentados debe juzgarse de la verdad de aquel decantado axioma, *es dulce morir por la patria y por los amigos*. Su explicacion, y todavia mas su práctica expone á muchos á equivocaciones perjudiciales, yá porque se cieguen con el aparente conflicto entre los oficios individuales, y los debidos á la sociedad, yá tambien porque por el extremo opuesto lleven demasiado adelante los derechos de esta sobre nosotros, siendo su proceder las mas veces efecto de un orgullo desmedido, acreedor al desprecio, y

en la realidad digno de castigo. En todo caso jamás se debe olvidar que la muerte, lejos de cerrar, abre el camino de nuestra felicidad verdadera.

SECCION SEXTA.

Union natural y necesaria de la religion con la felicidad del hombre.

170. Hemos dirigido al hombre á hallar su felicidad en sí mismo, y en la sociedad con sus semejantes, pero su bienestar hasta ahora no se presenta absolutamente completo.

Toda la naturaleza (segun que podemos conocerla) parece conspirar al aumento de nuestra felicidad. No hablo de la fecundidad de la tierra que nos proporciona abundantes frutos tan dulces como agradables, ni de la variedad y riqueza de flores, de que se adorna en la hermosa primavera, ni de los melodiosos acentos de las aves que nos anuncian nuevas fuentes de placer. Tampoco me detendré

en los recursos que nos ofrece el mar, lo interior de las montañas, y todos los animales destinados á nuestro uso por los sábios decretos de la providencia. El halagüeño espectáculo de este universo, el órden que en él reina, la sabiduría de las leyes que le dirigen, y el concierto armonioso de todas ellas son la ocupacion mas digna de nuestra alma que la absorve absolutamente cuanto mas reflexiona sobre el conjunto de toda la naturaleza, confiándola el mas intenso aumento en su felicidad el cual no puede pasar un grado mas adelante en esta vida sino elevándose de la contemplacion de lo criado á la de su autor omnipotente.

171. T. »*Existe un Dios, soberbios filósofos, cuya presencia no podreis negar en vuestro interior á pesar de que aparenteis un ateismo de opinion para seducir víctimas de vuestra abominable corrupcion. Existe un Dios eterno por naturaleza, y por consiguiente distinto de*

este mundo, y de todo lo que le compone, á pesar de los ingeniosos sistemas de los materialistas. Existe un Dios y no mas, porque no puede haber dos séres absolutamente perfectos. Existe en fin un Dios, que por su voluntad há dado y conserva en cada momento la existencia de esta série de séres finitos que, yá existan á un tiempo, yá se sucedan progresivamente los unos á los otros, es preciso confesar que todos estan unidos entre sí.»

»Traigamos á la memoria las varias especies en que hemos clasificado los placeres, y las reglas que hemos dado para su valuacion, é indispensablemente habrémos de convenir en la verdadera felicidad que proporciona el conocimiento vivo de la naturaleza divina, y de sus atributos. Los filósofos de la antigüedad, y los modernos ilustrados, si han de ir consiguientes en sus ideas, deben defender en honor de la evidencia, que la falta que halla nuestra alma para el complemento de

su felicidad en esta vida, es la imposibilidad absoluta que en ella encuentra para aquel conocimiento, único capaz de llenar sus deseos, y por consiguiente que tanto mas dichosa se juzgará cuanto mas se acerque á poseerle.»

»Ahora pues, no olvidando un solo instante estas nociones que son de la mayor importancia, dediquemónos con una recta intencion á examinar los atributos divinos, en cuanto es permitido á los mortales, prometiéndonos en cada uno de aquellos una fuente inagotable de verdaderos placeres.»

272. *Dios* tiene un poder superior á todas las fuerzas finitas que há colocado en el universo, y que no puede ser limitado por ninguna de ellas, ni por todas juntas; de donde se infiere que *es infinitamente poderoso.* El alma, á la vista de este poder sin mezcla alguna de debilidad (incompatible en el mas mínimo grado con ser tan divino) se llena de admiracion

y se penetra del mas profundo respeto (47) que se llama *adoracion*, y es un sentimiento acompañado de confianza y de dulzura, muy diferente por cierto del temor servil que hace se apodere el sobresalto del esclavo á la vista de su señor. El temor servil repugna á la bondad y á la omnipotencia del Criador que no teniendo nada que temer de sus criaturas, no necesita inspirarlas terror.

173. De que *Dios* sea omnipotente se sigue que *es soberanamente feliz*; porque haciendo todo lo que quiere con su poder infinito, no puede menos de hallar en sí mismo la fuente eterna de una alegría pura y sin mezcla. Ni una parte del mundo, ni todo él entero, pueden por consiguiente aumentar ni aún alterar levemente su omnimoda felicidad. Asi cuando crió el mundo, de ningun modo pudo proponerse su utilidad, y hé aquí un nuevo motivo de excitar en el hombre sentimientos profundos de su adoracion y respeto (172).

174. Si *Dios* es soberanamente feliz, no puede menos de ser *infinitamente sábio*, porque la sabiduría es la ciencia que nos enseña la union de los fines y de los medios con la felicidad, ó como dice Leibniz, es la ciencia de la felicidad. Si Dios no fuera soberanamente sábio sus decretos no siempre estarian acordes con los efectos que se les siguen: su inteligencia infinita entonces le haria conocer esta contradiccion, y este conocimiento necesariamente le causaria un disgusto incompatible con su suprema felicidad.

175. El mundo es la obra de Dios (171). Así ni el acaso, ni la necesidad son capaces de dirigir una pequeña parte del universo. Desde la eternidad ha visto Dios la sucesion y encadenamiento de los efectos que nacerian unos de otros, supuesta la existencia de este mundo, y sin embargo há preferido formarle, tal cual le vemos, esto es armónico y admirable.

T. *Refrenemos aquí nuestra loca curio-*

sidad sin meternos á indagar si pudo formarle mejor, y contentemonos con saber que siendo obra suya ha de ser digna de su sabiduría (171).

176. Se llama designio de la accion de un ser inteligente el efecto que de ella se promete, por que la sabiduría quiere que se proponga algun fin y que no obre á ciegas. Dios, que es infinitamente sábio, no podrá menos tambien de haberse propuesto alguno, tanto al determinar la naturaleza de las partes del universo, como al unir estrechamente algunas de ellas entre sí, y al fijar el órden de cada una, y la armonía de todas. Pero siendo incompatible con la sabiduría infinita la menor contradiccion en sus designios, todos los fines particulares de Dios se dirigen sin duda al general de la creacion.

Solo el mismo ser supremo puede penetrar perfectamente todos los designios particulares de su providencia. Nuestro [illegible] muy limitado para conocerlos.

177. No es esto decir que el hombre esté condenado á su absoluta ignorancia, aunque sea necesario confesar pequeño el número de los que conoce en comparacion de los que le estarán siempre ocultos. De el uso sabido de una cosa se puede deducir razonablemente el fin que se propuso el que la hizo, el cual á él solo es plenamente manifiesto. Nosotros solo podemos concluir con precision que todo lo que conviene á la naturaleza de la cosa corresponde á la intencion sábia de su autor, asi como es opuesto á sus fines todo lo que la repugna. La naturaleza del hombre, esto es, su esencia, sus facultades, su poder, sus relaciones con las demas partes del universo son razones justísimas para inferir que todo uso de nuestra libertad y direccion de nuestras acciones libres conforme á nuestra felicidad, lo es tambien á la intencion del criador, y al contrario. En este sentido, y no en el de los estóicos, se puede decir con verdad que sigue

la voluntad de Dios el que se conforma á la naturaleza, la cual así entendida nos demuestra bien fielmente dicha voluntad divina.

178. Un ser infinitamente sábio (174) é infinitamente feliz (173) no puede menos de ser *infinitamente bueno*. Consiste la bondad en desear y procurar la felicidad de los séres inteligentes que á ella aspiran, y que son capaces de conseguirla. El deseo de esta es parte principal de las perfecciones de que Dios dotó al ser racional entre las criaturas que componen el universo. Si Dios pues no fuera soberanamente bueno, habríamos de decir, ó que colocando en el interior del hombre el deseo de la felicidad no há preparado los medios cuyo concurso y reunion son físicamente necesarios para proporcionársela, ó que há querido privarle precisamente de una cosa, cuyo deseo no está en su mano amortiguar.

Si Dios ha querido que el hombre sea

feliz, como no se puede dudar; si se considera que entra en su esencia este deseo, y sin embargo se asegura que no tiene los medios indispensables al efecto, es preciso suponer, ó que el hombre puede ser feliz independiente del plan del criador, ó que la felicidad para él es una cosa físicamente imposible. Lo primero nos conduciría á admitir acontecimientos fortuitos é imprevistos contra toda razon (175). Lo segundo destruiría la union y armonía que deben reinar en los fines de la providencia, y cuya falta es contraria á la soberana sabiduría (174).

Si se pretende en fin que el designio de la providencia al inspirar en el hombre el deseo de su felicidad, há sido atormentarle cruelmente por la privacion absoluta de satisfacerle, y que el placer del ser supremo es el ver, y el hacer desgraciados, se forma una hipótesi inconciliable con la soberana felicidad del criador, que no puede tener por buena una naturaleza abso-

lutamente opuesta á la suya, y que por consiguiente no há podido entrar en el plan de su creacion.

179. Uno de los principales efectos de la divina bondad es la apreciable *providencia*. Ella hace parte del decreto eterno de Dios para la creacion y la conservacion del mundo, y por ella este señor nos dá lo que es necesario para nuestra felicidad tanto inmediatamente por sí mismo, como por la fuerza y actividad que há puesto en sus criaturas.

Por no conocer esta union necesaria de la bondad y de la providencia, negó la última el soberbio Epicuro. En lo sucesivo há habido otros que la han limitado á los grandes sucesos, privándola del cuidado de los pequeños acontecimientos. Estos infelices miden la naturaleza infinita por el limitado conocimiento que ellos tienen de lo grande y de lo pequeño, ó por mejor decir, no se entienden á sí mismos.

180. La contemplacion del universo su-